



E.L. DOCTOROW

HOMER
Y LANGLEY

Traducción de
Isabel Ferrer y Carlos Milla

Lectulandia

«Soy Homer, el hermano ciego. No perdí la vista de golpe, fue como en el cine: un fundido lento».

Así empieza la historia de los hermanos Collyer que conmocionó al Nueva York de finales de los años cuarenta cuando los encontraron sepultados bajo toneladas de basura en su mansión de la Quinta Avenida. Doctorow aprovecha su propia fascinación por ellos, para llevarnos de la mano a través de los acontecimientos que rodearon la vida de sus personajes, que deciden ausentarse de la vida pero que a cambio consiguen que la vida acuda a la puerta de su casa.

Lectulandia

E. L. Doctorow

Homer y Langley

ePub r1.1

Titivillus 11.04.15

Título original: *Homer & Langley*
E. L. Doctorow, 2009
Traducción: Isabel Ferrer - Carlos Milla

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Kate Medina

Soy Homer, el hermano ciego. No perdí la vista de golpe, fue como en el cine: un fundido lento. Cuando me dijeron lo que ocurría, me interesó medirlo; entonces tenía menos de veinte años, y todo me despertaba curiosidad. Lo que hice ese invierno en particular fue situarme a cierta distancia del lago de Central Park, donde patinaba la gente, y ver qué veía y qué no veía conforme los días iban pasando. Las casas de Central Park West fueron lo primero en desaparecer: se oscurecieron como si se disolvieran en el cielo oscuro hasta que dejé de distinguirlas; luego empezaron a perder su forma los árboles y al final, esto ya en las postrimerías de la estación, quizás a últimos de febrero de ese invierno tan frío, ya sólo veía las siluetas espectrales de los patinadores flotar ante mí sobre un campo de hielo, y el hielo blanco, esa última luz, pasó a ser primero gris y después totalmente negro, y perdí la vista por completo, aunque sí oía con toda claridad el chis chas de las cuchillas sobre el hielo, un sonido muy gratificante, un sonido suave aunque plenamente intencionado, de un tono más grave del que cabría esperar en las cuchillas de los patines, quizá porque tañían el contrabajo resonante del agua bajo el hielo, *chis chas, chis chas*. Oía a alguien deslizarse rápidamente en una dirección, y de pronto el viraje rematado con un largo *chaaasc* en el momento de detenerse el patinador, y de pronto me echaba a reír por el regocijo que me producía esa habilidad del patinador para detenerse en seco, para deslizarse con su chis chas y parar de pronto con su *chaaasc*.

Naturalmente aquello también me entristeció, pero fue una suerte que me ocurriese entonces, en plena juventud, cuando, sin noción de estar convirtiéndome en un inválido, pasé a aprovechar en mi mente otras aptitudes, como un oído extraordinario, que desarrollé hasta niveles de alerta casi visuales. Langley me decía que tenía el oído de un murciélago, e intentó demostrar la proposición, ya que le gustaba someterlo todo a examen. Yo conocía bien nuestra casa, por supuesto, la conocía de arriba abajo, sus cuatro plantas, y podía desplazarme por todas las habitaciones y subir y bajar por la escalera sin la menor vacilación, sabiendo de memoria dónde estaba todo. Me conocía la sala de diario, el gabinete de nuestro padre, la sala de estar de nuestra madre, el comedor con sus dieciocho sillas y la larga mesa de nogal, la despensa y la cocina, el gran salón, los dormitorios; recordaba el número de peldaños alfombrados entre las plantas, ni siquiera tenía que sujetarme a la barandilla; cualquiera que no me conociese no se habría dado cuenta al verme de que se me había apagado la vista. Pero Langley sostenía que sólo si no intervenía la memoria tendríamos la verdadera demostración de mi capacidad auditiva, así que cambió las cosas un poco de sitio, me llevó a la sala de música, donde previamente había arrastrado el piano de cola a un rincón distinto y había puesto en medio de la sala el biombo japonés, con su dibujo de unas garzas en el agua, y para no quedarse corto me dio varias vueltas en el umbral de la puerta hasta anular por entero mi

sentido de la orientación, y no pude menos que reírme porque, mira por dónde, rodeé el biombo y me senté ante el piano tal como si supiera dónde lo había puesto Langley, como así era: yo oía las superficies, y le dije a Langley: Un murciélago ciego silba, eso hace, pero yo ni he tenido que silbar, ¿a que no? Langley no salía de su asombro; Langley es el mayor, me lleva dos años, y siempre he procurado impresionarlo como fuera. Para entonces él ya estudiaba primero de carrera, en Columbia. ¿Cómo lo haces?, preguntó. Esto tiene interés científico. Contesté: Siento las formas por el aire que desplazan, o siento el calor de las cosas, y por más vueltas que me des, incluso hasta marearme, te diré dónde el aire está lleno de algo sólido.

Y también hubo otras compensaciones. Tuve profesores particulares para mi educación y además, claro, seguí asistiendo sin problemas al Conservatorio de Música del West End, donde estudiaba ya antes de la invidencia. Gracias a ese talento para el piano, mi ceguera resultaba aceptable en sociedad. Con los años, la gente empezó a hablar de mi galantería, y desde luego atraía a las chicas. En nuestros círculos neoyorquinos de esa época, uno de los recursos de los padres para garantizar el matrimonio de una hija con un marido adecuado era prevenirla, al parecer desde su nacimiento, para que se anduviera con cuidado con los hombres y no se fiase del todo de ellos. Hablo de mucho antes de la Primera Guerra Mundial, cuando los tiempos de las *flappers* y las mujeres que fumaban y bebían martini pertenecían a un futuro inimaginable. Por tanto, un joven ciego, apuesto y de buena familia, despertaba especial interés en la medida en que no podía, ni siquiera a escondidas, hacer nada impropio. Su desvalimiento ejercía gran atracción en una mujer educada desde la infancia para ser ella misma una desvalida. En esas circunstancias, la mujer se sentía fuerte, al mando, y afloraba su sentido de la compasión; yo, con mi invidencia, podía conseguir muchas cosas. Ella podía expresarse, abandonarse a sentimientos contenidos, como no podía hacer con un joven normal. Yo vestía bien, me afeitaba con mi navaja sin cortarme ni una sola vez, y el barbero, por indicación mía, me mantenía el pelo un poco más largo de como se llevaba en aquel entonces, y así, cuando en alguna reunión social me sentaba al piano y tocaba la *Appassionata*, por ejemplo, o el *Estudio Revolucionario*, se me agitaba el pelo; entonces lo tenía muy abundante, una buena mata castaña, con raya al medio, cayendo a los lados. Un auténtico peinado a lo Franz Listz, eso era. Y si estábamos sentados en un sofá y no había nadie más en las inmediaciones, una joven amiga podía besarme, acariciarme la cara y besarme, y yo, ciego como era, podía apoyar la mano en su muslo sin aparente intencionalidad, y ella quizás ahogaba una exclamación, pero no pasaba de ahí por temor a violentarme.

Debo añadir que, como hombre que nunca se ha casado, he sido especialmente sensible a las mujeres; de hecho, las he tenido en gran estima, y reconozco ya aquí que viví una o dos experiencias sexuales en esta época que describo, esta época de vida urbana ya invidente, en mi papel de joven apuesto rondando los veinte años, cuando nuestros padres aún vivían y ofrecían muchas veladas, y recibían a la flor y

nata de la ciudad en nuestra casa, una casa que era un homenaje monumental al diseño victoriano tardío y no se vería afectada por la modernidad —como por ejemplo la concepción del interiorismo de Elsie de Wolfe, amiga de la familia, quien, ante la negativa de mi padre a permitirle reformar toda la mansión, no volvió a poner los pies en ella—, y que a mí siempre me resultó cómoda, sólida, fiable, con sus grandes muebles tapizados, o las sillas acolchadas estilo Imperio, o los tupidos cortinajes sobre los visillos en las altas ventanas, o los tapices medievales colgados de barras doradas, y las estanterías empotradas, las gruesas alfombras persas, y las lámparas de pie con borlas colgando de las pantallas y las parejas de ánforas de imitación china en las que casi cabía una persona... todo era muy ecléctico, en cierto modo un registro de los viajes de nuestros padres, y quizás a los visitantes les resultaba un tanto abigarrado, pero a nosotros nos parecía bien y normal, y era nuestro legado, de Langley y mío, esa sensación de vivir con objetos rotundamente inanimados, y tener que circundarlos.

Nuestros padres pasaban un mes al año en el extranjero, viajando en tal o cual transatlántico. Se despedían desde la barandilla de algún barco con tres o cuatro chimeneas —¿el *Carmania*?, ¿el *Mauretania*?, ¿el *Neurastania*?— cuando se apartaba del muelle. Se los veía tan pequeños allí arriba, tan pequeños como me sentía yo, bien cogido de la mano de mi niñera, y resonando la sirena del barco en mis pies y volando las gaviotas alrededor como en un acto de celebración, como si realmente ocurriera algo extraordinario. A menudo me preguntaba qué sería de las pacientes de mi padre durante sus ausencias, porque era un eminente médico de mujeres y me preocupaba que pudieran enfermar y acaso morir en espera de su regreso.

Mientras mis padres andaban aún por Inglaterra, o Italia, o Grecia o Egipto, o dondequiera que estuviesen, su regreso venía presagiado por objetos embalados en cajas y entregados en la puerta de atrás por la Railway Express Company: azulejos islámicos antiguos, o libros raros, o una fuente de mármol, o bustos de romanos a los que faltaba la nariz o una oreja, o armaduras con su olor fecal.

Y finalmente, con grandes alharacas, cuando ya casi ni me acordaba de ellos, allí estaban, Madre y Padre apeándose del taxi delante de casa, y acarreando en sus brazos tesoros aún superiores a los que los habían precedido. No eran padres del todo desatentos, ya que siempre nos traían regalos a Langley y a mí, cosas que ciertamente despertaban el entusiasmo de un niño, como un tren de juguete antiguo tan delicado que no se podía jugar con él, o un cepillo para el pelo chapado en oro.

• • •

Nosotros, mi hermano y yo, a veces también viajábamos, en tanto que participantes asiduos en campamentos de verano durante nuestra infancia. Íbamos a uno en Maine,

situado en una meseta costera con bosques y campos, un sitio idóneo para aprender a valorar la Naturaleza. Cuanto más enterrado se hallaba nuestro país bajo capas de humo industrial, cuanto más carbón se extraía ruidosamente de las minas, cuantas más locomotoras descomunales atronaban en la noche y más cosechadoras enormes surcaban los campos de cultivo y más coches negros pululaban por las calles, dando bocinazos y estrellándose unos contra otros, tanto más veneraba la Naturaleza el pueblo americano. Con frecuencia esta devoción se delegaba en los niños. Así que allí estábamos, viviendo en primitivas cabañas de Maine, niños y niñas en campamentos contiguos.

Por aquel entonces yo me encontraba en la plenitud de mis sentidos. Tenía las piernas ágiles y los brazos fuertes y nervudos, y veía el mundo con la felicidad inconsciente de un muchacho de catorce años. No lejos de los campamentos, en lo alto de un promontorio con vistas al mar, se extendía una amplia pradera llena de zarzales, y una tarde varios de nosotros estábamos allí recogiendo moras maduras e hincando el diente en el pericarpio de su pulpa húmeda y tibia, compitiendo con formaciones de abejorros, echándoles carreras de un matorral a otro y llenándonos la boca de moras hasta que el jugo nos resbalaba por la barbilla. Densas comunidades de mosquitos se elevaban y descendían en el aire, se expandían y contraían, como fenómenos astronómicos. Y el sol iluminaba nuestras cabezas, y detrás de nosotros, al pie del acantilado, las rocas negras y plateadas recibían y desintegraban pacientemente las olas y, más allá, en el mar reluciente, destellaban esquirlas de sol, y todo ello desplegándose ante mi vista clara a la vez que me volvía triunfalmente hacia cierta chica con quien había establecido un lazo —Eleanor se llamaba—, abría los brazos y hacía una reverencia como un mago que hubiera hecho aparecer todo aquello para ella. Y sin saber muy bien cómo, cuando los otros siguieron adelante, nosotros, en un acto de complicidad, nos rezagamos detrás de un zarzal hasta que se desvanecieron los ruidos de los demás y nos quedamos allí sin vigilancia, quebrantando las normas del campamento, y autodefiniéndonos así como personas más adultas de lo que nos consideraban, aunque recorrimos el camino de regreso cada vez más pensativos, y nos cogimos de la mano casi sin darnos cuenta.

¿Existe un amor más puro que éste, cuando uno ni siquiera sabe qué es? Ella tenía la mano húmeda y cálida, esa tal Eleanor, y los ojos y el pelo oscuros. A ninguno de los dos nos abochornaba que ella me sacara más de una cabeza de altura. Recuerdo su ceceo, cómo se le atascaba la punta de la lengua al pronunciar la ese. No era una de esas chicas con el aplomo de la alta sociedad que tanto abundaban en el campamento femenino. Vestía el mismo uniforme que las demás, calzones grises y camisa verde, pero era un tanto solitaria, y a mí me parecía distinguida, atractiva, considerada, y en un estado de anhelo semejante al mío. Anhelo de qué, ninguno de los dos habría sabido decirlo. Ése fue mi primer afecto declarado, y tan serio que ni siquiera Langley, alojado en otra cabaña con los de su edad, se burló de mí. Trencé un cordón para Eleanor y le tallé y decoré una pequeña canoa con un trozo de corteza de abedul.

Ah, pero esto que me ha dado por contar es en realidad una historia triste. Una arboleda separaba los dos campamentos, el de los niños y el de las niñas, y a lo largo se alzaba una alambrada de esas que se emplean para impedir el paso de los animales; para los chicos mayores era, pues, una fuga en toda regla saltar la valla o cavar un túnel por debajo de ella y, en un desafío a la autoridad, cruzar el campamento de las chicas a todo correr, dando voces y eludiendo a los monitores que los perseguían y aporreando las puertas de las cabañas para provocar chillidos de satisfacción. Eleanor y yo, en cambio, atravesábamos la valla para vernos cuando todo el mundo dormía y pasear bajo las estrellas y filosofar sobre la vida. Y fue así como una cálida noche de agosto, tras recorrer un par de kilómetros por la carretera, fuimos a dar a un hotel consagrado, como nuestro campamento, al retorno a la naturaleza. Pero era para adultos, para padres. Atraídos por el parpadeo de una luz en la mansión por lo demás a oscuras, nos acercamos al porche de puntillas y, por la ventana, vimos algo que nos dejó estupefactos, una escena de lo que más adelante se conocería como cine porno. Para su licenciosa proyección, se valían de una pantalla portátil parecida a una gran persiana. En la luz reflejada, vimos los perfiles de un público adulto, todos muy atentos, inclinados en sus sillones y sofás. Recuerdo el sonido del proyector no muy lejos de la ventana abierta, el chirrido que producía, como un campo de grillos. En la pantalla, la mujer, desnuda salvo por unos zapatos de tacón, yacía de espaldas en una mesa, y el hombre, también desnudo pero de pie, le sujetaba las piernas por debajo de las rodillas, quedando ella en posición de acoger su órgano, cuyo descomunal tamaño él se aseguró de exhibir ante el público previamente. Era un hombre feo, calvo y escuálido, que sólo destacaba por ese rasgo desproporcionado. Mientras embestía una y otra vez dentro de la mujer, ella se mesaba los cabellos a la vez que pateaba convulsamente, hendiendo el aire ora con un tacón, ora con otro en rápida sucesión, como si la sacudiera una descarga eléctrica. Yo me sumí en un estado de fascinación, de espanto, pero a la vez aquello me llevó a tal nivel de emoción antinatural que se acercaba a la náusea. Ahora no me extraña que, al inventarse el cine, se vieran enseguida sus posibilidades pornográficas.

¿Dejó escapar mi amiga un grito ahogado? ¿Me cogió de la mano para alejarme de allí? Si fue así, no me di cuenta. Pero cuando salí mínimamente de mi estupor, me volví y ella ya no estaba. Desanduve el camino a todo correr, y esa noche de luna, una noche tan en blanco y negro como la película, no vi a nadie en la carretera por delante de mí. Quedaban aún unas semanas para acabarse el verano, pero mi amiga Eleanor ya no volvió a dirigirme la palabra nunca más, ni me miró siquiera, decisión que yo acepté como cómplice, por razones de género, del protagonista masculino. Ella hizo bien en huir de mí, porque esa noche el romanticismo quedó derrocado en mi mente y en su lugar se entronizó la idea de que el sexo era algo que uno le hacía a ellas, a todas ellas, incluida la pobre Eleanor, tan alta y tímida. Es una ilusión pueril, incluso para una mente de catorce años, y sin embargo persiste entre los hombres adultos aun cuando conocen a mujeres dispuestas a copular con mayor avidez que ellos.

Naturalmente, una parte de mí, al ver esa peliculilla escabrosa, no se sintió menos traicionada por el mundo adulto que mi Eleanor. Con todo esto no quiero dar a entender que mis padres se hallaran entre ese público; no era así. De hecho, cuando se lo conté a Langley en confianza, coincidimos en que nuestros padres quedaban excluidos de la raza de los aquejados por la enfermedad de la carne. No éramos tan infantiles como para pensar que nuestros padres sucumbieron al sexo sólo las dos veces necesarias para concebirnos. Pero era propio de su generación practicar el amor en la oscuridad y no mencionarlo ni admitir su existencia en ningún otro momento. La vida se hacía tolerable gracias a sus formalidades. Incluso las relaciones más íntimas recibían un tratamiento formal. Nuestro padre nunca iba sin su cuello limpio y su corbata y su terno, yo sencillamente no lo recuerdo vestido de otra manera. El pelo, de color gris acero, siempre lo llevaba corto y, ajeno al hecho de que imitaba al entonces presidente, lucía un poblado bigote y monóculo. Y nuestra madre, con su amplia silueta ceñida por una faja al estilo de la época, con su espeso pelo recogido como un cuerno de la abundancia, era la imagen misma de la opulencia de una matrona. Las mujeres de su generación llevaban la falda hasta los tobillos. No tenían derecho a voto, circunstancia que no inquietaba en absoluto a mi madre, pese a que algunas amigas suyas eran sufragistas. Langley decía que nuestros padres se habían casado en el cielo. Con ello no se refería a que el suyo hubiese sido un gran amor, sino a que nuestros padres, en su juventud, habían acomodado sus vidas debidamente a las especificaciones bíblicas.

Se supone que la gente de mi edad recuerda sucesos de un tiempo lejano pero es incapaz de retener lo que ocurrió ayer. Mi recuerdo de nuestros padres muertos hace mucho tiempo es muy borroso, como si hubieran menguado por el hecho de haberse alejado en el tiempo, viéndose cada vez menos nivel de detalle, como si el tiempo se hubiera convertido en espacio, en distancia, y las figuras del pasado, incluso los propios padres, se hallaran demasiado lejos para reconocerlas. Están fijas en su propio tiempo, que ha descendido hasta ponerse por detrás del horizonte planetario. Ellos y sus tiempos y todas sus inquietudes se han ocultado juntos. Soy capaz de recordar a una chica a la que conocí superficialmente, como en el caso de Eleanor, pero en cuanto a mis padres, por ejemplo, no recuerdo ni una sola palabra de ninguno de los dos.

Y esto me lleva a la Teoría de los Reemplazos de Langley.

No sabría decir en qué momento exacto la formuló, aunque sí recuerdo haber pensado que tenía algo de académico.

Tengo una teoría, me dijo. En la vida todo es reemplazado. Nosotros somos el reemplazo de nuestros padres, igual que ellos fueron el reemplazo de la generación anterior. Con todas esas manadas de bisontes que están matando en el oeste, lo lógico sería que ya no quedara ninguno, y sin embargo nunca los matarán a todos, y las manadas volverán a llenarse de reemplazos que serán indiscernibles de los que han matado.

Yo contesté: Langley, las personas no son todas iguales, como bisontes de tres al cuarto; cada uno de nosotros es un individuo. Un genio como Beethoven es irremplazable.

Ya, Homer, pero verás, Beethoven fue un genio para su época. Tenemos las notaciones de su genio pero no es nuestro genio. Nosotros tendremos a nuestros genios, y si no en la música, será en la ciencia o las artes, aunque puede llevar un tiempo reconocerlos porque normalmente a los genios no se les reconoce en el acto. Además, no se trata de las metas que alcanza uno de ellos, sino de cómo se sitúa con relación a los demás. ¿Quién es tu jugador de béisbol preferido?, preguntó.

Walter Johnson, contesté.

¿Y qué es él sino un reemplazo de Cannonball Titcomb?, preguntó Langley. ¿Lo ves? Te estoy hablando de construcciones sociales. Una de las construcciones es que tengamos deportistas a quienes admirar, que nos constituyamos en un público de admiradores de los jugadores de béisbol. En apariencia se trata de un medio de comunización cultural que genera una gran satisfacción social y posiblemente ritualiza —y si no, ahí tienes a los equipos de béisbol de distintas ciudades— nuestra tendencia a asesinarnos mutuamente. Los seres humanos no son bisontes; somos una especie más compleja, que vive conforme a construcciones sociales complejas, pero nos reemplazamos igual que ellos. En Estados Unidos siempre habrá, mientras se juegue al béisbol, alguien que cumpla para la juventud aún no nacida la misma función que cumple para ti Walter Johnson. Los héroes del béisbol son patrimonio nuestro, y siempre habrá uno.

Con eso estás diciendo que todo es siempre igual, como si no hubiera progreso, señalé.

No he dicho que no haya progreso. Hay progreso y al mismo tiempo nada cambia. La gente crea cosas como los automóviles, descubre cosas como las ondas de radio. Claro que sí. Habrá lanzadores mejores que tu Walter Johnson, por mucho que te cueste creerlo. Pero eso es el paso del tiempo, y yo hablo de otra cosa. Algo que avanza por mediación de nosotros a medida que nos reemplazamos para rellenar las casillas.

Para entonces yo ya me había dado cuenta de que Langley improvisaba su teoría sobre la marcha. ¿Qué casillas?, pregunté.

¿Por qué te niegas a entenderlo? ¿Tan duro de mollera eres? Las casillas para los genios, y para los jugadores de béisbol y los millonarios y los reyes.

¿Hay una casilla para los ciegos?, pregunté. A la vez que lo decía me acordé de cuando el oculista al que me llevaron me enfocó los ojos con una luz y musitó algo en latín como si el inglés no tuviera palabras para el horror de mi destino.

Para los ciegos, sí, y para los sordos, y para los esclavos del rey Leopoldo en el Congo, contestó Langley.

Durante unos minutos tuve que aguzar el oído para ver si Langley seguía en la habitación, porque había callado. De pronto noté su mano en mi hombro. Comprendí

entonces que lo que Langley llamaba su Teoría del Reemplazo era su amargura ante la vida o su desesperación ante ella.

Langley, recuerdo haber dicho, tienes que pulir tu teoría un poco más. Por lo visto, él pensó lo mismo, ya que fue entonces cuando empezó a guardar los periódicos.

Era mi hermano, no mi madre ni mi padre, quien tenía por costumbre leerme cuando yo ya no pude leer por mi cuenta. Por supuesto, disponía de libros en Braille. Leí a todo Gibbon en Braille. «En el siglo II de la era cristiana, el Imperio romano abarcaba la mayor parte del planeta, y la porción más civilizada de la humanidad...». Aún creo que ésa es una frase que proporciona más deleite al palparla con los dedos que al verla con los ojos. Langley me leía en voz alta de los libros populares del momento —*El talón de hierro* de Jack London y sus relatos del Lejano Norte, o *El valle del Terror*, sobre Sherlock Holmes y el diabólico Moriarty—, pero antes de pasar a los periódicos, para leerme sobre la guerra en Europa a la que estaba destinado a ir, Langley traía de las librerías de viejo delgados volúmenes de poesía y los leía como si los poemas fueran noticias. Los poemas contienen ideas, decía. Las ideas de los poemas proceden de sus emociones y sus emociones se transmiten en imágenes. Gracias a eso los poemas son mucho más interesantes que tus novelas, Homer. Que sólo son historias.

No recuerdo los nombres de los poetas que para Langley tenían tanto interés como una noticia, ni retuve los poemas, salvo por un verso o dos. Pero asoman a mi pensamiento casi siempre espontáneamente y me producen placer cuando los recito para mí. Como «Generaciones han ido pisando, pisando, pisando; y todo lo agosta el comercio, lo ofusca, lo ensucia el afán...»: he ahí una idea langleyana.

Cuando Langley se marchó a la guerra, mis padres le ofrecieron una cena de despedida, sólo para la familia: un buen asado de ternera, y el olor a cera de las velas y mi madre llorando y disculpándose por llorar y mi padre aclarándose la garganta antes de pronunciar un brindis. Langley embarcaba esa noche. El soldado de la familia iba allí a ocupar el lugar de un soldado aliado muerto, eso conforme a su teoría. En la puerta de la calle le palpé la cara para guardármela en la memoria tal como era en ese momento, la nariz larga y recta, la boca fija en una expresión adusta, el mentón en punta, muy parecido al mío, y luego la gorra del ejército de ultramar en la mano, y la tela áspera del uniforme, y las polainas en las piernas. Tenía las piernas delgadas, Langley. Permanecía erguido cuán alto era, más erguido de lo que volvería a estar jamás.

Y allí me quedé yo, sin mi hermano por primera vez en la vida. Me sentí como arrojado a la independencia de mi joven edad adulta. Ésta no tardaría mucho en verse puesta a prueba a causa de la epidemia de gripe española que azotó la ciudad en 1918 y, como una gran ave de rapiña, se abatió sobre nosotros y se llevó a nuestros padres. Primero falleció mi padre porque trabajaba en el hospital Bellevue y fue allí donde la contrajo. Como era de esperar, mi madre no tardó en seguirlo. Los llamo mi padre y

mi madre cuando pienso en su muerte, tan repentina y dolorosa, asfixiados en cuestión de horas, porque así acababa la gripe española con la vida de la gente.

Incluso ahora me disgusta pensar en sus muertes. Es verdad que desde el inicio de mi invidencia se produjo cierto recorte de sus sentimientos hacia mí, cualesquiera que fuesen, como si una de sus inversiones hubiera dado malos rendimientos y optaran por minimizar las pérdidas. Aun así, éste fue el abandono definitivo, un viaje del que no volverían, y yo quedé conmocionado.

Se decía que la gripe española se llevaba sobre todo a los jóvenes, si bien en nuestro caso ocurrió todo lo contrario. Yo me libré, pese a que me sentí mal durante un tiempo. Tuve que organizar el funeral de Madre como ella había organizado el de su marido antes de coger y morirse también ella, como si no soportara alejarse de él ni por un momento. Acudí a la misma funeraria que ella había contratado. Por aquel entonces los entierros eran un negocio boyante, se prescindía de las untuosas formalidades de costumbre y los cadáveres eran trasladados sin pérdida de tiempo a la tumba por hombres que, a juzgar por sus voces amortiguadas, llevaban mascarillas de gasa. También habían aumentado los precios: en el momento de la muerte de Madre, el mismo funeral que ella había organizado para Padre costaba el doble. Tenían muchos amigos, un amplio círculo social, pero sólo uno o dos parientes lejanos asistieron a las exequias, y todos los demás se quedaron en casa encerrados a cal y canto o fueron a sus propios funerales. Mis padres están en el cementerio de Woodlawn, más allá de lo que en otro tiempo fue el pueblo de Fordham, aunque ahora toda esa zona es el Bronx, unidos por los siglos de los siglos, eso, claro está, a menos que haya un terremoto.

En esa misma época, durante la epidemia, Langley, enviado a la guerra en Europa con la Fuerza Expedicionaria Estadounidense, fue dado por desaparecido. Un oficial del ejército se presentó en casa para comunicar la noticia. ¿Está usted seguro?, pregunté. ¿Cómo lo sabe? ¿Es ésta su manera de anunciar que lo han matado? ¿No? En ese caso, lo único que está diciendo es que no saben nada. ¿Y entonces a qué ha venido?

Reconozco que obré mal. Recuerdo que, para serenarme, tuve que ir al mueble bar de mi padre y beber a morro un trago de no sé qué. Me pregunté si era posible que toda mi familia hubiese sido aniquilada en el transcurso de un mes o dos. Decidí que no. No era propio de mi hermano abandonarme. En la concepción del mundo de Langley había algo, arraigado desde su nacimiento, aunque acaso acendrado en la Universidad de Columbia, que le conferiría inmunidad divina ante un destino tan corriente como la muerte en una guerra: quienes morían eran los inocentes, no aquellos nacidos con la fortaleza que da carecer de ilusiones.

Así pues, en cuanto me convencí de eso, mi estado, fuera cual fuese, no tenía nada que ver con un estado de duelo. No lloré su pérdida, esperé.

Y cómo no, por la ranura de la puerta, con el correo, llegó una carta de mi hermano, escrita desde un hospital de París y fechada una semana después de recibir

yo la visita oficial para anunciarme que había desaparecido en combate. Le pedí a Siobhan, la criada, que me leyera la carta. Langley había sido gaseado en el frente occidental. Nada de consecuencias fatídicas, decía, y con ciertas compensaciones por parte de las atentas enfermeras del ejército. Cuando se cansaran de él, decía, lo enviarían a casa.

Siobhan, una devota irlandesa ya de cierta edad, no vio con buenos ojos la alusión a las atenciones de las enfermeras del ejército, pero yo reí de alivio y al final ella cedió y tuvo que reconocer lo mucho que se alegraba de saber que el señor Langley vivía y seguía siendo el de siempre.

Hasta que mi hermano volvió a casa, yo viví allí solo, salvo por el servicio: un mayordomo, una cocinera y dos criadas, todos ellos con sus habitaciones y un baño en el último piso. Te preguntarás acaso cómo se las arregla un ciego para llevar la administración doméstica con criados en la casa que podrían considerar muy fácil robar. Era el mayordomo quien me preocupaba, aunque en realidad tampoco había hecho nada. Pero su actitud conmigo era de una solicitud un tanto ladina, ahora que yo estaba al frente y ya no era el hijo. Así que lo despedí y me quedé con la cocinera y las dos criadas, Siobhan y la otra más joven, una chica húngara llamada Julia, que olía a almendras y a quien con el tiempo me llevé a la cama. De hecho no era sólo mayordomo, Wolf, sino mayordomo-chófer y ocasional manitas. Y cuando aún teníamos coche de caballos, lo traía de la cuadra de la calle Noventa y nueve y llevaba a mi padre al hospital al amanecer. Mi padre lo apreciaba mucho. Pero era alemán, ese tal Wolf, y si bien no tenía un acento muy marcado, sólo sabía poner los verbos al final de la frase. Yo nunca lo había perdonado por cómo azotaba a nuestro caballo de tiro, *Jack*, corcel de una gallardía y una finura sin par, y aunque llevaba al servicio de la familia desde tiempos inmemoriales —Wolf, quiero decir—, y si bien yo sabía por sus pisadas que no estaba ya lo que se dice en la flor de la vida, al fin y al cabo nos hallábamos en guerra con los alemanes, así que lo despedí. Me dijo que sabía que ésa era la razón pero yo, claro, lo negué. Le dije: ¿Wolf es la forma abreviada de qué? De Wolfgang, contestó. Ya, dije, y por eso lo despido, porque no tiene derecho a llevar el nombre del mayor genio de la historia de la música.

A pesar de que le di un buen fajo en concepto de indemnización, tuvo la poca elegancia de maldecirme y marcharse por la puerta principal, para colmo dando un portazo.

Pero, como decía, requirió cierto esfuerzo poner en orden el patrimonio de mi padre con los abogados y buscar la manera de afrontar la pesada administración doméstica. Contraté a uno de los empleados subalternos del banco de la familia para ocuparse de la contabilidad, y una vez por semana me ponía un traje y me plantaba un bombín en la cabeza y partía por la Quinta Avenida camino del Corn Exchange Bank. Era un buen paseo. Llevaba bastón aunque en realidad no lo necesitaba, ya que nada más saber que perdería la vista gradualmente me había ejercitado en explorar y almacenar en la memoria todo en un radio de veinte manzanas al norte y al sur, y en

dirección este hasta la Primera Avenida y, al otro lado, por los senderos del parque hasta Central Park West. Conocía la longitud de las manzanas por el número de pasos de bordillo a bordillo. Me daba igual no tener que ver las bochornosas mansiones de estilo Renacimiento de los industriales corruptos al sur de nuestra casa. En mis paseos caminaba con brío y medía el progreso de nuestros tiempos por los sonidos y los olores cambiantes de las calles. En el pasado, las calesas y los landós silbaban o chirriaban o gemían, las carretas traqueteaban, los carromatos de cerveza tirados por varios caballos pasaban atronadoramente, y el compás por debajo de toda esta música era el chacoloteo de los cascos. Más tarde se añadió al conjunto el petardeo de la combustión de los automóviles y paulatinamente el aire perdió el olor orgánico del pelaje y el cuero, los efluvios de la bosta de caballo en los días calurosos no flotaban ya como un miasma por encima de la calle, ni se oían tan a menudo las anchas palas de los barrenderos al recogerla, y al final, en esta época que describo en concreto, todo era mecánico, el ruido, circulando las flotas de coches en ambas direcciones, con los pitidos de las bocinas y los silbatos de los policías.

Me gustaban los chasquidos secos y limpios de mi bastón contra los peldaños de granito del banco. Y dentro percibía la arquitectura de techos altos y paredes y columnas de mármol por el murmullo hueco de las voces y el frío en los oídos. Ésos eran los tiempos en que me comportaba de manera responsable, o eso creía yo, actuando como reemplazo de los anteriores Collyer, como si esperara su aprobación póstuma. Hasta que un día Langley volvió de la Guerra Mundial y comprendí lo tonto que había sido.

Pese a las tranquilizadoras palabras de la carta, cuando mi hermano regresó, ya no era el mismo de antes. Su voz era una especie de gargareo, y tosía y se aclaraba la garganta continuamente. Antes de marcharse, tenía una nítida voz de tenor y cantaba las arias antiguas con mi acompañamiento al piano. Ahora ya no. Le palpé la cara, los huecos de las mejillas, los afilados ángulos de los pómulos. Y tenía cicatrices. Cuando se quitó el uniforme, noté más cicatrices en la espalda desnuda, y también pequeños cráteres donde el gas mostaza le había levantado ampollas.

Dijo: Se supone que debemos desfilar, marchar en formación cerrada, un batallón detrás de otro, como si la guerra fuese algo ordenado, como si hubiese habido una victoria. Me niego a desfilar. Eso es para idiotas.

Pero hemos ganado, dije. Hay un armisticio.

¿Quieres mi fusil? Aquí lo tienes. Y me lo arrojó a las manos. Ese pesado fusil disparó realmente en la Guerra del Catorce. Él tenía que haberlo entregado en el arsenal de la calle Sesenta y siete. Después sentí su gorra del ejército de ultramar encasquetada en mi cabeza. Y de pronto su guerrera colgaba de mis hombros. Me avergoncé al darme cuenta de que, pese a todas las descripciones de la guerra que Julia me leyó en los periódicos con su acento húngaro, sentados ambos a la mesa durante el desayuno cada mañana, yo no había entendido aún cómo eran las cosas allí. Langley me lo contaría en las semanas posteriores, interrumpido de vez en

cuando por el aporreo en la puerta de la policía militar, ya que él había abandonado su unidad antes de ser dado de baja oficialmente y recibir la absoluta, y, de la sucesión de complicaciones con la ley que se nos vendrían encima con los años, ésta, su desertión a efectos formales, fue el prolegómeno.

Yo abría la puerta cada vez y juraba que no había visto a mi hermano, y no mentía. Y ellos advertían que yo miraba el cielo mientras hablaba y se batían en retirada.

Y cuando se celebró el Día del Armisticio, y oí la agitación en la ciudad, el correteo apresurado de la gente por delante de casa, los coches a paso de caracol, los bocinazos, y en medio de todo eso los lejanos acordes de una marcha militar, Langley, como si de una antífona se tratase, me contó sus experiencias. Yo no le habría preguntado nada, quería que fuese el de antes, comprendía que necesitaba recobrase. No supo hasta su regreso que nuestros padres habían sucumbido a la gripe. Así que ése fue otro mal trago. Dormía mucho y no parecía notar la existencia de Julia, al menos al principio, aunque puede que le extrañara verla servir la cena y luego sentarse a la mesa con nosotros. Y en medio de todo esto, sin necesidad de instarlo, mientras la ciudad acudía al desfile de la victoria, me habló de la guerra con su voz ronca, que en ocasiones se reducía a un susurro o un resuello hasta recuperar su anterior aspereza. Había momentos en que daba la impresión de que hablaba solo.

Me contó que no podían mantener los pies secos. Hacía demasiado frío para descalzarse; en la trinchera había hielo, agua helada y hielo. Padecían pie de trinchera. Se les hinchaban y amorataban los pies.

Había ratas. Unas ratas enormes, parduscas. Se comían a los muertos, no tenían miedo a nada. A dentelladas, traspasaban los sacos de lona para acceder a la carne humana. Una vez, estando un oficial en su ataúd de madera, apartaron con el hocico la tapa, aún sin asegurar, y en un momento una masa de ratas chillonas se retorció y gusaneaba y pugnaba en su interior, un viscoso enjambre de ratas negras y parduscas volviéndose rojo por la sangre. Los oficiales dispararon sus pistolas contra esa masa y las ratas se escabulleron por los lados hasta que de pronto alguien se acercó de un salto y encajó bruscamente la tapa del ataúd y la clavaron, quedando dentro el oficial, las ratas muertas y las moribundas, todos juntos.

Los ataques se producían siempre antes del amanecer. Primero venían los bombardeos de la artillería pesada, los cañones de campaña, los morteros; luego las líneas avanzaban entre el humo y la niebla para ser abatidas por el fuego de las ametralladoras. Langley aprendió a apuntarse contra la pared frontal de la trinchera para alcanzar al boche con su bayoneta cuando el hombre saltaba por encima de él, como el toro empitonando al matador en las nalgas o en el muslo, o en un sitio peor, e incluso a veces se le caía el fusil de las manos cuando el pobre desgraciado se desplomaba con la bayoneta clavada en el cuerpo.

Langley estuvo a punto de ser sometido a un consejo de guerra por proferir amenazas, supuestamente, contra un oficial. Había dicho: ¿Por qué estoy matando a

hombres que no conozco? Hay que conocer a alguien para querer matarlo. Por este perspicaz comentario, lo mandaron de patrulla noche tras noche, y tenía que cruzar a rastras un llano salpicado de surcos y cráteres, cubierto de barro y alambradas, apretándose contra la tierra cuando las bengalas Very iluminaban el cielo.

Y por último la mañana de la neblina amarilla, que no parecía gran cosa. Apenas olía. Se disipó enseguida, y de pronto empezó a escocerle la piel.

Y para qué, se preguntó Langley. Tú estate atento, y ya verás.

Como lo he visto yo, por el mero hecho de sobrevivir.

El día que Langley fue al cementerio de Woodlawn, él solo, para visitar las tumbas de nuestros padres, coloqué su fusil Springfield sobre la repisa de la chimenea en la sala de diario, y allí se quedó, casi la primera pieza de la colección de artefactos de nuestra vida americana.

El hecho de que yo me liara con Julia no sentó bien a la criada de más antigüedad, Siobhan, acostumbrada como estaba a dar las órdenes en su mundo doméstico de responsabilidades asignadas. Julia, salida de mi cama, había adquirido también ella una posición elevada y se mostraba poco dispuesta a recibir órdenes. Su actitud equivalía a la insurgencia. Siobhan había estado a nuestro servicio mucho más tiempo y, como me dijo un día con lágrimas en los ojos, mi madre no sólo tenía en alta estima su trabajo, sino que había llegado a considerarla un miembro más de la familia. Yo de eso no sabía nada. Conocía a Siobhan sólo por la voz, que, sin detenerme a pensar mucho en ello, encontraba desapacible, una voz débil, aguda y quejumbrosa, y sabía que era una mujer metida en carnes por la manera en que resollaba al menor esfuerzo. Además, despedía cierto olor, no porque no se lavara, sino porque sus poros exhalaban una especie de fragancia empalagosa, como de baño de vapor, que permanecía en la habitación al marcharse ella. Sin embargo, con el regreso de Langley, me propuse mantener la paz en casa, ya que su sombría presencia y su irritación ante cualquier nimiedad nos habían desequilibrado a todos, incluida, me atrevería a decir, la cocinera negra, la señora Robileaux, que preparaba lo que le venía en gana preparar y servía lo que le venía en gana servir sin consultar con nadie, ni siquiera con Langley, quien una y otra vez apartaba el plato y abandonaba la mesa. Así las cosas, llegaban corrientes de insatisfacción de todas direcciones: la casa funcionaba ya de una manera muy distinta de como había funcionado en tiempos de mis padres, cuyas pautas majestuosamente inmutables y ordenada administración yo empezaba a valorar. Pero, incapaz de hacer frente a este caos emocional, establecí mentalmente una distinción entre anarquía y cambio evolutivo. La una era el mundo desmoronándose; la otra era sólo el inevitable paso del tiempo, que era lo que se dejaba sentir por entonces en la casa, decidí, el devenir de los segundos y los minutos de vida para manifestar una apariencia siempre nueva. Así racionalicé la situación para no hacer nada. Langley gozaba de los privilegios de su veteranía de guerra y la señora Robileaux de su pericia culinaria. Yo tenía que haber actuado en apoyo de Siobhan; en cambio, con cierto sentimiento de culpabilidad, busqué consuelo

mirando en otra dirección y aceptando a Julia conforme a sus propias condiciones.

La muchacha se entregaba al ejercicio amatorio con sentido práctico. Yo había oído decir que las europeas no se andaban con remilgos ante el sexo como nuestras mujeres; sencillamente lo aceptaban como otro apetito más, tan natural como el hambre o la sed. Así que podríamos considerar a Julia descarada por naturaleza pero, más aún, ambiciosa, razón por la cual, una vez conquistada mi cama, empezó a tratar a Siobhan con prepotencia, como si se ejercitara para la posición de señora de la casa. Yo eso lo sabía, claro: mi ceguera afecta sólo a los ojos. Pero admiraba su empuje de inmigrante. Había llegado a Estados Unidos bajo los auspicios de una agencia proveedora de servicio doméstico y se había ganado la vida trabajando primero para una familia que mi familia conocía, y después, cuando esa gente se trasladó a París, presentándose ante nuestra puerta con excelentes referencias. Estoy seguro de que Julia tenía cinco o seis años más que yo. Pese a sus lánguidas atenciones nocturnas, se levantaba al alba sin demora y reasumía sus responsabilidades domésticas. Yo permanecía allí tendido entre las sábanas todavía calientes donde ella había yacido y componía su imagen a partir de su olor, un tanto acre, y de lo que mis manos habían aprendido acerca de su persona. Tenía las orejas pequeñas y los labios carnosos. Cuando yacíamos cabeza con cabeza, los dedos de sus pies apenas me llegaban a los tobillos. Pero poseía generosas proporciones, y la carne de los hombros y los brazos cedía a la más ligera presión de mis pulgares. Estrecha de talle, tenía los pechos erguidos, el trasero firme, los muslos y las pantorrillas recios. Sus pies no eran elegantes, sino más bien anchos y, a diferencia de la tersura del resto de su cuerpo, un tanto ásperos al tacto. Cuando se soltaba el pelo lacio, le caía hasta los hombros; se colocaba a cuatro patas sobre mi figura yacente y agitaba el pelo ante la cara para rozarme el pecho y el vientre, haciéndolo ir a un lado y al otro con un movimiento de cabeza. En tales ocasiones musitaba frases que empezaban en inglés y derivaban hacia el húngaro. ¿Gusta esto al señor? ¿Al señor gusta su Julia? Y cosas por el estilo, y sin que yo me diera cuenta se pasaba al húngaro, susurrando sus burlonas ternezas para saber si me gustaba lo que hacía o no, con lo que yo llegaba a imaginar que entendía el húngaro. La atraía hacia mí para experimentar ese mismo efecto de rozamiento con sus pezones mientras su pelo se desparramaba sobre mi cara y mi boca. Hacíamos muchas cosas creativas y nos entreteníamos bastante el uno al otro. Su interior me envolvía muy bien. Me dijo que tenía el pelo clarísimo, del color del trigo —decía con su acento húngaro—, y los ojos grises como un gato.

Fue el cuerpo cálido y complaciente de Julia, así como sus susurros de inmigrante, lo que me llevó a desentenderme de la lenta erosión del honor de Siobhan, conforme las posiciones de ella y Julia en la organización doméstica se invertían, hasta que al final fue Siobhan quien recibía órdenes a su pesar. Esta buena mujer sólo tenía dos opciones, abandonar el empleo o rezar. Pero era una irlandesa soltera de mediana edad, incluso mediana tardía, sin familia que yo supiese. Los años de servicio en esta casa habían sido toda su vida. En tales circunstancias, la gente, por

infeliz que sea, se aferra a su empleo y ahorra, moneda a moneda, para el día en que recibirá un entierro decente, o eso espera. Sí recordaba que, al morir mi madre, fue Siobhan quien lloró quejumbrosamente al pie de la tumba, ella, Siobhan, tan sentimental ante la muerte como sólo pueden serlo las personas de profundas creencias religiosas. Y por consiguiente, al final, sería la oración el medio que le permitiría sobrellevar la honda afrenta a su preeminencia y al sentido de la propiedad que tiene sobre una casa toda buena sirvienta responsable de sus cuidados. Y si con sus plegarias aspiraba a la restitución o, en momentos de amargura que después tendría que confesar ante el Padre, a la venganza, no sé qué dirá el Señor, pero yo digo que la respuesta a dichas plegarias llegó encarnada en una protestante, Perdita Spence, amiga de la infancia de Langley, a quien acompañó en su puesta de largo, y que una noche vino a cenar invitada por él.

Porque con el paso de las semanas Langley iba saliendo de su abatimiento. No es que anduviera silbando, ni que encontrara razones para entusiasmarse por las cosas, pero su cáustica inteligencia empezaba a afilarse y volver a ser como en los viejos tiempos. Perdita Spence se había ganado su consideración ya en la adolescencia, y eso era, supongo, lo más cerca que podía estar de un sentimiento claro por ella. Yo la había visto en casa una o dos veces antes de que se me apagara la vista, y ahora proyectaba ese recuerdo, aumentando mentalmente su edad al escuchar su conversación. Recordaba sus rasgos principales, que eran una nariz larga y unos ojos demasiado juntos, y tales hombros que parecía llevar hombreras bajo la blusa. También creo conservar una imagen en la cabeza de la señorita Spence manifestándose por la Quinta Avenida cogida del brazo de las sufragistas, pero eso puede ser una aportación de mi cosecha. Sí sé que su estatura se acomodaba bien a la de Langley, y éste medía uno ochenta. Era, pues, una mujer alta, y mientras yo, antes de cenar, escuchaba sus comentarios sobre los círculos de los que habían formado parte nuestras dos familias, pensé que ella era también una pareja ideal para él en cuanto a posición social: alguien que con su persona evocaba la vida que Langley había conocido antes de irse a la guerra, y por tanto era precisamente lo que necesitaba para mitigar los oscuros impulsos de su propia mente.

Langley y yo nos habíamos vestido para la cena y, no sé bien cómo, yo había logrado imponer a Julia y Siobhan su propio armisticio para que adecentaran la casa entre las dos, cosa que en apariencia hicieron, ya que olí la cera de muebles en mi Aeolian, y las chimeneas del gabinete y el salón, una vez encendido el fuego, no despidieron el asfixiante humo al que me había acostumbrado. Langley había dado instrucciones a la señora Robileaux con insistencia suficiente para que ella se atuviera al menú exigido por él, que consistía en ostras en su concha, crema de acedera y asado con soufflé de patata y guisantes en su vaina. Y había bajado a la bodega del sótano en busca de un vino tinto y uno blanco. Pero el parloteo de Perdita Spence cesó de golpe cuando Julia, después de servir los dos primeros platos, trajo el asado y se sentó a la mesa con nosotros. Oí el chirrido de la silla de Julia contra el suelo, una

tos delicada e incluso, quizá, su sonrisa deferente.

Tras un largo silencio, Perdita Spence dijo: Qué originalidad la vuestra, Langley, hacer trabajar a los invitados. ¿Dónde está mi delantal?

Langley: Julia no es una invitada.

Señorita Perdita Spence: ¿Ah, no?

Langley: Cuando sirve, forma parte del servicio. Cuando se sienta, es la enamorada de Homer.

Digamos que es una situación híbrida, intervine yo a fin de esclarecer las cosas.

Siguió un silencio. No oí a nadie siquiera tomar un sorbo de vino.

Y al fin y al cabo, añadió Langley, la identidad humana es un misterio. ¿Podemos estar seguros de que existe algo llamado el yo?

La perorata de Perdita Spence, dirigida tan sólo a Langley, la única persona en el comedor digna, a su juicio, de conocer su opinión, no careció de interés. No se percibió el agravio previsible en alguien de su clase que de pronto se encuentra sentada a la mesa con una criada. Dijo —y después de tantos años sólo puedo ofrecer una perífrasis— que en vista de la deficiencia de su hermano Homer, entendía que se aprovechara de cualquier pobre desdichada que se le pusiera a tiro. Pero sentar a esa desdichada a la mesa durante una cena era una grosería propia de un pachá a quien no le bastaba con ejercer su poder, sino que además tenía que exhibirlo. Allí estaba sentada esa inmigrante, que debía someterse a la voluntad de Homer por miedo a perder su empleo, obviamente incómoda, sin más finalidad que pregonar su absoluta servidumbre. Una mujer no es un mono de compañía, declaró la señorita Spence, y si ha de ser utilizada para vergüenza suya, como mínimo que sea en la oscuridad, donde sólo oiga sus sollozos quien abusa de ella.

Te acompaño a casa, dijo Langley.

Y así mi enamorada y yo nos quedamos solos en el comedor. Julia me sirvió el plato y se sentó a mi lado. No cruzamos una sola palabra, sabíamos lo que teníamos que hacer. Mientras la señora Robileaux salía periódicamente de la cocina y, desde la puerta, nos lanzaba miradas iracundas, nos dispusimos a comer por cuatro.

No tenía la menor idea de qué pensaba Julia. Sin duda había captado en esencia la crítica de la señorita Spence, pero percibí su indiferencia como si a ella, a Julia, le trajese sin cuidado lo que dijera esa desconocida. Mostró el mismo placer en la cena que cuando limpiaba la casa o hacía el amor, llenando las copas de vino, primero la mía y luego la suya, sirviéndome otro trozo de asado antes de reabastecer su propio plato.

Y he aquí la secuencia de pensamientos que acudieron a mi mente, porque los recuerdo con toda claridad. Me acordé de que Julia se había presentado por su propia iniciativa en mi habitación la noche del día que le pedí que me dejara tocarle la cara. Yo no pretendía nada en particular con eso, sólo quería información, me gusta saber cómo es la gente que tengo alrededor. Le había palpado la mandíbula, que era amplia, y la boca grande y carnosa, y las orejas pequeñas, y la nariz un poco achatada, y la

frente ancha, con el nacimiento del pelo alto. Y esa misma noche se metió en mi cama y esperó.

¿Tenía Perdita Spence razón? ¿Era verdad que esa muchacha inmigrante, para conservar su empleo, no hizo más que responder a lo que interpretó como un emplazamiento? Langley no lo veía así: él había percibido el aplomo de la criada, que en un plazo relativamente corto había asumido el control de la casa y se había acostado con su hermano.

Pero he aquí lo que sucedió: con la intención de dejar limpio el plato, ataqué las últimas vainas de guisantes, estrujándolas entre mis dientes y saboreando sus jugos verdes y dulces con un toque amargo, y de repente, sin saber por qué, me acordé de la huerta en la esquina de Madison Avenue con la calle Noventa y cuatro, donde en mi infancia, cuando aún conservaba la vista, a principios de otoño me paseaba entre las hileras con mi madre y recogía las hortalizas para nuestra mesa. Extraía los manojos de zanahorias de la tierra blanda, arrancaba los tomates de la mata, destapaba las calabazas ocultas bajo sus hojas, tiraba de las lechugas con las dos manos. Y nos lo pasábamos muy bien en esas ocasiones, mi madre y yo, mientras ella sostenía la cesta para que yo depositara lo que había elegido. Algunas plantas eran más altas que yo y las hojas, calientes por el sol, me rozaban las mejillas. Yo mascaba las diminutas hojas de distintas hierbas, aturdido por la profusión de vívidos colores y el olor húmedo a hojas y raíces y tierra mojada en un día soleado. Por supuesto, el huerto, al igual que mi vista, había desaparecido hacía mucho tiempo, sustituido por una armería, y supongo que fue el vino lo que me permitió desenterrar de las profundidades de mi mente implacable la imagen de mi refinada madre cuando, en una demostración de afecto impropia de ella, concedía su compañía a su hijo pequeño.

Al coger la competente mano de Julia en ese emotivo momento de rememoración, descubrí que mi palma no reposaba en carne, sino en piedra. Era un anillo lo que llevaba la criada, y cuando lo rodeé con tres dedos para hacerme una idea de su tamaño y forma, caí en la cuenta de que era el macizo anillo de diamantes de mi madre que lanzaba esquirlas de luz a mis ojos cuando ella sostenía el asa de nuestra cesta en el huerto.

Julia musitó: *Ay, querrido seniorrr*, o algo por el estilo, y sentí su otra mano en la mejilla mientras, con delicadeza, intentaba zafarse, y yo, con igual delicadeza, se lo impedía.

Y ésta fue la extraordinaria secuencia de acontecimientos por la que debo dar gracias, supongo, a la señorita Perdita Spence, aunque a día de hoy ella no se encuentra ya entre los vivos. O tal vez fuera por la decisión de mi hermano de invitarla a cenar, o tal vez deba remontarme aún más en el tiempo, a la guerra que había cambiado a Langley hasta el punto de que, a su manera inflexible y hosca, reconoció a medias en sus adentros que acaso se enmendaría, si es que tenía posibilidad de enmienda, casándose, e inició así su remisa búsqueda renovando el

contacto con esa compañera del colegio alta y de hombros angulosos que no perdonó tan depravado comportamiento en nuestra casa.

Celebramos un juicio, naturalmente, Langley y yo en el papel de jueces titulares, Siobhan como ministerio fiscal. Se desarrolló en la biblioteca, donde crearon el marco jurídico los libros de las estanterías, el globo terráqueo, los retratos. Julia, mi querida húngara, afirmó entre sollozos que había sido idea de Siobhan coger prestado el anillo del joyero de mi madre para que ella, Julia, pareciera una invitada a la mesa más que una criada. Sería una especie de «credencial», insistió, si bien esa palabra no formaba parte de su vocabulario. Para dar la impresión de que el *seniorrr Homer* y yo íbamos a casarnos, fueron sus palabras exactas. Yo podría haber decidido ponerme de su lado, pero mi propia credibilidad como miembro responsable de la familia se había visto seriamente mermada cuando tuve que admitir ante Langley que me había olvidado de las joyas de mi madre al resolver los asuntos testamentarios, de modo que habían quedado, expuestas al robo, en la pequeña caja fuerte empotrada de su dormitorio, que permanecía siempre abierta y se hallaba bajo el retrato de un tío abuelo suyo que había alcanzado cierta fama por cruzar Sudán en camello, a saber por qué motivo.

Siobhan negó haberle ofrecido el anillo a la muchacha, quien, según dijo, tenía acceso a toda la casa como criada al mando por decisión propia y podía husmear en la habitación de mi madre sin que nadie se enterase. Siobhan nos recordó a todos el tiempo que llevaba al servicio de la familia, a diferencia de esa ladronzuela que intentaba presentarla a ella como cómplice diabólica. Y por qué iba yo a ayudar a esta desdichada, siendo como es una ladrona, dijo Siobhan.

Langley, hombre de talante sensato, dijo a Siobhan: *Petitio principii*, das por supuesto en la premisa lo que debes determinar en la conclusión.

Puede ser, señor Collyer, dijo ella, pero yo sé lo que sé.

Y así quedaron expuestos los argumentos.

Después Langley cogió el joyero, que no sólo contenía ese anillo, sino también broches, pulseras, pendientes y una diadema de diamantes, y lo puso todo en una caja de seguridad del Corn Exchange en previsión de los tiempos en que tal vez tuviéramos que venderlo, tiempos que yo ni concebía, y que por supuesto llegaron y, dicho sea de paso, muy pronto.

Y entonces mi dulce y llorosa compañera de cama, de duros pezones y comportamiento delictivo, se marchó de la casa con tan pocas ceremonias como la señorita Perdita Spence, como si ambas fueran prototipos del género con el que, por una razón o por otra, Langley y yo éramos incompatibles, como descubrimos con el paso de los años.

No me sentí como un auténtico idiota hasta que Julia cogió el portante y se fue. Como si, una vez ausente, adquiriese claridad moral ante mí. Mientras confraternizaba con ella, yo no sabía con quién trataba —era una presencia fragmentada por mi actitud autocomplaciente—; ahora, en cambio, al reflexionar

sobre su ambición frustrada, aquel olor a almendra suyo y las partes de su cuerpo que tuve en mis manos se fundieron para formar una persona por quien me sentí traicionado. Esa inmigrante con sus estrategias. Había salido a este campo de batalla doméstico con un plan de combate. No era la criada que, temiendo ser puesta en la calle, cede a los deseos de su señor, sino una mujer sólo al servicio de sí misma, una actriz, una intérprete, desempeñando un papel.

Pedí a Langley que me la describiera. Una mujercilla robusta y pequeña, dijo. Pelo castaño demasiado largo, tenía que hacerse un moño y sujetárselo con horquillas bajo la cofia y, como lógicamente no se le sostenía, siempre le colgaban mechones y rizos ante la cara y por el cuello, atrayendo así la atención de una manera impropia de una criada que conoce su lugar. Tendríamos que haberla obligado a cortarse el pelo.

Pero entonces no habría sido Julia, aduje. Y ella me dijo que tenía el pelo del color del trigo.

Un marrón oscuro y apagado, corrigió Langley.

¿Y los ojos?

No me fijé en el color de los ojos. Sólo vi que miraba aquí y allá continuamente como si hablase sola en húngaro. Teníamos que despedirla, Homer, era demasiado lista para confiar en ella. Pero sí te doy la razón en una cosa: son las hordas de inmigrantes quienes mantienen vivo este país, las oleadas que llegan año tras año. Teníamos que despedir a esa chica, pero de hecho representa el genio de nuestra política nacional de inmigración. ¿Quién tiene más fe en América que aquellos que desembarcan y besan el suelo?

Ni siquiera se despidió.

Ahí lo tienes. Algún día será rica.

Para consolarme, me sumergí en la música, pero ésta me falló por primera vez en la vida. Decidí que había que afinar el Aeolian. Hicimos venir a Pascal, el afinador de pianos, un belga bajo y remilgado envuelto en un olor a colonia que después permanecía en la sala de música durante días. *Il n'y a rien mal avec ce piano*, dijo, y reconstruyo aquí sus palabras con mi mal francés. Al llamarlo para exigirle que revisara su infalible trabajo lo había insultado. En realidad, el problema no era el piano, era mi repertorio, que se componía exclusivamente de obras que yo había aprendido cuando aún podía leer las partituras. Ya no me bastaba con eso. Estaba inquieto. Necesitaba estudiar piezas nuevas.

Una organización de ayuda a los ciegos había conseguido que una editorial musical publicase partituras en Braille. Así que encargué unas cuantas. Pero no sirvieron de nada: aunque sabía leer en Braille, mis dedos no traducían los pequeños puntos en sonidos. Las notaciones no combinaban; por alguna razón cada una iba por su lado y toda forma de contrapunto me era inasequible.

Es aquí donde Langley acudió en mi rescate. En una subasta por herencia encontró una pianola, vertical. Venía con docenas de rollos de papel perforado en cilindros. Había que colocar los cilindros en dos espigas, y el rollo se desplazaba de

un lado al otro, y tú tenías que pisar los pedales, mientras las teclas se hundían como por arte de magia y se oía la interpretación de uno de los grandes, Paderewski, Anton Rubinstein, Josef Hoffmann, como si estuviera ahí sentado junto a ti en la banqueta del piano. Así amplíé mi repertorio, escuchando los rollos de la pianola una y otra vez hasta que fui capaz de colocar los dedos en las teclas en el preciso momento en que eran accionadas mecánicamente. Al final, conseguí pasar a mi propio Aeolian y tocar la pieza yo solo, con mi propia interpretación. Llegué a dominar un sinfín de *impromptus* de Schubert, estudios de Chopin, sonatas de Mozart, y mi música y yo volvimos a estar en armonía.

Aquella pianola fue la primera de los numerosos pianos que Langley coleccionó a lo largo de los años: aquí hay al menos una docena, enteros o en partes. Es posible que al principio tuviese en mente mis intereses; quizá creyese que había en algún lugar del mundo un piano que sonara mejor que mi Aeolian. No lo había, por supuesto, aunque yo me presté a probar todos y cada uno de los que trajo a casa. Si no me gustaba, él lo desguazaba hasta la última pieza para ver qué podía hacerse, y así acabó viendo los pianos como máquinas, máquinas de producción de música, para desmontarlas y asombrarse y volver a montarlas. O no. Cuando Langley trae a casa algo con lo que se ha encaprichado —un piano, una tostadora, un caballo de bronce chino, una enciclopedia—, no es más que el comienzo. Sea lo que sea, lo adquirirá en varias versiones, porque hasta que pierda el interés y se centre en otra cosa, buscará su máxima expresión. Es posible que haya en esto un origen genético. Nuestro padre también coleccionaba objetos, ya que en los estantes de su gabinete, además de numerosos tomos médicos, hay tarros de cristal con fetos, cerebros, gónadas y otros órganos conservados en formol, todo ello relacionado con sus intereses profesionales, claro está. Aun así, estoy convencido de que Langley pone en esta pasión por el coleccionismo algo muy suyo: es patológicamente ahorrativo; desde que somos nosotros quienes llevamos la administración de la casa, le preocupa nuestra economía. Guardar dinero, guardar cosas, encontrar un valor a objetos que otros han desechado o que de un modo u otro puedan tener un uso futuro... todo ello forma parte de lo mismo. Como es de esperar en un archivista de periódicos, Langley tiene una concepción del mundo, y como yo no la tengo, siempre me he avenido a lo que él hace. Me constaba que algún día todo eso sería para mí tan lógico y serio y sensato como lo era para él. Y así ocurrió hace ya tiempo. Jacqueline, musa mía, te hablo a ti directamente por un momento: tú has visto esta casa. Sabes que no tenemos otra manera de vivir. Sabes que somos quienes somos. Langley es mi hermano mayor. Es un veterano que sirvió valientemente en la Guerra del Catorce y perdió la salud por el esfuerzo. Cuando éramos jóvenes, lo que coleccionaba, lo que traía a casa, eran aquellos delgados volúmenes de poesía que leía a su hermano ciego. He aquí un verso: «El destino aciago es oscuro y más profundo que cualquier fosa abisal...».

Ese repertorio ampliado me fue muy útil cuando acepté un empleo de pianista para el cine mudo, en el que debía improvisar piezas según el carácter de la escena en

cuestión. Si era una escena de amor, tocaba, pongamos, *Träumerei* de Schumann; si era una escena de lucha, el movimiento rápido de una furiosa pieza de Beethoven en su última etapa; si marchaban unos soldados, yo marchaba con ellos, y si se trataba de un gran final, improvisaba sobre el último movimiento de la Novena de Beethoven.

Te preguntarás cómo sabía yo qué aparecía en la pantalla. Era por medio de una chica a quien habíamos contratado, una estudiante de música que, sentada a mi lado, me contaba en voz baja qué ocurría exactamente. Ahora una graciosa persecución en la que las personas se caen de los coches, me explicaba, o aquí viene el héroe a galope tendido, o los bomberos se deslizan por la barra de descenso, o —y entonces bajaba la voz y me tocaba el hombro— los amantes se abrazan y se miran a los ojos y el rótulo dice «Te quiero».

Langley había encontrado a esta estudiante en la escuela de música Hoffner-Rosenblatt, en la calle Cincuenta y nueve Oeste, y como en esta época que describo empezaba a ponerse de manifiesto la disminución del patrimonio de nuestros padres debido a unas inversiones poco afortunadas —que es por lo que yo había aceptado ese empleo en el cine de la Tercera Avenida, tocando durante tres sesiones completas, desde media tarde hasta la noche, todos los fines de semana, de viernes a domingo—, no pagábamos a mis ojos cinematográficos, esa tal Mary, sólo en dinero contante, sino que complementábamos su magro salario con clases gratuitas que yo le impartía en nuestra casa. Como vivía con su abuela y su hermano menor en la otra punta de la ciudad, el lejano West Side, de hecho en la zona de Hell's Kitchen, sin duda muy modestamente, su abuela se dio por más que contenta con no tener que seguir pagando las clases de Mary. Era una familia de inmigrantes que había padecido graves desgracias: la muerte del padre y la madre, él por un accidente en la cervecera donde trabajaba, y su viuda a causa de un cáncer no mucho después. Y claro, con el tiempo, para ahorrarse la chica el billete del tranvía, y porque Siobhan se había encariñado con ella, casi como si fuera una hija, Mary se vino a vivir con nosotros. Mary Elizabeth Riordan, como se llamaba, tenía entonces dieciséis años, había estudiado en un colegio parroquial y, al decir de todos, era una preciosidad de chica, con el pelo negro y rizado, la tez clarísima, los ojos azules y la cabeza bien alta, con una postura recta y orgullosa, como si su frágil cuerpo no debiese mostrar al observador que existía en ella una debilidad de la que podía aprovecharse. Pero cuando íbamos y veníamos del cine a pie, me cogía del brazo como si fuéramos una pareja, y yo, claro, me enamoré de ella, aunque no me atreví a hacer nada al respecto, porque tenía ya casi treinta años y empezaba a perder el pelo.

No diría yo que Mary Riordan fuera una alumna de piano destacada, aunque le encantaba tocar. En realidad, tenía una aptitud por encima de la media. Es sólo que, a mi juicio, le faltaba aplomo a su ataque, si bien cuando ensayaba con algo como *La catedral sumergida* de Debussy, la sensibilidad de su interpretación parecía justificada. Era un alma delicada en todo. Su bondad era como la fragancia de un jabón puro sin perfume. Y comprendía, igual que yo, que cuando uno se sentaba y

ponía las manos sobre las teclas, no tenía ante sí sólo un piano, sino todo un universo.

Con qué facilidad y elegancia se adaptó a su situación. Al fin y al cabo, la nuestra era una casa bien extraña, con todas esas habitaciones que debieron de intimidar a una niña que había crecido en un bloque de apartamentos, y con una sirvienta que la adoptó en el acto y le asignó tareas como haría una madre, y con una cocinera cuyo característico ceño permanecía inalterable de la mañana a la noche. Y con un ciego a quien llevaba y traía del trabajo, y con un iconoclasta de tos estridente y voz ronca que salía a toda prisa cada mañana y cada tarde para comprar todos los periódicos que se publicaban en la ciudad.

Con frecuencia, cuando me hallaba sentado junto a ella para su clase, me sumía en un estado de ensoñación y la dejaba tocar sin instrucción alguna. Langley también se enamoró de ella; lo supe por su tendencia a pontificar cuando ella estaba presente. A nosotros, que éramos capaces de metamorfosearnos instantáneamente en el hilo sinuoso de *Jesus bleibet meine Freude*, las teorías improvisadas de Langley no nos convencían. Insistía, por ejemplo, en que cuando el hombre prehistórico descubrió que podía producir sonidos cantando o golpeando algo o soplando a través del extremo de un hueso largo fosilizado, su intención era hacer sonar el inmenso vacío de este extraño mundo afirmando «¡Aquí estoy, aquí estoy!». Incluso vuestro Bach, incluso vuestropreciado Mozart y sus calzas y medias de seda, no eran más que eso, sostenía Langley.

Nosotros escuchábamos pacientemente las ideas de mi hermano, pero guardábamos silencio, y cuando dejaba de hablar, reanudábamos nuestra clase. En una ocasión Mary no pudo reprimir un suspiro, ante lo que Langley, mascullando, volvió a enfrascarse en la lectura de sus periódicos. Él y yo competíamos por la chica, claro, pero era una competición que ninguno de los dos podía ganar. Lo sabíamos. No hablábamos de ello, pero los dos sabíamos que experimentábamos una pasión que destruiría a la chica si alguna vez sucumbíamos a ella. Yo había estado peligrosamente cerca. El pequeño cine se encontraba justo debajo del ferrocarril elevado de la Tercera Avenida. Cada pocos minutos se oía encima el rugido de un tren, y una vez fingí no haber oído a Mary. Sin dejar de tocar con la mano izquierda, retiré la derecha del teclado y, sujetándola por el frágil hombro, la atraje hacia mí hasta que su rostro quedó cerca del mío y sus labios me rozaron la oreja. Apenas fui capaz de contener el deseo de estrecharla entre mis brazos. Casi enfermé por ese acto de inconsciencia. Lo compensé comprándole un helado de camino a casa. Ella era una criatura valiente pero herida, legalmente una huérfana. Nosotros actuábamos *in loco parentis*, y siempre sería así. Ella tenía su propia habitación en el piso de arriba, junto a la de Siobhan, y yo la imaginaba allí dormida, casta y hermosa, y me preguntaba si los católicos no tenían razón al deificar la virginidad y si no había sido un acierto por parte de los padres de Mary conferir a su frágil belleza el nombre protector de la madre de su Dios.

No recuerdo bien cuánto tiempo vivió con nosotros Mary Elizabeth, pero cuando

me despidieron de mi empleo en el pequeño cine de la Tercera Avenida —y es que había llegado el cine sonoro—, Langley y yo hablamos y acordamos que ya no había razón para mantenerla en casa —en realidad tomamos esta decisión más por nuestra propia conveniencia—, y asignando las partidas necesarias de nuestros menguantes recursos, la enviamos al Junior College de las Hermanas de la Misericordia de Westchester County, donde estudiaría música y francés y filosofía moral y todas esas cosas educativas que le asegurarían una existencia mejor. Se mostró agradecida y no muy apenada, porque había aprendido de su abuela que, como huérfana que era, fácilmente acabaría pasando de una institución a otra con la esperanza de encontrar algún día estabilidad en respuesta a sus plegarias.

Yo había hecho mal en poner en duda su delicadeza al piano. Ella avanzaba a tientas por la música como por la vida, una niña sin padres intentando recuperar la fe en un mundo razonable. Pero no daba pena a los demás, ni se permitía ser tan egocéntrica como tenía todo el derecho del mundo a ser. Era de una alegría inquebrantable. Cuando íbamos juntos al cine, me cogía del brazo como si yo la acompañara igual que un hombre acompaña a una mujer. Acomodaba su paso al mío, como hacen dos personas cuando son pareja. Sabía que yo me enorgullecía de mi capacidad para desplazarme de un lado a otro de la ciudad, y si me equivocaba, pretendiendo cruzar la calle cuando no debía, o pisando los talones a alguien — porque tendía a caminar con la seguridad de un vidente—, ella me detenía o me guiaba con una ligerísima presión de la mano. Y hacía algún comentario como si lo que acababa de ocurrir no hubiese sucedido en absoluto. Ese Buster, decía —como si no hubiese oído el bocinazo o el juramento del conductor—, ese Buster, mira que es gracioso. Se mete en esos berenjenales y sale con vida por los pelos, y siempre con la misma expresión en la cara. Y ves que quiere a la chica y no sabe qué hacer al respecto. Es tan mono y bobalicón. Me alegro de que sigan poniéndola. Podría verla una y otra vez. Y tú, tío Homer, tocas el acompañamiento perfecto. Buster debería bajar de la pantalla y darte la mano, lo digo en serio.

Ahora no me veo con ánimos de contar qué fue de Mary Elizabeth Riordan. No pasa una sola noche sin que me acuerde de aquel momento en que, cuando ella se marchaba a la universidad, todos nosotros esperamos a su lado en la acera el taxi que las trasladaría a ella y a su única maleta a la Estación Central. Oí detenerse un taxi y las despedidas de todos, a Langley, que se aclaraba la garganta, y a Siobhan, que lloraba, y a la señora Robileaux, que le impartía su bendición desde la puerta en lo alto de la escalinata. Me explicaron que Mary estaba preciosa con su elegante abrigo a medida, regalo nuestro. No llevaba sombrero aquella mañana fría y soleada de septiembre. Se sentía el calor y a la vez la brisa que lo traspasaba. Le toqué el pelo y noté los vaporosos rizos. Y cuando le cogí el rostro entre las manos —aquel rostro delgado y precioso, el mentón bien definido, las sienes con su pulso tenue y regular, la nariz recta y fina y los labios risueños y tiernos—, ella me cogió la mano y la besó. Adiós, adiós, susurro para mis adentros. Adiós, amor mío, niña mía, querida mía.

Adiós. Como si ocurriera en este mismo instante.

Pero los recuerdos no se rigen por la cronología; existen al margen del tiempo, y todo eso sucedió mucho después de nuestros años de despilfarro irreflexivo, la época en que Langley y yo íbamos casi cada noche a tal o cual club nocturno, donde mujeres con falda corta y ligas se nos sentaban en el regazo y nos echaban el humo del tabaco a la cara y nos palpaban subrepticamente el interior del muslo para ver qué teníamos allí. Algunos de esos clubes eran muy elegantes, con una cocina más que aceptable y pista de baile; otros eran tugurios en sótanos donde la música, alguna orquesta de *swing* de Pittsburgh, procedía de una radio colocada en un estante. Pero lo mismo daba un sitio que otro: la ginebra de todos esos antros era igual de mortífera, y el ambiente era idéntico en todas partes, gente riéndose de cosas que no hacían ninguna gracia. Pero uno se sentía muy a gusto si conseguía crearse un espacio en tal o cual club, si le permitían la entrada y lo saludaban como si fuera todo un personaje. En esas noches tan peculiares de los tiempos de la Ley Seca, bastó con que se prohibiera la bebida para que todo el mundo pillara una cogorza tras otra. Langley decía que la taberna clandestina era el auténtico crisol de la democracia. Y no le faltaba razón: en uno de esos clubes en concreto, el Cat's Whiskers, entablé amistad con un gánster que me dijo que lo llamara Vincent. Yo supe que era auténtico porque cuando reía, los otros hombres de la mesa reían con él. Mostró mucho interés en mi ceguera, ese tal Vincent. Qué se siente cuando uno no tiene ojos, preguntó. Le expliqué que no era para tanto, que lo compensaba de otras maneras. Cómo, preguntó. Le dije que después de unas cuantas copas recuperaba algo parecido a la vista. De hecho, yo lo creía de verdad. Sabía que eran alucinaciones, que veía, sí, pero sólo dentro de mi cabeza, entre mis pensamientos e impresiones, generando visiones a partir de lo que percibía mediante mis otros sentidos y añadiendo, a modo de detalles, mi propio criterio y la atracción que me despertaba tal cosa o la repulsión que me provocaba tal otra. Naturalmente, cuando uno está sobrio establece las mismas deducciones, eso lo sé, pero en esos momentos, cuando las sinapsis de mi cerebro se disparaban con los vapores etílicos, dichas impresiones organizadas alcanzaban tal nitidez que equivalían a una especie de visión. Como es lógico, no entré en tantas explicaciones, dije sólo que con mucho ruido y música y, claro, bebida y una humareda tal que podía flotarse en ella, distinguía las sombras bastante bien.

Cuántos dedos tengo en alto, preguntó. Ninguno, contesté. Ya me conocía ese viejo truco. Se rio y me dio una palmada en el hombro. Este fulano es listo, dijo. Hablaba con voz débil y susurrante, nada armoniosa salvo por el resuello que se imponía por encima como si tuviese una fuga de aire en un pulmón. Encendió una cerilla y la acercó a mi cara para ver las nubes en mis ojos. Me pidió que lo describiera a él. Alargué el brazo para tocarle la cara y uno de sus esbirros, vociferando, me agarró la muñeca. Eso no se hace, advirtió. No pasa nada, déjalo, dijo Vincent, y le toqué la cara, y percibí unas mejillas hundidas con marcas de viruela, un mentón afilado y a la vez huidizo, una nariz aguileña, la cabeza más ancha

en la parte superior y el pelo humedecido, espeso y ondulado, erizándose hacia atrás desde las entradas como plumaje. Se había encorvado para facilitarme la tarea, y me vino a la mente la imagen de un halcón, vestido quizá con traje y gemelos en los puños. Se lo dije y se echó a reír.

Resultaba emocionante hablar con él como si fuera una persona normal, sentarse y conversar con alguien que, como era sabido, no sentía el menor respeto por la vida de aquéllos con quienes pudiera tener una desavenencia. Por lo que observé entre los criminales con quienes nos tropezamos, sí era cierto que, en su conjunto, podía considerárselos sumamente sensibles. La idea de que me exponía a ofender a Vincent sin querer me parecía estimulante y me empujaba a hablar sin la menor cautela. Pero resultó que la manera adecuada de tratar con él era no mostrar la menor deferencia. Y yo no hice preguntas, no le pregunté, como haría uno con una persona normal, a qué se dedicaba, cuál era su profesión. ¿Eso qué importancia tenía? Fuera lo que fuese, lo convertía en gánster. Era ésa la clase de emociones que Langley y yo buscábamos por aquel entonces cuando salíamos y esperábamos aún algún provecho de la vida social. Era lo mismo que debe de sentir el domador de leones cuando la bestia está sentada en su taburete pero puede saltarle a la garganta en cualquier momento. Vincent me agasajó con una copa tras otra. Yo fui su entretenimiento, un ciego que veía. A efectos prácticos, allí Vincent celebraba audiencia, porque mucha gente se acercó a saludarlo. Una mujer a quien él conocía se aposentó indefinidamente en su regazo, y en ella encontré, pues, una nueva diversión. Yo los olía a los dos en todo su esplendor, el puro de él, el cigarrillo de ella, la gomina en el pelo de él, el hedor a ginebra de ella. Los repentinos silencios de la mujer en medio de una frase me revelaban el instante en que él le metía la mano por debajo del vestido. En torno, el ruido era esclarecedor. Para ser una taberna clandestina, aquello era un club elegante; tenía una orquesta de baile animada pero predecible, con mucho brío, en la que predominaba la sección rítmica, un banjo, un contrabajo. La música era rápida y mecánica, aunque a los bailarines no parecía importarles; brincaban y zapateaban, marcando el compás en el suelo con sus pasos. Pero también se rompían copas, y algún que otro grito y agarrada me indujo a pensar que el local podía estallar de un momento a otro. Y existía siempre la posibilidad de una redada policial, aunque no con un hombre como Vincent en la sala. Y a la chica que se había acomodado en su regazo la oí decir al cabo de un rato: Ya está bien, cariño. Uuuy, dijo, o si no... O si no qué, nena. O si no, acompáñame al servicio de señoras, respondió ella.

Sí. Recuerdo esa noche en particular. Cuando Langley y yo nos despedimos, mi nuevo amigo Vincent ordenó que nos llevaran a casa en su coche. Y vaya coche, con el grave ronroneo del motor y los asientos mullidos y al lado del conductor un hombre vestido con lo que en el mundo del hampa sería el equivalente de una librea.

El coche se detuvo frente a nuestra puerta, y cuando nos apeamos, se quedó allí al ralenti durante un minuto largo antes de marcharse. Langley dijo: Eso ha sido un error. Nos detuvimos en lo alto de la escalinata. Debían de ser las tres de la mañana.

Me lo había pasado muy bien. El aire era tonificante. Estábamos a principios de la primavera. Yo olía los brotes de los árboles en el parque al otro lado de la calle. Respiré hondo. Me sentí fuerte. Era fuerte, era joven y fuerte. Pregunté a Langley por qué había sido un error. No me hace gracia que ahora esa chusma sepa dónde vivimos, contestó Langley.

Langley no se tomó a risa eso de que yo era capaz de ver después de unas copas de más. Verás, Homer, entre los filósofos existe el interminable debate de si vemos el mundo real o sólo el mundo tal como aparece en nuestra mente, que no es necesariamente lo mismo. Por lo tanto, si eso es así, si el mundo real es A y lo que vemos proyectado en nuestra mente es B, y eso es lo máximo a lo que podemos aspirar, significa que no eres el único que tiene ese problema.

En fin, dije, aún resultará que veo tan bien como el que más.

Sí, y tal vez algún día, cuando seas mayor y sepas más, cuando tengas más experiencias almacenadas en el cerebro, serás capaz de ver sobrio lo que ahora ves cuando pillas una cogorza.

Langley estaba convencido de ello porque coincidía a la perfección con su Teoría de los Reemplazos, a partir de la que por entonces había desarrollado una especie de idea metafísica de la repetición o la recurrencia de los incidentes de la vida, en la que se producían los mismos sucesos una y otra vez, sobre todo dados los límites proscritos de la inteligencia humana, porque el *Homo sapiens* era una especie que, en palabras suyas, siempre tropezaba dos veces con la misma piedra. Así que lo que uno sabía del pasado podía aplicarse al presente. Mis visiones deductivas concordaban con el principal proyecto de Langley, la colección de periódicos con el objetivo último de crear una edición de un diario que pudiera leerse eternamente y bastase para cualquier día.

Me detendré en esto un momento porque si bien Langley siempre ha tenido muchos proyectos, como corresponde a una mente tan inquieta como la suya, éste en concreto perduró. Desde el primer día que salió a comprar los periódicos de la mañana hasta el final de su vida, cuando los fardos de periódicos y las cajas de recortes llegaban hasta el techo en todas las habitaciones de la casa, su interés nunca flaqueó.

El proyecto de Langley consistía en enumerar y archivar artículos por categorías: invasiones, guerras, matanzas, accidentes de automóvil, tren y avión, escándalos amorosos, escándalos religiosos, robos, asesinatos, linchamientos, violaciones, tropelías políticas con un subapartado para elecciones amañadas, fechorías policiales, *vendettas* entre bandas, estafas, huelgas, incendios en casas de vecindad, juicios civiles, juicios penales, etcétera, etcétera. Una categoría aparte incluía las catástrofes naturales, tales como las epidemias, los terremotos y los huracanes. No recuerdo todas las categorías. Como él explicaba, llegado un día —nunca precisó cuándo—, dispondría de datos estadísticos suficientes para reducir sus hallazgos a las clases de sucesos que eran, por su frecuencia, comportamientos humanos seminales. Después

llevaría a cabo más comparaciones estadísticas hasta establecer el orden de las plantillas, que le permitiría saber qué artículos debían ir en primera plana, cuáles en la segunda página, y así sucesivamente. También había que añadir notas sobre las fotografías y elegirlas en función de su valor simbólico, pero esto, admitía, no era fácil. Quizá prescindiese de las fotografías. Aquello era una empresa colosal, y le ocupaba varias horas al día. Salía de casa en busca de todos los periódicos matutinos, y por la tarde en busca de los vespertinos, y a eso había que sumar la prensa económica, las revistas de sexo, los boletines marginales, las gacetas del mundo del espectáculo, y demás. Quería fijar definitivamente la vida estadounidense en una sola edición, lo que él llamaba el periódico sin fecha eternamente actual de Collyer, el único periódico necesario para cualquier persona.

Por cinco centavos, decía Langley, el lector dispondrá de un retrato en letra impresa de nuestra vida en el planeta. Los artículos no incluirán detalles concretos como los que se encuentran en los diarios normales, porque aquí la verdadera noticia es la Forma Universal de la que cualquier detalle concreto sería sólo un ejemplo. El lector estará siempre al día, y al corriente de lo que sucede. Tendrá la certeza de que lee las verdades indiscutibles del momento, incluso la de su propia muerte inminente, que, como corresponde, constará en forma de número en la casilla en blanco de la última página bajo el encabezamiento «Necrológicas».

Naturalmente, a mí todo esto me despertaba ciertas dudas. ¿Quién iba a comprar semejante periódico? Me imaginaba una crónica que te asegurase que ocurría algo pero no te informase de dónde, ni cuándo ni a quién le ocurría.

Mi hermano se rio. Pero Homer, dijo, ¿no gastarías cinco centavos por un periódico así si no tuvieras que volver a comprar otro nunca más? Reconozco que sería malo para las pescaderías, pero hay que pensar siempre en el bien de la mayoría.

¿Y los deportes?, pregunté.

Sea cual sea el deporte, dijo Langley, alguien gana y alguien pierde.

¿Y el arte?

Si es arte, ofenderá antes de ser venerado. Se exige su destrucción y luego empieza la puja.

¿Y si ocurre algo sin precedentes?, pregunté. ¿En qué situación quedará entonces tu periódico?

¿Como qué?

Como la teoría de la evolución de Darwin. O la teoría de la relatividad de ese tal Einstein.

Bueno, podría decirse que esas teorías reemplazan a las antiguas. Albert Einstein reemplaza a Newton, y Darwin reemplaza el Génesis. Tampoco es que hayan aclarado nada. Pero tienes razón en que son dos teorías sin precedentes. ¿Y qué? ¿Qué sabemos en realidad? Si se encuentra respuesta a todas las preguntas de modo que al final sepamos todo lo que hay que saber sobre la vida y el universo, ¿qué vendrá después? ¿Qué será distinto? Será como conocer el funcionamiento de un

motor de combustión. Así de simple. La oscuridad seguirá allí.

¿Qué oscuridad?, pregunté.

La oscuridad más profunda. Ya sabes: la oscuridad más profunda que cualquier fosa abisal.

Langley nunca concluiría su proyecto periodístico. Yo lo sabía y seguro que también él lo sabía. Era un plan absurdo y descabellado, que le generaba grandes expectativas y le mantenía el ánimo en el punto que a él le gustaba. Parecía darle el impulso mental que requería para seguir adelante: un trabajo sin más finalidad que sistematizar su propia visión lúgubre de la vida. A veces su energía me parecía antinatural. Como si hiciera todo lo que hacía para permanecer entre los vivos. Aun así, caía durante días y días en un estado de apatía desalentador. Desalentador para mí, quiero decir. A veces me contagiaba. Parecía que no valía la pena hacer nada y la casa era como una tumba.

Tampoco encontraríamos verdadero consuelo en las fulanas que no otro que Vincent, el gánster con voz de pito, mandó una noche a modo de regalo para mí, su mejor amigo ciego. Jacqueline, tendrás que disculparme por esto: pero tú misma me dijiste que escribiera sin miedo todo lo que me viniera a la cabeza. Allí estaban ellas, ante la puerta de casa, cuando nuestros relojes daban las doce de la noche, dos chicas cuyas amplias sonrisas yo oí, con una gran tarta sobre una mesa rodante que el mismo chófer que nos había acompañado a casa hacía un mes entró en el vestíbulo con un tintineo, y media docena de botellas de champán en hielo.

Se requiere cierta cantidad de bebida para disipar la cautela que se adueña de uno que recibe un regalo de un gánster. En primer lugar, no era mi cumpleaños, y en segundo lugar, como había transcurrido cierto tiempo desde la noche en que conocimos a Vincent, qué otra cosa podía inferirse aparte de que (a) ahora éramos un alfiler en su mapa y (b) sin la menor opción, podíamos estar incurriendo en una misteriosa obligación.

Aquellas damas parecían a su vez recelar de nosotros, o quizá de nuestra residencia, Quinta Avenida por fuera y una especie de almacén con pretensiones por dentro. Langley y yo les ofrecimos asiento en la sala de música y nos disculpamos para mantener una conversación. Por suerte, tanto Siobhan como la señora Robileaux se habían retirado ya, así que eso no fue problema. El problema fue que no se podía rechazar a esas profesionales sin ofender a un hombre de una sensibilidad extrema y posiblemente asesina. Mientras analizábamos este dilema en la despensa, oí a Langley poner unas copas de champán en una bandeja, con lo que al final la conversación quedó reducida a poca cosa.

En nuestra defensa diré que por entonces aún éramos jóvenes, en términos relativos, y estábamos privados desde hacía un tiempo del principal medio de expresión masculino. Y si este gesto se nos antojó amenazadoramente excesivo viniendo de un hombre al que apenas conocíamos, también es cierto que existía entre las tribus indígenas algo conocido como *potlatch*, una forma de

autoengrandecimiento por medio del reparto de la propia riqueza, ¿y qué era ese Vincent sino una especie de *sachem* tribal decidido a ensalzarse a sí mismo en la opinión del prójimo? Por consiguiente, bebimos el champán, cuyo efecto fue borrar todo pensamiento ajeno al momento presente. Por una noche saldríamos de nuestra negrura, temerariamente relajados y poseídos de la convicción filosófica de que la vida licenciosa tenía sus cosas buenas.

Y yo diré lo siguiente acerca de la chica que se acostó conmigo: no se sintió humillada por ser el acompañamiento de una tarta de tres pisos y una botella de champán. Y supe que se había inventado el nombre que me dio. Así, cuando nos dejamos de risas y nos metimos en faena, intuí que cierta sabiduría adquirida regía su existencia y que tenía una vida aparte de la actividad con que se ganaba el pan. Poseía elegancia, no era vulgar. Por otro lado, era muy amable, y la profesional que había en ella tendía a desaparecer en la elemental realidad de un cuerpo femenino pequeño. Cuando después me besó los ojos, casi lloré de gratitud. Una vez que se hubo ido, una vez que se hubieron ido las dos y oí alejarse el coche, tuve la casi absoluta certeza de que Vincent, su jefe, no podía conocer a esas fulanas como Langley y yo. Era como si su ser creciera o menguara según quien las tocara, según la calidad espiritual de éste.

Lo único que dijo Langley sobre su encuentro fue que en último extremo era intrascendente, dos desconocidos copulando, y uno de ellos por dinero. No quiso reconocer nuestro entusiasmo inducido por el champán. Estaba convencido de que de un modo u otro acabaríamos pagando la generosidad de mi amigo el gánster, y que volveríamos a saber de él. Yo le di la razón, aunque con el paso de los años y habida cuenta de que no volvimos a saber nada de Vincent *el Gánster*, al final nos olvidamos de él por completo. Pero en ese momento el presentimiento de Langley parecía tener plena validez. Así las cosas, a media mañana del día siguiente las tiernas emociones de mi persona en estado de ebriedad habían sido derrocadas y mi ánimo sombrío había recuperado el trono.

Pese a los muchos años transcurridos desde la guerra, Langley aún no había encontrado a una compañera en el amor. Yo sabía que la buscaba. Durante un tiempo se tomó muy en serio a una mujer llamada Anna. Si tenía apellido, yo no llegué a oírlo. Cuando le pregunté cómo era, me contestó: Una radical. Supe de su existencia cuando empezó a traer a casa de sus exploraciones nocturnas única y exclusivamente fajos de panfletos, que plantaba en la consola junto a la puerta de entrada. Yo calibré la seriedad de su pasión por el ritual de acicalamiento, impropio de él, que realizaba cada noche antes de salir. Llamaba a Siobhan cuando no encontraba una corbata o quería una camisa limpia.

Pero el cortejo quedó en nada. Una noche regresó a casa bastante temprano, entró en la sala de música, donde yo ensayaba, y se sentó a escuchar. Así que, como es lógico, me interrumpí, me volví en la banqueta y le pregunté cómo le había ido la velada. Ella no tiene tiempo para cenar ni para nada, contestó. Está dispuesta a verme

si la acompaño a un mitin. Si me quedo en una esquina con ella y reparto octavillas a los viandantes. Como si fuesen exámenes que tengo que superar. Le propuse que nos casáramos. ¿Sabes cuál fue su respuesta? Un sermón sobre el matrimonio visto como forma legalizada de prostitución. ¿Te imaginas? ¿Es que todos los radicales están así de locos?

Le pregunté a Langley qué clase de radical era. Quién sabe, contestó. ¿Y qué más da? Es una especie de socialista-anarquista-anarcosindicalista-comunista. A menos que seas uno de ellos es imposible distinguir a unos de otros. Cuando no están lanzando bombas, se dedican a escindirse en facciones.

No mucho después, una noche, Langley me preguntó si me apetecía acompañarlo a un muelle de la calle Veinte para despedir a Anna, que se marchaba a Rusia. La deportaban y él quería decirle adiós. Vamos, dije. Sentía curiosidad por conocer a esa mujer que tanto había interesado a mi hermano.

Paramos un taxi. Inevitablemente me acordé de cuando nuestros padres zarpaban rumbo a Inglaterra a bordo del *Mauretania* y nosotros íbamos a despedirlos. Yo dejaba de llorar al ver el enorme casco blanco y las cuatro imponentes chimeneas rojas y negras. Ondeaban banderines por todas partes y cientos de personas saludaban desde la barandilla mientras el descomunal barco, con lo que parecía una gran y noble inteligencia propia, se apartaba lentamente del muelle. Cuando oía el sonido grave de sus sirenas, me llevaba un susto de muerte. Todo era maravilloso. Y no tenía nada que ver con la escena que nos encontramos al llegar al muelle de la calle Veinte para despedirnos de Anna, la amiga de Langley. Llovía. Se desarrollaba allí una especie de manifestación. Un cordón policial nos obligó a retroceder a empujones. No pudimos acercarnos. Vaya una bañera patética, dijo Langley. Los pasajeros eran deportados, un barco lleno. Desde la barandilla vociferaban y cantaban *La Internacional*, su himno socialista. La gente del muelle cantaba con ellos, aunque mal sincronizada. Era como oír la música y después el eco. No la veo, dijo Langley. Sonaron silbatos. Oí a mujeres llorar, oí a policías maldecir y usar la porra. A lo lejos una sirena de policía. Se me revolvió el estómago al percibir, por los temblores del aire, la aplicación de la brutalidad oficial. Y entonces oí un trueno y la lluvia dio paso a un aguacero. Tuve la impresión de que era el agua del río, absorbida por el cielo en un remolino, la que descargaba sobre nosotros, tan pestilente era su hedor.

Langley y yo volvimos a casa y él sirvió dos vasos de *whisky*. Ya ves, Homer, el armisticio no existe.

En una etapa posterior mi hermano se traía a casa a una mujer de nuestras correrías por los clubes nocturnos y, después de soportarla durante una semana o un mes, la echaba. Incluso llegó a casarse con una dama llamada Lila van Dijk, que vivió con nosotros un año hasta que la echó.

Lila van Dijk y él se entendieron mal casi desde el principio. No fue sólo porque a ella le molestaran las pilas de periódicos: eso mismo le pasaría a cualquier mujer ordenada. Lila van Dijk tenía la obsesión de cambiarlo todo. Redistribuía los muebles

y él volvía a ponerlos como estaban. Se quejaba de su tos. Se quejaba de que había ceniza de tabaco por todas partes. Se quejaba de cómo limpiaba Siobhan, se quejaba de cómo cocinaba la señora Robileaux. Incluso se quejaba de mí: es tan malo como tú, le oí decirle a Langley. Era una mujercilla autoritaria con una pierna más corta que la otra, razón por la que calzaba un zapato con alza que yo oía taconear escalera arriba escalera abajo y de habitación en habitación mientras ella realizaba sus inspecciones. Yo no había intuido nada acerca de la Anna de Langley: una voz indistinta en un coro a bordo de un barco. Sabía más de lo que deseaba saber sobre su Lila van Dijk.

Se habían casado en la finca de sus padres en Oyster Bay, y si bien yo me vestí para la ocasión, poniéndome mi pantalón de dril veraniego y mi americana azul, Langley se plantó ante el pastor con su deforme pantalón de pana de siempre y una camisa arremangada y abierta en el cuello. Yo había intentado en vano disuadirlo. Y aunque los Van Dijk lo sobrellevaron con dignidad, fingiendo creer que su futuro yerno era una especie de bohemio vestido al estilo Arts and Crafts, me di cuenta de que estaban furiosos.

Lila van Dijk y Langley ejercitaban sus aptitudes para la discusión a diario. Yo me sentaba al piano para ahogar sus voces, y si eso no surtía efecto, me iba a dar un paseo. Lo que provocó la ruptura definitiva entre ellos fue el nieto de nuestra cocinera la señora Robileaux, Harold, que había llegado de Nueva Orleáns con una maleta y una corneta. Harold Robileaux. Cuando descubrimos su presencia en la casa, habilitamos un cuarto de material del sótano para él. Se tomaba la música muy en serio y ensayaba durante horas. Además, se le daba bien. Cogía un himno como «Él camina conmigo, / y Él habla conmigo, / y Él me dice que soy suyo...», reduciendo el tempo para dar realce a las notas puras de su corneta, un sonido más melodioso de lo que cabría esperar en un objeto de metal. Se notaba que él comprendía y amaba de verdad su instrumento. La música ascendía por las paredes y se propagaba por los suelos de modo tal que parecía que la casa misma fuera el instrumento. Y después, una vez completados uno o dos versos, lo que bastaba para inducirlo a uno a arrepentirse de su vida pagana, avivaba el tempo con síncopas entrecortadas —como en «Él ca-camina conmigo, / y Él ha-habla conmigo, / y Él me dice, sí me dice, que soy suyo, di di suyo dou...»— y, en un abrir y cerrar de ojos, pasaba a ser un himno de ferviente júbilo, y te entraban ganas de bailar.

Yo había oído *swing* por la radio y, claro está, frecuentaba los clubes donde había orquesta de baile, pero fue gracias a las improvisaciones de Harold Robileaux a partir de himnos en nuestro sótano que conocí el *jazz* negro. Yo nunca llegaría a dominar esa música, ni el *stride* piano, ni el blues, ni ese estilo posterior, el *boogie-woogie*. Al final Harold, que era muy tímido, se dejó convencer y subió a la sala de música. Intentamos tocar juntos pero no salió del todo bien; yo era demasiado torpe, no tenía el oído para lo que él era capaz de hacer, no podía componer como él, cogiendo una melodía e interpretando infinitas variaciones sobre ella. Él, hombre amable dotado de

infinita paciencia, intentaba que yo lo acompañara en tal o cual pieza, pero aquello no era lo mío, carecía de ese talento para improvisar, ese espíritu.

Así y todo, nos entendíamos bien, Harold y yo. Él era bajo, de buen porte, con la cara tersa y redonda, de ese color marrón distinto al tacto de la piel blanca, y mejillas grandes y labios gruesos: una fisonomía perfecta, aire para soplar y embocadura para su instrumento. Harold escuchaba mi Bach y decía: Ajá, eso eso. Se expresaba discretamente, salvo cuando tocaba, y era tan joven como para creer que el mundo lo trataría con justicia si se dejaba la piel trabajando y lo daba todo de sí y ponía el alma en lo que tocaba. Así de joven era, pese a que decía tener veintitrés años. Y su abuela... en fin, tan pronto como él se instaló en la casa, su personalidad cambió por completo; lo adoraba y a los demás nos veía con nueva tolerancia y comprensión. Nosotros lo habíamos aceptado sin la menor vacilación, pese a que la señora Robileaux, como era propio de ella, lo había metido en casa y mantenido oculto durante unos días sin tomarse la molestia de informarnos. La primera noticia que tuvimos de nuestro huésped fue el sonido de su corneta, y sólo entonces se acordó ella de venir a decirnos que Harold Robileaux se quedaría una temporada.

A mí me gustaba oírlo tocar, y a Langley también; era un nuevo aspecto de nuestras vidas. Harold iba cada noche a Harlem, y acabó juntándose con otros jóvenes músicos, que crearon su propia orquesta y empezaron a venir a casa para ensayar. Estábamos todos encantados, todos excepto Lila van Dijk, que no daba crédito a que Langley permitiese a los Harold Robileaux Five venir a tocar su música vulgar a la casa sin consultar con ella. Y un buen día Langley abrió la puerta de la calle y dejó subir a unos viandantes que se habían detenido a escuchar al pie de la escalinata, y a pesar de la música y el gentío congregado en la sala de diario y la sala de música —ya que Langley había abierto las puertas correderas que las comunicaban—, en medio de todo este bullicio, con la corneta al frente y el tambor y la tuba marcando el compás, y mi piano requisado y el saxo soprano pasando de refilón por encima de todo, y la gente chasqueando los dedos al son de la música, oí en el piso de arriba, con mi fino oído, los chillidos de Lila van Dijk y los bramidos y juramentos de mi hermano mientras procedían formalmente a dar por finalizado su matrimonio.

Esto nos saldrá caro, dijo Langley después de marcharse Lila. Si hubiera llorado una sola vez, si hubiera demostrado la menor vulnerabilidad, yo habría intentado ver las cosas desde su punto de vista, aunque sólo fuera por respeto a su condición de mujer. Pero era intratable. Testaruda. Terca.

Homer, tal vez puedas decirme por qué me siento fatalmente atraído por mujeres que no son más que un reflejo de mí mismo.

Es posible que Langley tuviera en mente ese día, el día que entró la gente de la calle para oír la música de los Harold Robileaux Five, cuando, pasados unos años, se le ocurrió organizar cada semana un baile con merienda. O tal vez se acordó de que Harold, según contó él mismo, tocaba en fiestas celebradas en apartamentos de

Harlem, donde se cobraba una entrada para contribuir al pago del alquiler.

En los viejos tiempos mis padres ofrecían de vez en cuando un baile con merienda, abriendo los salones e invitando a todos sus amigos a media tarde. Mi madre solía vestirnos de tiros largos para esas ocasiones. Nos presentaba debidamente para recibir los cumplidos poco sinceros de los invitados antes de que la institutriz nos llevase otra vez al piso de arriba. Y es posible que Langley recordara la elegancia de esos bailes y viera ciertas posibilidades de negocio en recuperar la costumbre, ya que, naturalmente, habíamos investigado el asunto, acercándonos a Broadway, donde habían aparecido una docena de salones de baile o más, que cobraban diez centavos por baile y contrataban a mujeres para atender a los hombres que acudían sin pareja. Comprábamos ambos sendas tiras de cupones y bailábamos hasta acabarlos, entregando un cupón a cada mujer que cogíamos entre nuestros brazos para un baile. Era una experiencia insustancial, por decir poco, en aquellos salones fríos de un primer piso, con el ambiente cargado de humo y olores corporales, donde la música sonaba por altavoces y quien ponía los discos se olvidaba a veces de cambiarlos cuando acababa la canción y se oía el golpeteo de la aguja en el surco vacío o incluso el sonoro chirrido al salirse la aguja del surco y deslizarse por la etiqueta hasta el centro del disco. Y todo el mundo se quedaba inmóvil, esperando el siguiente disco, y al cabo de un minuto, si no ocurría nada, los hombres silbaban o vociferaban y todos empezaban a batir palmas. Uno de esos lugares había sido antes una pista de patinaje, así de lúgubre y tenebroso era. Langley dijo que estaba iluminado con luces de colores, que le daban aún un aspecto más chabacano, y que había aquí y allá gorilas cruzados de brazos. En esos sitios las mujeres solían aburrirse, me daba la impresión, aunque algunas, haciendo acopio de energía, te preguntaban cómo te llamabas y charlaban de trivialidades. Si veían claro que no eras policía, a veces te hacían una propuesta profesional, cosa que a mí me sucedía más a menudo que a Langley, porque no acostumbra a haber policías ciegos. Pero en su mayoría eran chicas extenuadas que trabajaban de dependientas en los grandes almacenes, o de camareras en restaurantes, o de mecanógrafas en oficinas, pero estaban a dos velas e intentaban ganarse un poco de dinero como parejas de baile a destajo. Entregaban los cupones reunidos al final del turno y cobraban en función de la cantidad. Yo intuía su personalidad a través de su exteriorización física, si al bailar el *fox trot* se dejaban llevar o si más bien tendían a dirigirte, o si estaban apáticas o quizá bajo los efectos de alguna droga, o si eran torpes e incluso gordas y se oía el roce de sus medias entre los muslos mientras seguían los pasos de baile. Y sólo su mano en la tuya ya revelaba muchas cosas.

Y como sospecharás, la idea del negocio de Langley era ofrecer nuestros bailes a personas que ni muertas pondrían los pies en uno de esos salones de baile.

Para los primeros bailes con merienda de los martes, invitamos a personas que conocíamos, como amigos de nuestros padres, y a todos aquellos miembros de nuestra propia generación que trajesen consigo. Langley y Siobhan transformaron el

comedor, desmontando la mesa para dieciocho comensales, colocando las sillas contra las paredes y enrollando la alfombra. Nuestros padres contrataban a músicos para sus bailes —normalmente un trío compuesto por piano, bajo y tambor, además de un percusionista que utilizaba las susurrantes escobillas—, pero nosotros teníamos música grabada, porque mucho antes de estos tiempos de la Gran Depresión, con toda esa gente en el paro, y hombres de traje y corbata en las colas de los comedores de beneficencia, Langley había coleccionado gramófonos, tanto los antiguos modelos de mesa, provistos de una aguja de acero y una bocina en el extremo de un brazo cromado hueco y curvo, como otros más modernos, por ejemplo, los Victrola, eléctricos, algunos de ellos en forma de mueble, con altavoces ocultos detrás de paneles estriados y forrados de tela de malla.

Estos primeros bailes eran en rigor invitaciones sociales, exentas de pago. En los descansos, la gente se sentaba en las sillas contra las paredes y tomaba su té y cogía galletas de la bandeja que sostenía ante ellos la señora Robileaux. Pero naturalmente corrió la voz y al cabo de un par de semanas se presentó gente que no tenía invitación y empezamos a cobrar la entrada en la puerta. Había salido tal como nosotros esperábamos.

Debo mencionar aquí que nos distinguíamos —me refiero a nosotros, los dos hermanos— por haber perdido buena parte de nuestro dinero mucho antes del hundimiento de la Bolsa, ya fuera por malas inversiones, o por el exceso de salidas a los clubes nocturnos y otros hábitos despilfarradores, aunque en realidad distábamos mucho de estar en la indigencia y las cosas nunca nos fueron tan mal como a otros. Sin embargo Langley era propenso a preocuparse por la economía aun cuando no existieran serios motivos de preocupación. Yo tenía una actitud más relajada y realista respecto a nuestra situación, pero me abstenía de discutir cuando él vaticinaba nuestra extrema pobreza futura, como hacía todos los meses al repasar las facturas. Era como si desease pasar en la Depresión los mismos apuros que todos los demás. Decía: ¿Lo ves, Homer? En esos salones de baile sacan dinero a gente que no lo tiene. ¡Nosotros también podemos hacerlo!

Con el tiempo nos iban tan bien las cosas que no cabían ya las parejas de baile en el comedor, y también hubo que desalojar la sala de diario y el gran salón. La pobre Siobhan, al límite de sus fuerzas, empujaba muebles hacia los rincones y enrollaba alfombras y levantaba escabeles y bajaba lámparas de Tiffany al sótano. Langley había contratado a hombres de la calle para ayudar con todo ese trasiego, pero Siobhan se negaba a dejarlos trabajar sin supervisión: cada muesca o rayadura o boquete en el suelo la llenaba de angustia. Por no hablar de la posterior limpieza y recolocación de todo.

Langley había ido a comprar varias docenas de discos de música popular para no tener que poner las mismas melodías una y otra vez. Había encontrado una tienda de música en la esquina de la Sexta Avenida con la calle Cuarenta y tres, donde se hallaba también el teatro Hippodrome, y el dueño era un auténtico musicólogo, con

grabaciones de orquestas de *swing* y cantantes melódicos y grandes voces femeninas que no se encontraban en ninguna otra tienda. Nuestra intención era ofrecer una experiencia social honrosa a las personas que vivían al día. No cobrábamos por baile, pero sí pedíamos un dólar de entrada por pareja —sólo admitíamos a parejas, no a hombres solos, no a chusma que andaba en busca de mujeres—, y a cambio recibían dos horas de baile, galletas y té, y por veinticinco centavos más, una copa de jerez dulce. Langley ocupaba su puesto en la entrada cada tarde pocos minutos antes de las cuatro, y al cabo de unos diez minutos, cuando ya había llegado casi todo el mundo, dejaba una bandeja en el vestíbulo para el pago de los rezagados. Por aquel entonces un dólar no era una cantidad insignificante y nuestros clientes, muchos de ellos vecinos de las calles adyacentes a la Quinta Avenida que en otro tiempo habían gozado de una holgada situación económica y conocían el valor de un dólar, venían al baile puntualmente para sacar el máximo provecho a su dinero.

Dedicábamos a estos bailes tres de nuestros salones. Langley se encargaba del gramófono en el comedor, yo hacía lo propio en el gran salón y, hasta que Langley encontró la manera de instalar altavoces para que pudiera oírse un solo tocadiscos en los tres salones, contrató a un hombre por días para realizar la labor en la sala de diario. La señora Robileaux atendía el bar del jerez y acercaba la bandeja con sus galletas caseras a los clientes sentados junto a las paredes.

Yo había aprendido enseguida a poner un disco en el plato sin tropiezos y a colocar la aguja en el surco exacto. Me complacía poder contribuir. Para mí era una experiencia especial hacer algo por lo que la gente estuviese dispuesta a pagar.

Pero había cosas nuevas que aprender. Cada vez que ponía una de las piezas más animadas, las parejas abandonaban la pista. En cuanto sonaba una música rápida y alegre, se sentaban. Yo oía los chirridos de las sillas. Dije a Langley: La gente que viene a nuestros bailes no tiene ganas de guerra. No le interesa pasárselo bien. Viene aquí para abrazarse. Eso es básicamente lo que quiere, abrazarse e ir a la deriva por el salón.

¿Cómo puedes estar seguro de que es así para todas y cada una de las parejas?, preguntó Langley. Pero yo había oído el sonido de sus pasos al bailar. Arrastraban los pies con un susurro sinuoso y somnoliento. Emitían un extraño sonido ultraterreno. Su música preferida era vaporosa y lenta, sobre todo la interpretada por alguna mala orquesta de *swing* inglesa con muchos violines. De hecho, entre una cosa y otra, para mí los bailes de los martes habían acabado siendo ocasiones de duelo público. Ni siquiera el comunista que, apostado al pie de la escalinata, entregaba octavillas era capaz de enardecer a nuestros bailarines. Langley dijo que era un hombre menudo, un chico con gafas de culo de botella y un macuto lleno de panfletos marxistas. Yo lo oía: con aquella voz ronca suya, era un auténtico incordio. Ustedes no son dueños de la acera, decía. ¡La acera es del pueblo! No se movía de allí, pero daba igual, de todos modos no tenía suerte con el reparto de octavillas. Las parejas que venían a nuestro baile con sus trajes lustrosos y cuellos deshilachados, abrigos raídos y vestidos

flácidos, eran los mismísimos explotadores capitalistas a quienes él quería agitar para que se derrocasen a sí mismos.

Sólo Langley, el periodista supremo, aceptó por fin material de lectura comunista del chico, en este caso el *Daily Worker*, el órgano de expresión del partido, que no siempre se encontraba en los quioscos, y en cuanto lo hizo, el chico al parecer consideró completada su misión, porque se marchó y no volvió a aparecer en ningún otro de nuestros bailes.

En todo caso, como cabía esperar, tampoco duraron mucho más.

Las pesadas tareas domésticas que acarreaaba nuestra empresa fueron excesivas para la pobre Siobhan. Una mañana, como no bajaba de su habitación, la señora Robileaux subió a ver qué pasaba y encontró a la pobre mujer muerta en su cama, con un rosario enrollado en torno a los dedos.

Siobhan no tenía parientes que nosotros supiéramos, ni había cartas en el cajón de su escritorio, nada que indicara la existencia de una vida fuera de nuestra casa. Pero sí encontramos su libreta de ahorros. Trescientos cincuenta dólares, una buena suma por aquel entonces a menos que se tuviera en cuenta que eran los ahorros de toda una vida después de más de treinta años al servicio de nuestra familia. Sí tenía su iglesia, claro está, Santa Inés, en la calle Cincuenta y tantos del West Side, y allí se ocuparon de las exequias en lugar de nosotros. El sacerdote aceptó la libreta de ahorros de Siobhan, cuya cantidad, dijo, podía destinarse a los gastos de la iglesia en cuanto se hubiera cumplimentado el habitual papeleo requerido por el Estado.

A modo de expiación, Langley puso necrológicas en todos los periódicos de la ciudad, no sólo los importantes, como el *Telegram* y el *Sun* y el *Evening Post* y el *Tribune*, el *Herald*, el *World*, el *Journal*, el *Times*, el *American*, el *News* y el *Mirror*, sino también el *Irish Echo* y los periódicos de la periferia, como el *Brooklyn Edge* y el *Bronx Home News*, e incluso el *Amsterdam News*, para personas de color. Algo por el estilo de: esta buena y piadosa mujer ha dedicado su vida al servicio de los demás, y con su corazón sencillo y su pasión por la limpieza ha enriquecido la vida de dos generaciones de una familia agradecida.

Pero un momento... puede que me equivoque en cuanto al número de periódicos que publicaron la necrológica de Siobhan, porque para esas fechas el *World* se había fusionado con el *Telegram*, y el *Journal* se había unido al *American* y el *Herald* al *Tribune*, fusiones de las que, según recuerdo, Langley me había informado con cierta satisfacción, presentándomelas como los primeros indicios de la inevitable contracción de todos los periódicos en una sola edición suprema para todos los tiempos venideros de un único periódico, a saber el suyo.

El nuestro era el único automóvil detrás del coche fúnebre en el trayecto a Queens. Íbamos a enterrar a Siobhan en una inmensa necrópolis de cruces blancas de mármol y ángeles alados de cemento que se extendía por la ladera de un monte. La señora Robileaux, a quien ahora teníamos por costumbre llamar abuela al igual que su nieto, Harold, iba sentada en actitud solemne a mi lado. Para la ocasión se puso un

vestido almidonado con olor a naftalina, que crujía al moverse, y un sombrero de ala ancha que me hincaba una y otra vez en la cabeza. Habló de sus temores por Harold, que había vuelto a Nueva Orleans. Sostenía en sus cartas que tenía trabajo continuamente en los clubes, pero a ella le preocupaba que él presentara las cosas mejor de lo que eran para que no se inquietara.

Estábamos todos abatidos. Con la imagen de la pobre Siobhan en mente, y recordando los desplazamientos al cementerio de Woodlawn para enterrar a mis padres, sólo podía pensar en la facilidad con que moría la gente. Y estaba por otra parte esa sensación que uno experimenta en el recorrido a un cementerio tras los pasos de un cadáver en un ataúd: cierta impaciencia con el muerto, el deseo de estar de vuelta en casa donde uno podía mantener la ilusión de que la condición permanente no es la muerte sino la vida cotidiana.

El artículo sobre nosotros en la sección «qué hacer, adónde ir» de uno de los periódicos vespertinos fue el primer indicio de problemas: algo así como que lo nuestro era un salón de baile para la clase alta en la Quinta Avenida, con bailarinas de alquiler, donde uno podía codearse con la flor y nata. No sabíamos cómo se habían enterado. Langley dijo: Estos de los periódicos son unos analfabetos: ¿cómo va uno a codearse con flores y natas?

En el siguiente baile, tuvimos que cerrar las puertas, y fuera aún quedó gente pidiendo a gritos que la dejáramos entrar. Aquéllos a quienes tuvimos que negar el acceso se sentaron en la escalinata y pulularon por la acera. Armaron mucho alboroto. Como era de esperar, eso provocó las quejas de las residencias situadas al sur de la nuestra: una carta de elocuente desaprobación, entregada en mano por un mayordomo, y una airada llamada telefónica de alguien que se negó a dar su nombre, aunque quizás hubo más de una llamada telefónica de más de una persona. Indignación. Agravio. El barrio se iba a pique. Y un día, cómo no, recibimos la visita de un policía, que no parecía actuar en respuesta a las quejas de los vecinos. Él tenía su propia visión amigable del problema.

De pie ante la puerta abierta, trajo consigo un soplo de brisa fría. Anunció con tono un tanto formal que era ilegal llevar a cabo actividades comerciales desde una residencia en la Quinta Avenida. A continuación, suavizándose su voz aguardentosa, añadió: Pero, en vista de que son ustedes gente respetable, estoy dispuesto a pasar por alto el asunto a cambio de un amable donativo a la Liga de Beneficiarios de la Policía, el equivalente, pongamos, al quince por ciento de la recaudación semanal.

Langley contestó que nunca había oído hablar de la Liga de Beneficiarios de la Policía y preguntó cuáles eran sus funciones.

El policía no pareció oírlo. Les dejó a ustedes la contabilidad con total confianza, señor Coller, y volveré a pasar el miércoles por la mañana para recoger el pago, sin preguntas, pero con un tope mínimo de diez dólares.

Langley dijo: ¿Cómo que un tope mínimo?

El policía: Verá, señor, por menos de eso no me saldría a cuenta siquiera el

tiempo que le dedico.

Langley: Me hago cargo de que los asuntos delictivos de esta ciudad le quitan mucho tiempo, agente. Pero, mire, nosotros no cobramos mucho por nuestros bailes, los ofrecemos más bien como un servicio público. Si vienen cuarenta parejas en una tarde, ya es mucho. Sumemos a eso los gastos generales —refrescos, mano de obra—, y en fin, podríamos plantearnos aportar a su Liga de Beneficiarios de la Policía un soborno o, como usted lo llama, un tope mínimo de unos cinco dólares semanales. Y a cambio de eso, nosotros, lógicamente, esperaríamos que usted se plantase en la puerta los martes y saludase a todos con la gorra.

Oiga, señor Coller, si por mí fuera, le diría «trato hecho». Pero yo también tengo mis gastos generales.

¿Que son...?

Mi sargento en la comisaría.

Ah, ya, me dijo Langley, ahí quería yo llegar.

Mi hermano hablaba ahora con voz más áspera. Yo sabía que estaba jugando con aquel individuo. Pensé que me habría gustado llevarlo aparte y analizar la cuestión, pero él había puesto la directa. ¿De verdad pensaba, preguntó al agente, de verdad pensaba que los Collyer cederían a un sablazo del departamento de policía? Eso en mi idioma se llama extorsión. Así que si aquí hay alguien que está violando la ley, es usted.

El policía trató de interrumpirlo.

Se ha equivocado de puerta, agente, dijo Langley. Es usted un ladrón, ni más ni menos, usted y su sargento. Puedo respetar la delincuencia verdadera y audaz, pero no la corrupción taimada y lloriqueante de la gente de su calaña. Es usted una deshonra para el uniforme. Lo denunciaría a sus superiores si ellos no fueran de esa misma casta de pedigüenños miserables. Y ahora salga de nuestra propiedad, caballero. ¡Largo, largo de aquí!

El policía dijo: Tiene usted la lengua afilada, señor Coller. Pero si eso es lo que quiere, ya nos veremos.

Cuando el policía se dio media vuelta y bajó por la escalinata, Langley profirió a voz en cuello algo que no repetiré aquí y cerró de un portazo.

A causa del esfuerzo, Langley tuvo uno de sus ataques de tos. Resultaba angustioso oír esa tos estertórea, bronca, salida de los mismísimos pulmones. Fui a buscarle un vaso de agua a la cocina.

Cuando se calmó le dije: Esa perorata no ha estado nada mal, Langley. Tenía cierta musicalidad.

He afirmado que ese hombre era una deshonra para el uniforme. Ahí me he equivocado. El uniforme es una deshonra.

El policía ha dicho que ya nos veríamos. ¿A qué se habrá referido?

¿Qué más da? Los policías son maleantes con placa. Cuando no están embolsándose un soborno, se dedican a moler a palos a la gente. Cuando se aburren,

le pegan un tiro a alguien. Éste es su país, Homer. Y para su mayor gloria, yo me he abrasado los pulmones.

Durante una o dos semanas no volvimos a saber nada. Hasta que un día, en uno de nuestros bailes, allí estaban, como si aquel único policía hubiera retoñado y vuelto a retoñar, y ahora múltiples réplicas de él se abrieran paso a la fuerza por los salones y ordenaran a todo el mundo que desalojara la casa. La gente no entendió nada. Al cabo de un momento se armó una trifulca: carreras, griterío, la gente tropezándose. Todos intentaban salir de allí, pero la policía, decidida a sembrar el caos, los empujaba y zarandeaba de todos modos. La orquesta que yo había puesto en el tocadiscos momentos antes seguía sonando como en otra dimensión. No tengo ni idea de cuántos policías había. Eran ruidosos y abarrotaban la casa. La puerta de entrada estaba abierta y penetraba un viento frío de la calle. No sabía qué hacer. Los alaridos que oía podían ser de júbilo. Con tantos cuerpos en el salón, concebí la peregrina idea de que los policías, en tropel, bailaban en parejas. Pero a nuestros pobres bailarines los arreaban como a ganado camino de la calle. Poco antes la abuela Robileaux estaba de pie a mi lado con su bandeja de galletas. Oí un gong reverberante, el sonido de una bandeja de plata al chocar contra un cráneo. Un aullido masculino y a continuación una lluvia de galletas, como granizo, azotando el suelo. Yo estaba tranquilo. Me pareció de suma importancia quitar la música, retiré el disco del plato y, cuando me disponía a guardarlo en la funda, me lo arrancaron de las manos y oí que se hacía añicos contra el suelo. Alguien agarró el Victrola y lo estampó contra la pared. Sin saber qué hacía —fue algo instintivo, un impulso animal, como el zarpazo de un oso pero un tanto más desgano, el delirio de un invidente—, lancé el puño a través del aire y alcancé algo, un hombro, creo, y a cambio de la molestia recibí un golpe en el plexo solar que me cortó la respiración y me derribó. Oí gritar a Langley: Es ciego, pedazo de idiota.

Y así acabó el baile con merienda semanal de los hermanos Collyer.

Nos acusaron de ejercer una actividad comercial en un barrio calificado como zona residencial, servir bebidas alcohólicas sin licencia y oponer resistencia a la detención. Comunicamos lo ocurrido a los abogados que actuaban como albaceas de la herencia de nuestros padres. Actuaron con diligencia, pero no tanta como para librarnos de una noche en una celda en The Tombs. Se llevaron también a la abuela Robileaux, que pasó la noche en el centro de detención de mujeres.

No pegué ojo, y no sólo por el alboroto de los borrachos y chiflados de las celdas contiguas; no podía quitarme de la cabeza el afán de venganza de los agentes que habían irrumpido en la casa como si fuera una taberna clandestina en los tiempos de la Ley Seca. Me indignaba haber recibido un puñetazo y no saber quién me lo había asestado. No había manera de resarcirse de eso. No había recurso posible. No podía hacer nada al respecto excepto sufrir mi desvalimiento. No conozco mayor sentimiento de desolación que ése. Por primera vez en la vida me sentí un hombre incompleto. Me hallaba en estado de *shock*.

Langley permanecía sereno y reflexivo, como si fuera lo más natural del mundo estar allí sentado, en The Tombs, a las tres de la madrugada. Dijo que había salvado de la destrucción una caja entera de discos, cosa que a mí en ese momento me traía sin cuidado. Uno va tirando con las facultades de las que dispone casi como si estuviera dotado de un equipamiento normal. Y de pronto sucede algo así, y toma conciencia de lo deficiente que es.

Homer, dijo Langley, quiero hacerte una pregunta. Hasta que empezamos a poner discos en los bailes, la verdad es que presté poca atención a las canciones populares. Pero son de lo más poderoso. Se te quedan en la cabeza. ¿Qué convierte una canción en canción, pues? Aunque le pusiéramos letra a uno de tus estudios o preludios o cualquiera de esas otras piezas que te gusta tocar, seguiría sin ser una canción, ¿no? Homer, ¿me escuchas?

Una canción suele ser una melodía muy simple, contesté.

¿Como un himno?

Sí.

¿Como *Dios bendiga América*?

Por ejemplo, sí, dije. Tiene que ser simple para que cualquiera pueda cantarlo.

¿Así que es por eso? ¿Homer? ¿Así que es por eso?

Además, mantiene un ritmo fijo, que no varía desde el principio hasta el final.

¡Tienes razón!, exclamó Langley. No había caído.

En las piezas clásicas hay múltiples ritmos.

En las letras también hay arte, comentó Langley. Las letras son casi más interesantes que la música. Destilan las emociones humanas hasta su esencia. Y plantean cuestiones profundas.

¿Como por ejemplo?

Pues pongamos esa canción donde él dice que a veces está contento y a veces triste.

«... mi ánimo depende de ti».

Sí, ésa, pues... ¿y si ella dice lo mismo al mismo tiempo?

¿Quién?

La chica, o sea, ¿y si su ánimo depende de él al mismo tiempo que el ánimo de él depende de ella? En ese caso, prevalecería una de dos circunstancias: quedarían trabados en un estado inmutable de tristeza o felicidad, y en tal caso la vida sería insufrible...

Mala cosa. ¿Y cuál es la otra circunstancia?

La otra circunstancia es que si al principio están desincronizados, y dependen de sus ánimos respectivos, se produciría entre ellos una corriente de estados de ánimo en continua alternancia, del sufrimiento a la dicha y viceversa, de manera que ambos acabarían enloqueciendo por la inestabilidad emocional del otro.

Entiendo.

Por otro lado, está esa canción sobre el hombre y su sombra.

Yo y mi sombra.

Esa misma. Él va por la avenida sin nadie con quien hablar aparte de su sombra. Ahí vemos el problema opuesto. ¿Te imaginas un universo así, sin nadie con quien hablar excepto tu sombra? Ésa es una canción salida directamente de la metafísica alemana.

En ese momento un borracho empezó a llorar y gemir. Enseguida se elevaron otras voces para ordenarle que callara. El bullicio cesó tan deprisa como se había iniciado.

Langley, dije. ¿Yo soy tu sombra?

En la oscuridad permanecí atento. Tú eres mi hermano, dijo.

Aproximadamente una semana después de nuestra noche en la cárcel, asistimos con la abuela Robileaux a una vista en la que nuestros abogados solicitaron que se retiraran los cargos. En lo que se refería a ejercer una actividad comercial en una zona residencial, presentaron las cuentas de Langley para demostrar que las mínimas ganancias de cada baile quedaban absorbidas por los gastos del baile siguiente, así que en cierto modo era verdad que nuestros bailes con merienda constituían un servicio público. En lo que se refería a oponer resistencia a la detención, el cargo sólo era aplicable a mí, un ciego, y a la señora Robileaux, una recia negra ya en la vejez, y en buena lógica, ninguno de los dos, ni aún reaccionando movidos por el miedo, podía presentar nada susceptible de ser calificado como resistencia por lo más granado de las fuerzas del orden. El juez dijo que, según tenía entendido, la señora Robileaux había atizado en la cabeza a un agente con una bandeja durante la detención. ¿Lo negaba? Ah, no, señor juez, desde luego que no niego nada de lo que hice, declaró la abuela, y como cualquier mujer respetable, volvería a hacerlo para defenderme de las manos de un demonio blanco si intentara propasarse conmigo. El juez recibió la respuesta con una risita. En lo que se refiere a la última acusación, la de servir bebidas alcohólicas sin licencia, era obvio que una copita de jerez, adujo nuestro abogado, no podía considerarse seriamente un delito. Y el juez dijo: ¿Jerez? ¿Servían jerez? Por el amor de Dios, yo mismo tengo por costumbre tomar una copita antes de comer. Y se retiraron los cargos.

• • •

En los días posteriores a la redada policial, la casa se nos antojaba un espacio inmenso y reverberante. Después de haber vaciado los salones para el último baile, no habíamos encontrado aún el momento de desenrollar las alfombras, subir los muebles y ponerlo todo en su sitio. Se oía el eco de nuestros pasos, como si estuviéramos en una caverna o en una cripta. Aunque en la biblioteca los libros seguían en las estanterías y en la sala de música seguían los pianos, tenía la sensación de que no estábamos ya en la casa donde habíamos vivido desde nuestra infancia, sino en un

lugar nuevo, todavía sin habitar, aún por determinarse su huella en nuestras almas. Se oía el eco de nuestros pasos en las habitaciones. Y el olor de las pilas de periódicos de Langley —como un lento río de lava, habían rebasado los límites de su despacho y ocupaban también el rellano del primer piso—, ese olor era ahora muy perceptible, un olor a moho que se notaba especialmente los días de lluvia o humedad. Había muchos escombros por recoger, todos los discos rotos, los gramófonos destrozados y demás. Langley lo trató todo como si fuera rescatable, inspeccionando cada objeto por el valor que podía tener —cables eléctricos, platos de tocadiscos, patas de silla partidas, vasos desportillados— y clasificándolos por categorías en cajas de cartón. Eso requirió varios días.

Aunque por supuesto en su momento no fui consciente de ello, esa época marcó el inicio de nuestro abandono del mundo exterior. No fue sólo la redada y la mala opinión de los vecinos ante nuestros bailes, claro que no. Los dos habíamos fracasado en nuestras relaciones con las mujeres, una especie que ahora en mi cabeza pertenecía bien al cielo, como mi querida e inalcanzable alumna de piano Mary Elizabeth Riordan, o bien al infierno, como sin duda era el caso de Julia, esa ladrona embaucadora. Aún albergaba la esperanza de encontrar a alguien a quien amar, pero sentía, como nunca antes, que mi invidencia era una deformidad física capaz de ahuyentar a una mujer agraciada igual que una joroba en la espalda o una pierna lisiada. Mi imagen de mí mismo como ser defectuoso me inducía a pensar que el aislamiento era el camino más sensato para eludir el dolor, la pesadumbre y la humillación. No es que éste fuera mi estado de ánimo permanente; con el tiempo saldría del desaliento para descubrir a mi verdadero amor —como tú bien debes saber, mi querida Jacqueline—, pero lo que yo había perdido entonces era el vigor mental que proviene de la felicidad natural de saberse vivo.

Langley había reconvertido su amargura de posguerra en una vida del espíritu iconoclasta desde hacía tiempo. Al igual que con la brillante idea de los bailes, en adelante procedería a la ejecución plena y desinhibida de cualquier plan o fantasía que se le ocurriese.

¿He mencionado lo grande que era ahora el comedor? Un voluminoso rectángulo de techo alto que siempre había dado una sensación de oquedad, incluso en los tiempos anteriores a los bailes, con su alfombra persa, sus tapices y aparadores y apliques en forma de antorcha, sus lámparas de pie y su mesa estilo imperio con dieciocho sillas. La verdad es que nunca me gustó el comedor, quizá porque no tenía ventanas y estaba situado en el lado norte de la casa, el más frío. Al parecer, Langley tenía esa misma sensación, porque fue allí en el comedor donde decidió instalar el automóvil Ford Modelo T.

Como yo guardaba cama a causa de una gripe, no tenía ni idea de qué se traía Langley entre manos. Oía unos ruidos extraños en el piso de abajo: aldabonazos, voces, vibraciones metálicas, tableteos y, en una o dos ocasiones, un estruendo retumbante que sacudió las paredes. Había traído el coche desmontado, y ahora,

después de subir las piezas desde el jardín trasero por medio de un cabrestante y una cuerda y acarrearlas a través de la cocina, las ensamblaba en el comedor como si éste fuera un garaje, en lo que de hecho al final se transformó, con olor a aceite de motor incluido.

En lugar de investigar, preferí componer una imagen de los sonidos que oía allí tendido en mi cama. Pensé que podía tratarse de una escultura de bronce, tan grande que venía dividida en trozos que había que montar. Una representación ecuestre, por ejemplo, como la estatua del general Sherman en el extremo inferior de Central Park, en la esquina de la calle Cincuenta y nueve con la Quinta Avenida. Me llegaban al menos otras dos voces masculinas, muchos gruñidos y martillazos, y por encima de todo la voz ronca de mi hermano, elevada a un grado de agitación fuera de lo común, rayana en júbilo, por lo que supe que ésa era su nueva empresa de capital importancia.

Al cabo de un par de días, la abuela Robileaux llamó a mi puerta, y estaba de pie junto a mi cama con una sopa, receta suya, antes de que yo pudiera invitarla a pasar. Ahora mismo la huelo casi como si inhalara sus condimentos: un caldo espeso con quingombó, nabos, col, arroz y hueso con tuétano, entre otros ingredientes extraídos de su sabiduría arcana. Me incorporé en la cama y me colocó la bandeja sobre el regazo. Gracias, abuela, dije.

No pude empezar a comer porque ella se quedó allí esperando con la intención de decir algo.

No me lo diga, pedí.

Cuando su hermano volvió de la guerra, yo ya vi que estaba mal de la cabeza.

Eso era lo último que yo quería oír. No pasa nada, dije. No tiene por qué preocuparse.

No, señor, eso debo ponerlo en duda. Se sentó a los pies de la cama, con lo que se produjo una acusada inclinación en la bandeja. La sujeté y aguardé a que ella continuase, pero oí sólo un suspiro de resignación, como si estuviese con la cabeza agachada y las manos entrelazadas en actitud de rezo. Desde que Harold Robileaux volvió a Nueva Orleans, la abuela me trataba como si fuera mi dueña o incluso mi madre. Quizá se debía a que él y yo tocábamos juntos, o quizá fuera por ella misma, ya que, siendo el único miembro del servicio que quedaba desde la muerte de Siobhan, tal vez necesitaba estar en comunión con alguien de la casa. Y Langley no era un candidato, eso yo lo entendía.

Y de pronto se desahogó. Las huellas de las botas de esos hombres en el suelo por todas partes, la puerta de atrás desgoznada, cosas negras mecánicas, cosas de automóvil, balanceándose ante la ventana como ropa en un tendedero. Y no sólo eso, dijo, eso sólo es lo peor. La casa entera está sucia y empieza a oler mal, sin nadie que se ocupe de ella.

Pregunté: ¿Cosas de automóvil?

A lo mejor, dijo, puede usted explicarme por qué va a meter un automóvil de la

calle en su casa un hombre que está en su sano juicio. Si es que es un automóvil.

A ver, ¿lo es o no lo es?, pregunté.

Más probablemente un carro del infierno, eso es. A Dios gracias el doctor y la señora Collyer están a salvo en sus tumbas, porque esto los llevaría a una muerte aún peor que la que tuvieron.

Se quedó allí inmóvil. Yo debía disimular mi asombro. No se deprima, abuela, dije. Mi hermano es un hombre brillante. Detrás de esto hay un objetivo inteligente, se lo aseguro.

En ese momento, claro está, yo no tenía ni la más remota idea de cuál podía ser.

Por aquel entonces, a finales de los años treinta, principios de los cuarenta, los coches eran «aerodinámicos». Ésa era la última palabra para lo más moderno en diseño automovilístico. Dar a un coche una línea aerodinámica equivalía a crear un conjunto de formas alabeadas, sin un solo ángulo recto en ningún sitio. Yo había puesto especial interés en palpar con mis manos los coches aparcados junto al bordillo. Esos mismos coches que emitían un ronroneo en la calle poseían capós largos y bajos y guardabarros amplios y curvos, maleteros encastrados de tapa abombada y tapacubos. Así pues, cuando ya me encontraba mejor y pude bajar, pregunté a Langley: Ya puestos a meter un coche en la casa, ¿por qué no un modelo actual y moderno?

Ése fue mi comentario jocosos cuando me senté en el Modelo T, y como si añadiera unos signos de admiración, apreté dos veces la perilla de goma del claxon. Los bocinazos parecieron reverberar en las paredes del comedor y propagar ecos bufonescos hasta el último piso.

Langley se tomó mi pregunta en serio. Éste era barato, sólo costó unos dólares, dijo. Nadie quiere algo así de viejo, que tengas que arrancar con manivela.

Ah, eso lo explica todo. Ya le dije a la abuela Robileaux que existía una explicación racional.

¿Y eso por qué ha de preocuparle a ella?

No entiende qué hace en el comedor algo propio de la calle, qué hace dentro algo que es para fuera.

La señora Robileaux es una buena mujer pero debería limitarse a cocinar, observó Langley. ¿Cómo puede hacerse una distinción ontológica entre fuera y dentro? ¿Por el hecho de que uno no se moja cuando llueve? ¿Porque está caliente cuando hace frío? ¿Qué puede decirse en definitiva sobre la circunstancia de tener un techo sobre la cabeza que tenga sentido filosófico? Dentro es fuera y fuera es dentro. Considéralo el mundo ineludible de Dios.

La verdad es que Langley no podía explicar por qué había metido el Modelo T en el comedor. Yo sabía cómo le funcionaba la cabeza: al ver el coche en una de sus batidas de coleccionista por la ciudad, decidió en el acto, movido por un impulso irreflexivo, que debía adquirirlo, confiando en que al final vería con toda claridad la razón por la que se le antojó tan valioso. Tardó un tiempo en encontrarla, no obstante.

Se puso a la defensiva. Sacó el tema durante varios días, pese a que nadie lo mencionaba. Dijo: Al contemplar este coche en la calle, nunca pensarías que es espantoso. Pero aquí, en nuestro elegante comedor, su verdadera esencia de monstruosidad salta a la vista.

Ése fue el primer paso en sus reflexiones. Unos días después, mientras cenábamos en la mesa de la cocina, dijo, sin venir a cuento, que ese coche antiguo era el tótem de la familia. Habida cuenta de que la abuela Robileaux no podía estar más disgustada por tener ahora a alguien comiendo regularmente en su cocina, comprendí que ése era un comentario en atención a ella, porque, siendo de Nueva Orleans, una ciudad de creencias primitivas, en teoría tendría que respetar el principio del parentesco simbólico.

Toda consideración teórica quedó de lado el día que Langley, tras decidir que nuestras facturas de electricidad eran escandalosas, propuso emplear el motor del Modelo T como generador. Tendió un tubo de goma desde el escape, lo pasó por un agujero que encargó abrir a un hombre en la pared del comedor y lo conectó al panel eléctrico del sótano, realizando previamente otro orificio en el suelo. Se esforzó por ponerlo todo en funcionamiento, pero sólo consiguió armar alboroto, y el motor en marcha y el olor a gasolina nos obligaron a salir de la casa a la abuela y a mí una noche especialmente cruda. Nos sentamos en un banco en la acera de enfrente, junto a la tapia del parque, y la abuela comentaba, como si describiese un combate de boxeo, la lucha entre Langley y la oscuridad imperante, los parpadeos, chisporroteos y destellos de las luces en nuestras ventanas, y finalmente el KO definitivo. De pronto volvió a reinar un apacible silencio en la noche. No pudimos contener la risa.

A partir de entonces el Modelo T se quedó allí acumulando polvo y telarañas y llenándose de pilas de periódicos y diversos objetos coleccionables. Langley no volvió a mencionarlo, ni yo; era nuestra posesión inamovible, una condición ineludible de nuestras vidas, hundido hasta las llantas pero renacido de sus escombros como si hubiese aflorado a la superficie de la tierra, una momia industrial.

Necesitábamos a alguien para limpiar la casa, aunque sólo fuese para impedir que la abuela se marchara. Langley sufría por el gasto, pero yo insistí y al final cedió. Recurrimos a la misma agencia que nos había proporcionado a Julia y contratamos a los primeros que nos enviaron, un matrimonio japonés, el señor Hoshiyama y señora. Según la ficha, tenían cuarenta y cinco y treinta y cinco años respectivamente. Hablaban inglés, eran callados, profesionales y de una discreción absoluta, aceptándolo todo como estaba en nuestra estafalaria casa. Yo los oía hablar mientras se dedicaban a lo suyo; se comunicaban en japonés, y producían una música hermosa, sus voces aflautadas en un tercer intervalo, las largas vocales con abruptas expulsiones de aire intercaladas. A veces tenía la sensación de vivir en una xilografía japonesa como las de la pared detrás del escritorio en el gabinete de mi padre: figuras diminutas y estilizadas como personajes de dibujos animados, empequeñecidas por las montañas nevadas, o avanzando bajo la lluvia por un puente de madera con los

paraguas abiertos. Intenté enseñar a los Hoshiyama esos grabados, que llevaban allí colgados desde mi infancia, para demostrar mi sensibilidad ante lo étnico, pero resultó ser un gesto poco acertado, que tuvo el efecto contrario al pretendido. Nosotros somos americanos, me informó el señor Hoshiyama.

La pareja no necesitaba instrucciones, ellos lo encontraban todo por sí mismos, y si no encontraban algo —una fregona, un cubo, jabón marrón, lo que fuera—, salían a comprarlo con su propio dinero y presentaban los recibos a Langley para que se los reembolsara. Tenían un sentido del orden implacable; cuando llegaba la hora de quitarle el polvo al Aeolian, yo notaba una mano en el brazo, ordenándome con delicadeza que me levantara de la banqueta del piano. Cada día llegaban a las ocho de la mañana en punto y se iban a las seis de la tarde. Curiosamente, su presencia e inquebrantable laboriosidad me generaba la ilusión de que mis propios días tenían un objetivo. Siempre me entristecía cuando se marchaban, como si yo fuese un ser inanimado y ellos me insuflaran la vida. Langley los veía con buenos ojos por un motivo distinto: trataban sus diversas colecciones con respeto, como por ejemplo sus juguetes rotos, un tesoro para él: aviones, soldaditos de plomo, tableros de juegos de mesa, y demás, algunos enteros, otros no. Cuando Langley traía algo a casa, no se molestaba en hacer nada con ello; sencillamente lo echaba a una caja de cartón junto con todo lo que había encontrado. Lo que hacían ellos, los Hoshiyama, era ordenar y preservar ese material, colocándolo en muebles o estantes, ese extraño revoltijo de objetos infantiles usados y desechados.

Como venía diciendo, pues, la nuestra volvió a ser una casa bien organizada, aunque las cosas se complicarían al empezar la Segunda Guerra Mundial. Los Hoshiyama vivían en Brooklyn, pero una mañana llegaron a trabajar en taxi y descargaron varias maletas, un baúl y una bicicleta para dos. Oímos todo aquel ruido en el vestíbulo y bajamos a ver qué ocurría. Tememos por nuestras vidas, dijo el señor Hoshiyama, y oí sollozar a su esposa. Y es que, después del bombardeo de Pearl Harbor por parte de las fuerzas aéreas japonesas, los Hoshiyama habían recibido amenazas de sus vecinos, los comerciantes del barrio no los aceptaban como clientes y alguien les había arrojado un ladrillo por la ventana. ¡Nosotros somos *nisei!*, exclamó la señora Hoshiyama, con lo que quería decir que habían nacido en Estados Unidos, cosa que, dadas las circunstancias, era intrascendente. Oír a esa pareja tan serena y disciplinada en tal estado de angustia fue perturbador. Así que los acogimos.

Se instalaron en el último piso, en la antigua habitación de Siobhan, y aunque se ofrecieron a pagar el alquiler o al menos a renegociar su salario a la baja, no quisimos ni oír hablar de ello. Ni siquiera Langley, cuya tacañería aumentaba exponencialmente a cada mes que pasaba, tuvo el valor de aceptar su dinero. Ahora me asombra pensar lo bien que se llevaba con esa pareja cuyo sentido del orden y la limpieza debería haberlo sacado de quicio. Por las noches empezamos a cenar en dos turnos: primero la abuela nos servía a nosotros, y luego ella y los Hoshiyama se

sentaban a cenar por su cuenta. Surgió un conflicto diplomático porque los Hoshiyama seguían una dieta ajena a la esfera de conocimientos de la abuela y, por consiguiente, optaron por prepararse ellos mismos la comida. La abuela me dijo que tuvo que volver la cabeza las primeras veces que aquellos dos trocearon un pescado crudo y colocaron los pedazos sobre bolas de arroz hervido, y en eso consistió su cena. Tampoco podía hacerle la menor gracia todo ese trasiego en su cocina, una estancia amplia, de techo alto, con sus baldosas blancas y estantes abiertos para la vajilla, sus encimeras de madera y un gran ventanal por donde entraba el sol de la mañana. Allí pasaba ella casi todas las horas del día. Yo le dije: Abuela, sé que debe de ser difícil, y ella reconoció que así era, aunque sentía lástima por esa gente: sabía lo que era que te tiraran piedras por la ventana.

La guerra se filtró en casa de muchas maneras. Nos dijeron que comprásemos bonos de guerra. Nos dijeron que guardásemos el metal desechado y las gomas elásticas, pero eso no era nuevo. Se racionó la carne. Por la noche había que correr las cortinas en las ventanas. Como propietario titular de un coche, Langley tenía derecho a un talonario de vales para gasolina. Puso la pegatina «A» en el parabrisas del Modelo T, pero como había renunciado a la idea de emplear su motor como generador, vendió los vales a un taller mecánico de la zona, con lo que incurrió en fomentar un poco el mercado negro amparándose en nuestra situación económica.

El proyecto periodístico de Langley parecía concordar a la perfección con los acontecimientos. Leía los periódicos cada mañana y cada tarde en un estado de atención exacerbado. Por si eso fuera poco, escuchábamos las noticias vespertinas por la radio. En ocasiones me parecía que a mi hermano la crisis le producía una lúgubre satisfacción. Desde luego vio las oportunidades de negocio. Contribuyó a lo que se dio en llamar el Esfuerzo Bélico vendiendo los canalones de cobre y los tapajuntas de la chimenea de nuestra casa. De ahí sacó la idea de vender asimismo el revestimiento de nogal de la biblioteca y el gabinete de nuestro padre. No me importó perder los canalones de cobre, pero al revestimiento de nogal no le vi ninguna utilidad para el Esfuerzo Bélico, y así lo expresé. Me dijo: Homer, en la guerra medra mucha gente, por ejemplo los oficiales de alto rango. Y si un capitoste apoltronado en Washington quiere revestimiento de nogal para su despacho, tendrá utilidad para el Esfuerzo Bélico.

• • •

Yo no temía realmente por nuestro país, aunque durante el primer año más o menos las noticias en general eran malas. Me parecía inconcebible la posibilidad de que nuestros aliados y nosotros no fuéramos a imponernos. Pero me sentía completamente excluido de todo, inservible. Incluso las mujeres habían ido a la guerra, vistiendo el uniforme o sustituyendo a sus maridos en las fábricas. ¿Qué podía

hacer yo? ¿Guardar el papel de plata de los envoltorios de chicle? Durante esos años de guerra mi autoestima se fue a pique. El joven pianista romántico con el corte de pelo a lo Franz Liszt había quedado atrás hacía mucho tiempo. Cuando no se adueñaba de mí la apatía, me cebaba en la más severa autocritica, como si, por el hecho de no darse cuenta nadie más de que yo era un apéndice inútil, debiera asegurarme de que lo era. Langley y yo discrepábamos en cuanto a esa guerra. Él no la veía desde la misma perspectiva patriótica; su punto de vista era olímpico, despreciaba la concepción misma de la guerra salvo por la cuestión de quién tenía razón y quién no. ¿Acaso era eso una secuela del gas mostaza? Desde su óptica, la guerra era sólo la señal más flagrante de la fatídica insuficiencia humana. Pero esta Segunda Guerra Mundial tenía sus elementos propios, podía identificarse justificadamente el mal, y me parecía que su oposición era errónea. No discutíamos, eso por supuesto; era un rasgo característico de nuestra familia, y se remontaba a los tiempos de nuestros padres, que en caso de discrepancia por un tema político, sencillamente lo eludíamos.

Cuando Langley salía en sus correrías nocturnas, yo a veces me quedaba tocando el piano hasta que volvía. Los Hoshiyama constituían mi público. Acercaban dos sillas de respaldo recto y se sentaban detrás de mí y escuchaban. Conocían el repertorio clásico y me preguntaban si sabía tocar tal pieza de Schubert o tal otra de Brahms. Yo interpretaba para ellos como si fuera el Carnegie Hall con el aforo completo. Recibir su atención me sacaba de mi abatimiento. Descubrí que era especialmente sensible a la señora Hoshiyama, más joven que su marido. Si bien hablaban en japonés mientras trabajaban, era evidente que él la dirigía. No le pedí permiso para tocarle la cara, claro está, pero me la imaginaba como un ser menudo y esbelto de ojos luminosos. Yo escuchaba mientras ella se paseaba por la casa: daba pasos muy femeninos, cortos, sin levantar los pies del suelo, y decidí que tenía las puntas de los dedos orientadas hacia dentro. Cuando marido y mujer trabajaban juntos en una habitación y mantenían una de sus conversaciones en japonés, yo la oía reírse, probablemente de algo que Langley acababa de adquirir en uno de sus paseos nocturnos. Tenía una risa adorable, el trino melódico de una joven. Cada vez que lo oía, allí, en nuestra casa inmensa y reverberante, a floraban a mi mente imágenes de una pradera soleada, y si miraba con especial insistencia, nos veía a los dos, a la señora Hoshiyama y a mí, como una pareja en kimono en una xilografía disfrutando de un *picnic* bajo un cerezo en flor. Cuando estábamos los tres juntos por la noche y se suspendía la formalidad de nuestra relación diurna, sentía que sólo mi profundo respeto por el señor Hoshiyama me impedía robarle la esposa. Gracias a tan sutiles fantasías sobreviven los hombres como yo.

Una noche, cuando Langley no estaba, sonó el timbre y al mismo tiempo aporrearon la puerta perentoriamente. Era bastante tarde. Había allí dos hombres que dijeron ser del FBI. Palpé sus placas. Eran corteses, y si bien ya habían cruzado la puerta, me preguntaron si podían entrar. Venían para llevarse bajo custodia a los

Hoshiyama. Me quedé de una pieza. Exigí saber por qué. A qué viene esto, pregunté. ¿Acaso este matrimonio ha hecho algo ilegal? No que nosotros sepamos, respondió uno de ellos. ¿Han transgredido la ley de alguna manera? No que nosotros sepamos, respondió el otro. Tendrán que darme una buena razón para explicar esto, dije, esa gente trabaja para mí. Son empleados míos. Son personas trabajadoras y sencillas, dije. Me han servido bien y honradamente, y además llegaron con excelentes referencias.

Todo esto era una sarta de idioteces, por supuesto, pero para poner freno a la situación no se me ocurrió nada mejor que esgrimir lo primero que me venía a la cabeza y tratar de vencer así la intolerable testarudez de aquellos agentes del FBI, tan poco comunicativos e impermeables a la razón. ¿Se presentan aquí en plena noche para llevarse a unas personas como si esto fuera un estado policial? Quería que se avergonzaran de sí mismos, cosa imposible, naturalmente. Cuando hombres de esa índole aplican una medida política del Gobierno, actúan tras un durísimo caparazón y son inmunes a los insultos. Hacen algo que a las personas a quienes van a buscar puede parecerles trascendental y espantoso, pero para ellos es simple rutina.

Sí dijeron algo a modo de justificación: que, al presentarse en el domicilio del matrimonio en Brooklyn, descubrieron que los Hoshiyama habían huido. Como consecuencia, se requirió cierto esfuerzo para localizarlos. Ante esto, monté en cólera. Estas personas no son fugitivos, declaré. Tuvieron que abandonar su hogar por su propia seguridad. Fueron blanco de amenazas físicas. ¿Sabían ellos acaso que ustedes los buscaban? ¿Y ahora están culpándolos por venir aquí a fin de evitar que les rompieran la crisma?

No recuerdo cuánto tiempo seguí hablando en estos términos, pero en un momento dado el señor Hoshiyama me tocó el brazo en una muda súplica de contención. Los Hoshiyama eran fatalistas natos. Era como si entre ellos y los hombres del FBI existiera tal comprensión mutua que todo lo que yo pudiera decir carecía de la menor trascendencia. Ellos por su parte no protestaron, ni lloraron ni lamentaron la situación. Al cabo de un rato, la señora Hoshiyama bajó por la escalera con dos maletas, lo único que les permitían llevarse. Se pusieron sus sombreros y abrigos —era el invierno del primer año de la guerra—, los hombres del FBI abrieron la puerta, y entró una ráfaga de aire frío del parque. El señor Hoshiyama expresó su gratitud en voz baja y dijo que escribirían cuando pudieran, si es que podían, y la señora Hoshiyama me cogió las manos y las besó, y se fueron.

Cuando Langley volvió a casa más tarde esa noche y se enteró de lo ocurrido, se enfureció. Naturalmente, sabía ya de qué se trataba, porque había leído en la prensa acerca de la detención de miles de ciudadanos estadounidenses de origen japonés para internarlos en campos de concentración. Aunque le conté que el señor Hoshiyama había abierto la puerta y los agentes habían pedido permiso para entrar cuando ya estaban dentro, mi ineficacia, o estupidez, quedó más en evidencia. Esta casa es nuestro reino inviolado, dijo Langley. Me da igual qué clase de placa enseñen.

Los echas a patadas y les das con la puerta en las narices, eso tienes que hacer. Esa gente se pasa por el forro la Constitución cuando le da la gana. Dime, Homer, ¿cómo vamos a ser libres si sólo es al arbitrio de ellos?

De modo que durante un día o dos opiné lo mismo que Langley sobre la guerra: tu enemigo sacaba en ti tus instintos primarios latentes, encendía los circuitos primitivos de tu cerebro.

• • •

Langley y yo guardamos como oro en paño la bicicleta para dos del matrimonio, que se habían visto obligados a dejar allí. Ocupaba un lugar de honor bajo la escalera. Dije que convenía usarla a fin de mantenerla en buenas condiciones para cuando regresaran los Hoshiyama. Adquirimos así la costumbre de salir con la bicicleta cuando hacía buen tiempo.

El pedaleo me animaba. Me sentaba bien un poco de ejercicio. El hecho de que Langley llevara el manillar me suscitó alguna que otra duda, porque podía distraerse al ver algo de su interés en la calle o en un escaparate. Pero con eso la hazaña tenía aún más mérito. Entrábamos y salíamos de las calles más pequeñas y nos deleitábamos con los bocinazos que sonaban a nuestras espaldas. Esta actividad se prolongó durante toda una primavera, hasta que se nos pinchó una rueda al doblar en un ángulo demasiado cerrado una esquina. La estrategia de Langley para reparar el pinchazo fue reemplazar la rueda. En tiempos de guerra era imposible encontrar nada nuevo de goma, así que durante un tiempo se dedicó a recoger bicicletas de segunda mano aquí y allá en busca de una rueda que coincidiese. No la encontró, y desde entonces la bicicleta para dos está en el gran salón vuelta del revés sobre el manillar, junto con otras bicicletas apoyadas en la pared para hacerle compañía.

Los Hoshiyama dejaron también su colección de pequeñas tallas de marfil: elefantes y tigres y leones, monos colgados de ramas, niños, muchachos de rodillas huesudas, muchachas abrazadas, mujeres en kimono y guerreros samurai con cintas en el pelo. Ninguna de las piezas era mayor que un pulgar, todas juntas constituían un mundo liliputiense, que se revelaba al tacto con un asombroso nivel de detalle.

Guardaremos todas sus pertenencias para cuando vuelvan, dijo Langley, pero nunca volvieron, y ya no sé dónde están las pequeñas tallas de marfil: enterradas en algún sitio bajo todo lo demás.

Y así desaparecen las personas de la vida de uno y lo único que recuerdas de ellas es su humanidad, una pobre entidad espasmódica, sin territorio propio, igual que la tuya.

La puerta de nuestra casa parecía haberse convertido en una atracción de tiempos de guerra. Una y otra vez nos veíamos obligados a atender la llamada de ancianos vestidos de negro. Hablaban con un acento tan marcado que no los entendíamos muy

bien. Langley me explicó que tenían rizos alrededor de las orejas y barba. También ojos oscuros de mirada obsesiva y sonrisas compungidas de disculpa por molestarnos. Eran judíos muy religiosos, eso sí lo sabíamos. Se identificaban con documentos de diversos seminarios y escuelas. Sostenían cajas de hojalata con una ranura en la que nos pedían que echáramos dinero. Esto ocurrió tres o cuatro veces en el transcurso de un mes y empezó a resultar irritante. Estábamos desconcertados. Langley pensó que debíamos colocar una placa junto a la puerta: No aceptamos mendigos.

Pero no eran mendigos. Una mañana apareció ante la puerta un hombre bien afeitado. Según la descripción que recibí, tenía el pelo cano cortado a cepillo y una Medalla de la Victoria de la Guerra del Catorce prendida de la solapa de la chaqueta del traje. Lucía en la cabeza uno de esos solideos, dando a entender que también él era judío. Se llamaba Alan Roses. Mi hermano, que sentía debilidad por cualquiera que hubiese servido en esa guerra, lo invitó a pasar.

Resultó que Alan Roses y Langley habían combatido en la misma división en el bosque de Argonne. Hablaron como hablan los hombres que descubren una afinidad militar. Tuve que escucharlos mientras identificaban sus batallones y compañías y recordaban sus experiencias bajo el fuego enemigo. En estas conversaciones yo oía a un Langley totalmente distinto: alguien que concedía respeto y lo recibía a cambio.

Alan Roses nos explicó el misterio de estas cuestaciones de puerta en puerta. Guardaba relación con lo que ocurría a los judíos en Alemania y el este de Europa. La idea era comprar la libertad de las familias judías —los oficiales nazis utilizaban de buen grado sus políticas raciales como medio de extorsión— y de paso informar al público norteamericano. Si se conseguía suscitar el interés del público, el Gobierno tendría que hacer algo al respecto. Era un hombre muy tranquilo, ese Alan Roses, y lo explicaba todo con sumo detalle. De profesión, era maestro, y daba clases de lengua en un colegio público. Se aclaraba la garganta a menudo como si se tragase la emoción. No dudé de la veracidad de sus palabras, pero al mismo tiempo aquello causaba tal estupor que casi exigía incredulidad. Después Langley me dijo: ¿Cómo es que esos viejos que llamaron a nuestra puerta sabían más que las agencias de prensa?

En esas circunstancias a Langley le era difícil mantener su neutralidad filosófica. Se apresuró a extender un cheque. Alan Roses le entregó un recibo con el membrete de una sinagoga del East Side. Lo acompañamos a la puerta, nos estrechó la mano y se marchó. Supuse que encontraría otra puerta a la que llamar y pasaría de nuevo por el mismo bochorno: tenía la actitud reticente de quien hace algo por principios pero para lo que no posee dotes naturales.

En los diarios, Langley escrutaba las crónicas. La historia empezó a aparecer con cuentagotas en las últimas páginas, sin verdadera noción de la magnitud del horror. Esto concordaba, dijo él, con la política de pasividad de nuestro Gobierno. Incluso en la guerra hay pactos, y si no es posible pactar, bombardeas trenes, desbaratas las actividades del otro, cualquier cosa para dar a esa gente la oportunidad de defenderse. ¿No será que este país de hombres libres y cuna de valientes no siente en realidad

tanto aprecio por los judíos? Los nazis son unos matones monstruosos, eso desde luego. Pero ¿qué somos nosotros si les permitimos seguir adelante y hacer lo que hacen? ¿Y qué pasa entonces, Homer, con tu historia bélica de buenos y malos? Por Dios, qué no daría yo por ser cualquier cosa menos un ser humano.

El inconformismo de Langley acabaría evolucionando. ¿Cómo no iba a ser de otro modo? Cuando nos enteramos de que Harold Robileaux se había alistado —fue poco después, no recuerdo en qué año de la guerra—, colgamos uno de esos banderines con una estrella azul que la gente ponía en las ventanas para señalar que un miembro de la familia servía en el ejército. Harold había solicitado plaza en las Fuerzas Aéreas y recibido instrucción como mecánico aeronáutico, este músico con las más diversas dotes y aptitudes, y cuando la noticia llegó a nuestros oídos, él estaba ya en ultramar con un escuadrón de aviación compuesto exclusivamente de negros.

Ahora eso nos levantaba el ánimo; estábamos tan orgullosos como cualquier familia del vecindario. Por primera vez en esa guerra sentí que formaba parte de los acontecimientos. Los tiempos habían unido a la gente, y en esta ciudad fría de desconocidos imperturbables donde cada cual iba a la suya, la sensación de comunidad fue como un día de primavera inesperadamente cálido en pleno invierno, pese a que para eso hizo falta una guerra. Yo salía a dar un paseo —por entonces me valía de un bastón— y la gente me saludaba o me estrechaba la mano o me ofrecía ayuda, con la idea de que había perdido la vista combatiendo por mi país. «Por aquí, soldado, déjeme que le eche una mano». Dudo que aparentase tan poca edad, pero quizá me tomaban por un ex oficial de alto rango. Langley cruzaba saludos con los miembros de la Guardia Nacional del vecindario cuando iban de camino a los tejados de sus edificios para observar el cielo por si aparecían aviones enemigos. Compró bonos de guerra a nombre de los dos, aunque debo añadir que no lo hizo por puro patriotismo, sino porque consideró que eran una inversión sólida. Puede que hubiera un frente europeo y un frente del Pacífico, pero nosotros éramos el frente nacional, tan importantes para el Esfuerzo Bélico —puesto que enlatábamos hortalizas de nuestros huertos de la victoria— como los mismísimos soldados rasos.

Obviamente, sabíamos que detrás de todo esto había una poderosa maquinaria propagandística. Nos conminaba a vencer el miedo al enemigo maléfico que residía en nuestros corazones. Yo iba al cine con la abuela sólo para oír los noticiarios: el estruendo de la artillería de nuestros acorazados, las chirriantes orugas de nuestros tanques, el rugido de nuestras escuadrillas de bombarderos al despegar de los aeródromos ingleses. Ella iba con la esperanza de ver a Harold en un hangar mientras reparaba un motor y alzaba la vista para sonreírle.

Nosotros no teníamos huerto de la victoria, ya que nuestro jardín se había destinado al almacenaje de objetos acumulados a lo largo de los años, que habíamos comprado o rescatado ante la perspectiva de una posible utilidad futura: un frigorífico viejo, paquetes de juntas de fontanería y secciones de cañería, cajas de reparto de

botellas de leche, somieres, cabezales de cama, un cochecito de bebé sin ruedas, varios paraguas rotos, un diván con la tapicería gastada, una boca de riego auténtica, neumáticos de automóvil, pilas de tejas, tablas y listones sueltos, y demás. En otros tiempos me gustaba sentarme en ese pequeño jardín que al mediodía recibía la breve visita de un haz de sol. Había allí una especie de árbol silvestre, y me complacía pensar que era un vástago procedente de Central Park, pero no me importó renunciar a ese jardín con tal de sacar de la casa parte de aquello, porque para mí todas las habitaciones empezaban a convertirse en una especie de pista de obstáculos. Poco a poco iba perdiendo la capacidad de percibir dónde estaban las cosas. No era ya aquel joven de antenas infalibles capaz de circunnavegar la casa como si tal cosa. Los Hoshiyama, durante su estancia con nosotros, habían subido muebles del sótano con el firme propósito de devolver las cosas a su sitio, pero eso era imposible, claro está; ahora todo era distinto. Yo era como un viajero que había perdido el mapa, a Langley le traía sin cuidado adónde iban a parar las cosas, y los Hoshiyama recurrieron, por tanto, a su propio criterio e inevitablemente, pese a sus buenas intenciones, se equivocaron con algunos objetos, con lo que sólo consiguieron agravar la confusión.

Ay Dios, y un día aciago sonó el teléfono y oí la vocecilla llorosa de una muchacha, casi inaudible. Era Ella Robileaux, la mujer de Harold, que había puesto una conferencia desde Nueva Orleans y quería hablar con la abuela. Yo ignoraba que Harold se hubiese casado. Lo ignoraba por completo, pero no tenía ninguna razón para dudar de su identidad, la de esa niña de voz trémula, y tardé un momento en recobrar la compostura, ya que comprendí, sin necesidad de oírsele decir, el motivo de su llamada. Cuando levanté la voz en dirección a la cocina para decir a la abuela que se pusiese al teléfono, se me quebró y un sollozo escapó de mi garganta. Piensa que estábamos en guerra, y la gente no ponía conferencias caras sólo para charlar.

Antes de embarcar rumbo a ultramar, Harold Robileaux había grabado uno de esos breves discos de la Victoria que los soldados enviaban a casa por correo para que sus familiares oyesen su voz. Cortas grabaciones de tres minutos en discos de plástico del tamaño de un platito que se rayaban con facilidad. Al parecer, cerca de las bases militares había estudios de grabación en los mismos salones recreativos donde te daban cuatro fotos por veinticinco centavos o un fakir mecánico barbudo, dentro de una vitrina, levantaba la mano y, con una sonrisa, te entregaba por una ranura tu porvenir impreso en un papel. Así que Harold había enviado a la abuela su disco de la Victoria, pero tardó unos meses en llegarnos. Resultó inquietante recibir algo de Harold en el buzón hasta que Langley comprobó el matasellos. Ten en cuenta que esto ocurrió después de enterarse la abuela por Ella Robileaux de que Harold había caído en el norte de África. Tal vez los censores del ejército tenían que escuchar todos estos discos de la misma manera que leían las cartas de los soldados, o quizá la oficina de correos de Tuskegee estaba desbordada. En cualquier caso, cuando llegó el disco, la abuela pensó que Harold en realidad seguía vivo. Gracias, Jesús, gracias, dijo, llorando de alegría. Batió palmas y alabó al Señor y no quiso saber nada cuando

le mencionamos el matasellos. Nos sentamos con ella frente al gran Victrola y lo escuchamos. Era un disco con un sonido metálico, pero no había duda de que aquella era la voz de Harold Robileaux. Estaba bien, decía, y muy contento porque lo habían ascendido a sargento técnico. No podía decirnos adónde lo destinaban ni cuándo, pero escribiría al llegar allí. Con su suave dejo de Nueva Orleans, decía que esperaba que la abuela estuviese bien y le pedía que saludara de su parte a los señores Homer y Langley. Era lo que había esperar de cualquier soldado en esas circunstancias, nada fuera de lo común, a excepción hecha de que Harold, siendo quien era, tenía consigo su corneta. Y Harold, siendo quien era, se la llevó a los labios e interpretó el toque de silencio, como si ofreciese el equivalente musical de una fotografía suya de uniforme. La calidad del sonido de esa corneta pudo más que el carácter primitivo de la grabación. Un sonido nítido, puro, conmovedor, cada frase elevada a su serena perfección. Pero ¿por qué para indicar su pertenencia al ejército interpretó el elegíaco toque de silencio en lugar, pongamos, del toque de diana? La abuela le pidió a Langley que pusiera el disco otra vez, y luego tres o cuatro veces más, y si bien no tuvimos valor para desanimarla, quizá fue ese canto fúnebre solemnemente reflexivo, esos tonos luctuosos que llenaron una y otra vez nuestros salones, como si Harold Robileaux profetizase su propia muerte, lo que la llevaron a admitir, finalmente, que su nieto se había ido para siempre. La pobre mujer, después de tener que sufrir su muerte por segunda vez, no pudo contener las lágrimas. Señor, exclamó, es a mi bendito chico a quien te has llevado, a mi Harold.

Langley salió y compró banderines con una estrella dorada para las ventanas de la calle de las cuatro plantas, porque el dorado era el color de las estrellas para los soldados que habían hecho lo que los políticos llamaban «el sacrificio postrero», por lo que había suponer que existía una secuencia de sacrificios que podía hacer un soldado —¿brazos, piernas?— antes del postrero. Normalmente un único banderín con una estrella azul o dorada en una ventana era anuncio o consuelo suficiente para una familia, pero Langley nunca hacía las cosas como los demás. El dolor de mi hermano no se diferenciaba de su rabia. Con la muerte de Harold Robileaux, su actitud hacia la guerra cambió por completo y dijo que cuando por fin preparara los partes de guerra de primera plana para su periódico eternamente actual y siempre al día, su postura sería explícita. Veo todos estos periódicos, dijo, y por más que vengan de la derecha o la izquierda o el turbio punto medio, son inevitablemente de un sitio, están arraigados como una roca a un lugar que, insisten, es el centro del universo. Son de un localismo presuntuoso y arrogante, y al mismo tiempo de un agresivo nacionalismo. Así que eso haré yo. La Edición Única para Todos los Tiempos de Collyer no irá dirigida a Berlín, ni a Tokio, ni siquiera a Londres. Veré el universo desde aquí, al igual que todos estos diarios. Y el resto del mundo puede seguir con sus obtusas ediciones diarias, mientras, sin saberlo, tanto ellos como sus lectores de todas partes estarán petrificados en ámbar.

El dolor de la abuela llenó la casa. Era mudo, monumental. Recibió con

indiferencia nuestro pésame. Una mañana anunció que dejaba de trabajar para nosotros. Se proponía ir a Nueva Orleans y buscar a la viuda de Harold, a quien no conocía, una muchacha, dijo, que quizá necesitase su ayuda. Por lo visto, había por medio un recién nacido. La abuela estaba firmemente decidida y comprendimos que ella fomentaría esa relación, manteniendo unido lo que quedaba de su familia.

El día de su marcha la abuela nos preparó el desayuno vestida ya para el viaje y después fregó los platos. Cogería un autocar de la Greyhound en la estación terminal de la calle Treinta y cuatro. Langley la obligó a aceptar dinero para el viaje, que ella cogió con un regio gesto de asentimiento. Aguardamos en la acera mientras Langley paraba un taxi. Eso me trajo a la memoria el día en que, allí de pie, dijimos adiós a Mary Elizabeth Riordan. No hubo lágrimas ni palabras de despedida por parte de la abuela cuando subió al taxi. Tenía ya la cabeza en camino. Y así se marchó el último miembro de nuestro servicio, y Langley y yo nos quedamos solos.

La abuela fue el último vínculo con nuestro pasado. Yo la había visto como una autoridad moral, un referente, a quien no hacíamos el menor caso, pero cuyos juicios empleábamos como baremo para medir el grado de incorrección de nuestra conducta.

Cuando acabó la guerra con la victoria sobre Japón, era uno de esos días opresivos de agosto en Nueva York. Aunque eso poco importó a la gente. Los coches desfilaron por la Quinta Avenida, con los conductores tocando la bocina y vociferando por la ventanilla. Nosotros nos plantamos en lo alto de nuestra escalinata como generales pasando revista, porque la gente corría ante nosotros como si avanzase en estrecha formación, miles de pasos camino del centro de la ciudad en busca de la fiesta. Yo había oído esa misma agitación, las risas, los pasos apresurados como el aleteo de los pájaros, el Día del Armisticio en 1918. Langley y yo, al cruzar la calle hacia el parque, encontramos a desconocidos bailando unos con otros, vendedores de helados lanzando piruletas a la muchedumbre, vendedores de globos echando a volar sus existencias. Perros sueltos corrían en círculo, ladrando y gañendo y metiéndose entre las piernas. La gente reía y lloraba. El júbilo que se elevaba de la ciudad llenó el cielo como un viento maravilloso, como un oratorio celestial.

Naturalmente, sentí tanto alivio como el que más por el final de la guerra. Pero por debajo de toda esa alegría descubrí en mí una horrenda tristeza. ¿Cuál era la recompensa para quienes murieron? ¿Las celebraciones del Día de los Caídos? En mi cabeza oía el toque de silencio.

Sabíamos un chiste, Langley y yo: Un moribundo pregunta si hay vida después de la muerte. Sí, le contestan, sólo que no la tuya.

• • •

Mientras duró la guerra, yo había llegado a verle un propósito a mi vida, aunque sólo fuera en las expectativas para el futuro. Pero con la paz descubrí que no había futuro,

o al menos como algo discernible del pasado. A la luz de la verdad desnuda, yo era un hombre seriamente discapacitado que no podía esperar para sí ni siquiera la vida más normal y modesta, por ejemplo, una vida de trabajador, marido y padre. En medio de todo ese júbilo generalizado, corrían malos tiempos. Incluso la música había dejado de atraerme. Me sentía inquieto, dormía mal, y de hecho a menudo me daba miedo irme a dormir, como si dormir fuese ponerse una de las máscaras antigás que Langley había traído, y con las que me era imposible respirar.

¿No he mencionado acaso las máscaras antigás? Durante la guerra Langley adquirió una caja entera. Él mismo se encargó de que hubiese dos colgadas de clavos en todas las habitaciones de la casa, de modo que, estuviéramos donde estuviéramos, si las potencias del Eje atacaban Nueva York y lanzaban bombas de gas, nos encontrasen preparados. Habida cuenta de su tos crónica y sus cuerdas vocales hechas trizas, por no ir provista de máscaras su compañía en 1918 cuando los envolvió la niebla, no puse reparos. Pero él insistió en que aprendiera a colocarme la máscara, que practicara, no fuese que, llegado el momento, si es que llegaba, acabase muriendo en el torpe intento de ponérmela. Me daba miedo tener la nariz y la boca tapadas, estando además a oscuras. Era como si me arrebataran también los sentidos del olfato y el gusto. Me costaba respirar por el filtro, lo que significaba que sólo podía evitar la muerte por gas muriendo por asfixia. Pero hice de tripas corazón y no me quejé, pese a considerar sumamente improbable cualquier ataque alemán con gas en la Quinta Avenida.

Para cuando acabó la guerra, como la gran capacidad productiva de la economía norteamericana había producido un superávit de todo aquello que necesitaba un soldado, habíamos coleccionado, además de las máscaras de gas, excedentes militares de sobra para equipar a nuestro propio ejército. Según Langley, el material reglamentario era tan barato en los mercadillos que brindaba una excelente oportunidad de negocio. Teníamos cananas, botas, cascos, cantimploras, fiambreras de hojalata con cubiertos de hojalata, teclas de telégrafo, o «bichos», desarrolladas para el Cuerpo de Señales del Ejército, una mesa cubierta de guerreras y pantalones de apagado color oliva, trajes de faena, ásperas mantas de lana, navajas plegables, prismáticos, cajas de cintas distintivas de regimiento, y demás. Era como si el tiempo soplara a través de nuestra casa como un viento, y éstos fuesen los objetos depositados allí por los vientos de la guerra. Langley nunca desarrolló los pormenores de ninguna oportunidad de negocio. Así que junto con todo lo demás, ese sinfín de cascos, botas, etcétera, se quedó allí donde había sido depositado, artefactos fruto de entusiasmos del pasado, casi como si fuéramos un museo, si bien nuestros tesoros seguían sin catalogar, la labor de conservación todavía pendiente.

No todo se desperdiciaría: cuando se nos quedó vieja la ropa, empezamos a ponernos trajes de faena, tanto pantalones como camisas. También botas, cuando se nos rompieron los zapatos.

Ah, y el fusil M1 bien engrasado que no había pegado un solo tiro. Era una de las

adquisiciones máspreciadas de mi hermano. Por suerte, no había encontrado los cartuchos correspondientes. Colocó un grueso clavo en la repisa de mármol de la chimenea y colgamos el M1 por la correa. Se quedó tan satisfecho de su obra que hizo lo mismo con el fusil Springfield que llevaba allí casi treinta años. Pendían de la chimenea, esos dos fusiles, como calcetines de Navidad. No volvimos a tocarlos nunca más, y si bien hoy por hoy me es imposible acercarme a la repisa, que yo sepa ahí siguen.

Debo aclarar que yo no deseaba otra guerra para levantarme el ánimo. Parecía no haber pasado más que un rato desde el Día V-J —así se dio en llamar a la victoria sobre Japón—, y volvimos a las andadas. Pensé en nuestro absurdo comportamiento aquel día de celebración delirante, la ciudad entera manifestando a gritos su júbilo al cielo.

Cuando yo tocaba el piano para el cine mudo, la película terminaba y el proyccionista asomaba la cabeza desde la cabina. La siguiente cinta empezará en breve, anunciaba. Un momento, por favor, mientras cambiamos la bobina.

En fin, el caso es que estábamos en guerra con Corea, pero como si necesitáramos algo de más envidia, iniciamos una carrera con los rusos para ver quién construía bombas nucleares más potentes que las lanzadas sobre Japón. Un número infinito, para lanzárnoslas mutuamente. Yo habría pensado que con un par de superbombas capaces de calcinar los continentes y hervir los mares y absorber todo el aire bastaba, pero por lo visto no era así.

Langley había visto una fotografía de la segunda bomba atómica utilizada en Japón. Un artefacto gordo y feo, dijo, no lustroso y en forma de tiburón como cabría esperar de una bomba respetable. Se diría que sirve para guardar cerveza. En cuanto lo dijo, me acordé de los barriles y cascos vacíos que él trajo a casa de una fábrica cervecera que había quebrado. Subió los barriles de aluminio hasta la puerta; de pronto, por algún motivo, se le descontrolaron y empezaron a rodar escalera abajo con un estruendo metálico y atronador y luego cruzaron la acera. Así que ahora imaginaba la bomba atómica como un barril de cerveza explosionable, de costado, que giraba sobre su eje hasta que decidiese estallar.

El problema de oír las noticias en compañía de Langley era que se exaltaba, se ponía a despotricar y echar pestes, contestaba a la radio. Langley, en tanto que experto lector de periódicos, pues los leía todos a diario, estaba más al día de lo que pasaba en el mundo que los comentaristas. Escuchábamos a un comentarista y luego yo tenía que escuchar los comentarios de Langley. Me decía cosas que, como yo sabía, eran verdad, pero, aun así, no deseaba oír, porque todo junto agravaba mi depresión. Al final, dejó de hacerme partícipe de sus percepciones políticas, que en cualquier caso se reducían a la esperanza de que pronto se desencadenase una guerra nuclear mundial en la que la especie humana se extinguiese, para gran alivio de Dios... que se daría las gracias a sí mismo y tal vez dedicase su talento a crear una criatura más ilustrada en algún otro planeta totalmente nuevo.

Dejando de lado la información internacional, ahora, sin la abuela Robileaux, nos enfrentábamos al problema práctico de cómo alimentarnos. Homer, dijo mi hermano, comeremos fuera, y te vendrá bien ir de aquí para allá en lugar de pasarte el día sentado en una silla compadeciéndote de ti mismo.

Desayunábamos en la barra de una cafetería de Lexington Avenue, a unos diez o doce minutos de casa a paso brioso. Hago aquí un alto para hablar de la comida: servían zumo de naranja recién exprimido, huevos preparados de todas las maneras con jamón o beicon, tortitas de patata y cebolla fritas, pan tostado y café, todo por un dólar veinticinco. Yo pedía los huevos en forma de tortilla, que comía con el pan tostado a modo de bocadillo, porque era fácil de manipular. Para un desayuno, no era barato, pero otros establecimientos cobraban aún más. A la hora de la cena íbamos a un restaurante italiano de la Segunda Avenida, a veinte minutos a pie. Tenía distintas clases de espaguetis, o segundos de ternera y pollo, ensalada troceada, y demás. No era muy bueno, pero el dueño nos reservaba la misma mesa todas las noches y nosotros llevábamos nuestra propia botella de Chianti, con lo que resultaba aceptable. El almuerzo nos lo saltábamos, pero a primera hora de la tarde Langley ponía agua a hervir y tomábamos té con galletas.

Hasta que un día sumó los gastos de las cenas del mes y, olvidando que había prescrito las comidas fuera para mejorar mi estado de ánimo, decidió cocinar en casa. Al principio, procuró reproducir las comidas de los restaurantes adonde íbamos a desayunar y cenar. Pero a mí me llegaba un olor a quemado y, sorteando obstáculos, iba a la cocina, donde lo encontraba maldiciendo y lanzando sartenes calientes y crepitantes al fregadero, y me quedaba sentado pacientemente a la mesa hasta mucho después de la hora de la cena, famélico y con el alma en vilo, hasta que él ponía ante mí algo innombrable. Langley me preguntó un día por qué estaba yo tan paliducho y flaco. No contesté: ¿Qué aspecto iba a tener dadas las experiencias culinarias que he padecido? Al final desistió y empezamos a alimentarnos con comida en lata, aunque él había decidido que la avena era un elemento esencial para la buena salud y cada mañana servía para desayunar un mazacote de esa especie de engrudo.

Pasaría un tiempo antes de que se ampliase el interés de Langley en la alimentación sana y concibiese la nutrición como medio para curar mi ceguera.

Lo que hizo Langley con la intención de animarme fue comprar un televisor. Ni siquiera me esforcé por comprender su razonamiento.

Corrían los primeros tiempos de la televisión. Toqué la pantalla de cristal: era cuadrada, de lados redondeados. Imagínatelo como una radio con imágenes, dijo. No necesitas ver la imagen. Sólo escucha. No te pierdes nada: lo que es interferencia estática en una radio aparece como nieve en la televisión. Y cuando la imagen se vuelve nítida, tiende a marcharse flotando de la pantalla hacia arriba para asomar de nuevo desde abajo.

Si no me perdía nada, ¿para qué tomarse la molestia? Pero, en interés de la ciencia, me senté delante.

Langley tenía razón respecto a la relación con la radio. Los programas de televisión se estructuraban como los radiofónicos, en segmentos de media hora, o a veces incluso de una hora entera, y con los mismos seriales en horario diurno, los mismos humoristas, las mismas orquestas de *swing* y la misma publicidad absurda. No tenía mucho sentido que yo escuchase el televisor a menos que emitiesen un noticiario o un concurso. Las noticias eran siempre sobre espías comunistas y su conspiración internacional para destruirnos. Eso no es que animara mucho, pero otra cosa muy distinta eran los concursos televisivos. Adquirimos la costumbre de ponerlos sobre todo para ver si acertábamos a contestar las preguntas antes que los concursantes. Y lo conseguíamos con frecuencia. Yo conocía la respuesta a casi todo lo relacionado con música clásica y, gracias a la época que pasé poniendo discos para los bailes, había atinado más de una vez en cuestiones de música popular. Y no se me daban nada mal el béisbol y la literatura. Langley se lo sabía todo sobre historia y filosofía y ciencia. Quién fue el primer historiador, preguntaba el presentador. ¡Herodoto!, decía Langley. Y si el concursante tardaba en responder, Langley exclamaba: ¡Herodoto, pedazo de idiota!, como si aquel individuo lo oyese. Yo me reía al oírlo, y nos dio por llamar «pedazo de idiota» a esa gente de los concursos. ¿A qué distancia está la Tierra del Sol? ¡A ciento cincuenta millones de kilómetros, pedazo de idiota! ¿Quién escribió *Moby Dick*? ¡Melville, pedazo de idiota! E incluso cuando el concursante daba la respuesta correcta, escuchando, pongamos, la frase inicial de la Quinta de Beethoven —ta ta ta tan, las mismas tres cortas y una larga que en el código morse significaban V, cosa que la convirtió en una pieza popular durante la guerra—, y decía que el compositor era Beethoven, nosotros exclamábamos: ¡Bravo, pedazo de idiota!

Considerando nuestro nivel de acierto en esos programas, lógicamente contemplamos la posibilidad de presentarnos como concursantes. Langley hizo averiguaciones en cuanto al procedimiento. Por lo visto, había gran demanda de plazas en esos concursos, y cómo no, existiendo dinero en juego. Uno mandaba su currículum, que sometían a entrevistas y a una verificación de antecedentes, como si el mismísimo FBI fuese el productor del programa. Nos pusimos a prueba escuchando un concurso de media hora e hicimos saltar la banca. El problema radicaba, dijo Langley, en que éramos demasiado listos. No habría suspense. Y Homer, esos concursantes que salen sonriendo como imbéciles, dan vergüenza ajena. Cuando ganan algo, dan brincos como marionetas colgadas de hilos. ¿Tú te comportarías así por dinero? No, dije. Coincido contigo, dijo. Es una cuestión de amor propio.

Así que decidimos dejarlo correr. Por entonces, claro está, yo ya era consciente de que no nos ajustábamos a los modelos indumentarios del momento. Él me había explicado que los hombres, previsiblemente, llevaban trajes de franela y corbatas a rayas y el pelo al uno, y las mujeres faldas a la altura de los tobillos y blusas con grandes cuellos y flequillo. Langley, ya calvo, se había dejado crecer el pelo por

detrás hasta los hombros. Mi propia melena a lo Liszt con raya al medio era ya considerablemente rala. Y nuestra vestimenta preferida eran los uniformes de faena y las botas del ejército, porque habíamos dejado a las polillas de los armarios las americanas y los trajes viejos. No habríamos pasado de la puerta.

Dios santo, habrase visto invento más innecesario, dijo Langley. Para entonces teníamos ya otros dos televisores que él había encontrado a saber dónde. Ninguno funcionaba a su entera satisfacción.

Cuando lees o escuchas la radio, dijo, ves la escena en tu cabeza. Es lo mismo que haces tú con la vida, Homer. Perspectivas infinitas, horizontes interminables. En cambio, la pantalla del televisor lo aplana todo, comprime el mundo, y ya no digamos la cabeza de uno. Para eso, lo mismo daría coger un barco, irme al Amazonas y dejar que los jíbaros me redujesen la cabeza.

¿Quiénes son los jíbaros?

Son cierta tribu de la selva, aficionada a reducir cabezas. Es una costumbre que tienen.

¿Y tú cómo te has enterado de eso?

Lo he leído en algún sitio. Después de decapitar al individuo, haces un corte desde lo alto de la cabeza hasta la nuca y separas toda la piel del cráneo: el cuello, el cuero cabelludo y la cara. Con eso, formas una especie de bolsa y la cierras dándole unas puntadas, luego coses los ojos y los labios, la llenas de piedras y lo hierves todo hasta que queda del tamaño de una pelota de béisbol.

¿Y qué se hace con una cabeza reducida?

La cuelgas de un pelo junto con las otras. Minúsculas cabecitas humanas en una hilera meciéndose en la brisa.

Dios bendito.

Sí. Piensa en los americanos viendo la televisión.

• • •

Pero antes de desenchufar el televisor para siempre, resultó que televisaron las sesiones de una comisión del Senado que investigaba el crimen organizado. Vamos a ver eso, dijo Langley, y lo pusimos.

Senador, decía un testigo, no es ningún secreto que en mi juventud fui un chico alocado, y maduré por la vía dura, o lo que es lo mismo, cumplí condena. Esos antecedentes del tribunal de menores son como un pájaro muerto que llevo colgado del cuello y por culpa de eso me ha llegado una citación para comparecer aquí.

¿Niega usted que es el jefe de la principal familia criminal de Nueva York?

Soy un buen americano y estoy aquí sentado ante ustedes porque no tengo nada que esconder. Pago mis impuestos, voy a misa todos los domingos y hago donaciones a la Asociación Deportiva de la Policía, donde ponen a los niños a jugar a la pelota y evitan así que se metan en líos.

Cielo santo, exclamé, ¿sabes quién es ése? ¡Tiene que ser él! Reconocería esa voz en cualquier sitio.

Si lo es, ha engordado, dijo Langley. Viste como un banquero. Ha perdido casi todo el pelo. No sabría decir.

¿Cómo no iba a cambiar en veinticinco años? Sí, es él. Escúchalo: ¿cuántos gánsteres hablan en susurros, con un resuello en do alto añadido? Ése es Vincent de todas todas. Me preguntó qué se sentía siendo ciego. Y ahora ha llegado a la cima de su profesión. Es un capitoste ante una comisión del Senado. Nos envió champán y chicas, dije. Y luego no volvimos a tener noticias de él.

¿Acaso las esperabas?

Estaba comportándome como un idiota, lo sé, con tanto aspaviento por aquel matón. Y no fui el único. No recuerdo el contenido exacto de su testimonio, pero después de su comparecencia la prensa sensacionalista no hablaba de otra cosa. Langley me leyó: «¡Vincent se va de la lengua!». Eso clamaban los titulares, como si los hubiera traicionado a ellos. Y luego la enumeración de negocios turbios que supuestamente controlaba, los rivales muertos en circunstancias misteriosas, los distintos juicios de los que había salido con veredicto de inocencia, reafirmando así una culpabilidad tan grande que la ley no podía abarcarla, y, para mayor suspense, los archienemigos que, según contaban, tenía entre las otras familias delictivas. Me quedé muy impresionado.

Langley, dije, ¿y si nosotros hubiéramos sido una familia delictiva? ¿No habríamos estado mucho más unidos a nuestros padres si todos juntos hubiésemos controlado redes de protección, sindicatos del juego, préstamos con intereses exorbitantes, cometiendo todos los delitos imaginables, incluido el asesinato, aunque no, creo, la prostitución?

La prostitución probablemente no, convino Langley.

Después de las sesiones de la comisión del Senado, Langley desenchufó el aparato y lo dejó en algún rincón, y no volvimos a ver la televisión hasta pasada una década, cuando los astronautas alunizaron. Nunca expliqué a mi hermano que, a mi

manera, yo veía la pantalla: la veía como una mancha alargada sólo un poco más clara que la oscuridad imperante. La imaginaba como el ojo de un oráculo mirando nuestra casa.

Mi emoción por haber conocido en otro tiempo a un gánster famoso era señal de lo mucho que me aburría en mi propia vida. Cuando, al cabo de unas semanas, anunciaron en un boletín informativo de la radio que Vincent había recibido un tiro mientras cenaba en un restaurante del East Side, sentí un extraño orgullo, la sensación de ser uno de los pocos privilegiados que estaban en el ajo, un sentimiento de «yo lo conocí cuando...» totalmente ajeno a las circunstancias extremas de su situación. Al fin y al cabo, yo era una persona que se pasaba casi todo el día sentado en su casa, viviendo sin el complemento normal de amigos y conocidos, y sin una ocupación práctica con que llenar sus días, un hombre cuya vida no había dado más fruto que una conciencia excesiva de su propia inutilidad... ¿quién podía echarme en cara que actuase como un necio?

Fue por el testimonio que prestó, dije a Langley. A las familias delictivas no les gusta la publicidad. El alcalde se siente presionado para hacer algo, el fiscal se pone manos a la obra y la policía empieza a detenerlos.

De pronto, como ves, me había convertido en un experto criminólogo.

Esperé junto a la radio. Los clientes del restaurante habían visto cómo trasladaban a Vincent a su limusina para llevárselo de allí. ¿Estaba vivo o muerto? Me quedé con una vaga sensación de expectación. Eso, aunque sin llegar a premonición, puede ser igual de inquietante. Jacqueline, cuando leas esto, si es que lo lees, quizá pienses: Sí, en este momento de su vida, el pobre Homer estaba perdiendo el juicio. Pero deja de lado el poder oracular que atribuí al televisor, y te encontrarás con una inverosimilitud que tenía cierta lógica. Ahora pienso que ocurrió lo que yo quería que ocurriese, si bien lo que describiré aquí fue sólo un acontecimiento pasajero más de nuestras vidas, como si nuestra casa no fuera nuestra casa sino un camino por el que Langley y yo viajábamos como peregrinos.

Cuando sonó el teléfono, yo estaba sentado junto a la radio de mesa en el gabinete de nuestro padre. Me sobresalté. Nunca nos llamaba nadie. Langley se había marchado a su habitación para mecanografiar el resumen de las noticias del día destinado a su sistema de archivo. Bajó corriendo. El teléfono se hallaba en el vestíbulo. Contesté. Una voz de hombre preguntó: ¿Es la archidiócesis? Dije: No, esto es la residencia de los Collyer. Y se cortó la comunicación. ¿La archidiócesis? Al cabo de un minuto empezaron a aporrear la puerta. Como supondrás, después de esa andanada de sonidos repentinos y estridentes, el timbre del teléfono, los golpes en la puerta, estábamos muy impresionables. Cuando abrimos la puerta, irrumpieron tres hombres con otro a cuestas, cogido por los brazos y las piernas, y éste era el mismísimo Vincent, cuyo brazo extendido me empujó a un lado y dejó un rastro húmedo en mi camisa que resultó ser su sangre.

Lo que a mí me interesa —he hablado de ello muchas veces con Langley a lo

largo de los años— es por qué nos quedamos inmóviles en la puerta mientras esos asesinos pasaban ante nosotros y, en lugar de dejarlos en la casa y salir corriendo a buscar a la policía, respondimos servicialmente a sus gritos y órdenes, cerrando la puerta y siguiéndolos en su torpe ir y venir con Vincent en volandas, que aullaba cada vez que tropezaban con algo, hasta que se decidieron por el gabinete de mi padre, donde lo sentaron en una butaca entre los libros y los fetos embotellados y los órganos en vinagre de los estantes.

Sentíamos curiosidad, decía Langley.

Uno de los tres esbirros resultó ser hijo de Vincent. Massimo, se llamaba. Era su voz la que yo había oído por teléfono. Los otros dos hombres eran los mismos que nos habían llevado a casa en coche desde el club hacía muchos años. Nunca los oí pronunciar más de una o dos palabras, por lo general entre dientes. Me los imaginaba como el granito: duros, rayando en lo inanimado. Vincent había perdido la oreja izquierda a causa del balazo, y por temor a que quienquiera que le seguía los pasos rematase la faena —un cartel de familias delictivas de Nueva York, si no me equivocaba—, uno de los hombres graníticos se había acordado de nuestra casa y, tal vez después de dar vueltas y más vueltas en coche desesperadamente buscando un escondrijo, llegó a la conclusión de que para los perseguidores nada era más inverosímil que una residencia en la Quinta Avenida, y por tanto buscó nuestro número de teléfono para ver si aquello era aún nuestra residencia (¿y no la archidiócesis?) y *voilà*, allí estábamos, una casa franca recién concebida para un famoso criminal desangrándose por lo que le quedaba de oreja.

Con su jefe instalado en la butaca, y Massimo arrodillado junto a él apretando contra la oreja herida una servilleta del restaurante ensangrentada, los gánsteres parecían incapaces de pensar qué debían hacer a continuación. Todo era silencio salvo por el gimoteo de Vincent, que, debo decir, no guardaba ninguna relación en mi cabeza con el hombre de mis recuerdos. No percibía la menor señal del aplomo sereno y refinado que yo conservaba en la memoria y que esperaba de él en ese momento. Me defraudó. Posiblemente la bala que le arrancó parte de la oreja le había producido *tinnitus*, pero en realidad era una herida menor desde el punto de vista de lo que es esencial para la vida. Así que su problema era sólo superficial. Haced algo, masculló, haced algo. Pero sus hombres, quizás atónitos por la colección de órganos y fetos en tarros de formol de nuestro padre, las toneladas de libros desbordándose de las estanterías decorativamente, los viejos esquís de madera en el rincón, las sillas de respaldo recto apiladas, las macetas llenas de tierra de los experimentos botánicos de mi madre, el ánfora china, el reloj de pie, las entrañas de dos pianos, los altos ventiladores eléctricos, las varias maletas y un baúl, las pilas de periódicos en los rincones y en el escritorio, el viejo maletín médico negro de cuero agrietado con el estetoscopio asomando, todo ello prueba de una vida bien vivida... en fin, como decía, ante todo eso, los hombres parecían incapaces de moverse. Fue Langley quien asumió el mando, evaluando la herida de Vincent y buscando allí mismo, en un cajón

del escritorio de mi padre, rollos de gasa, esparadrapo, torundas y un frasco de tintura de yodo, que consideró que había alcanzado su potencia máxima dados los años de envejecimiento.

Por lo visto, los alaridos de Vincent mientras recibía tratamiento pusieron en alerta a sus hombres, ya que sentí una presión bajo las costillas y supuse que era el cañón de una pistola. Pero el momento crítico pasó —Tenga, oí decir a Langley, envuélvale la cabeza con esto— y en breve los alaridos dieron paso de nuevo a los anteriores lamentos.

Los hombres llevaron a cabo un reconocimiento de la casa y decidieron trasladar a su jefe a la cocina. Arriba, podían atraparlo como a una rata en una trampa. La cocina, más cerca de la puerta de atrás, ofrecía una posibilidad de fuga rápida en caso de que los perseguidores aparecieran por la escalinata delantera. Bajaron el colchón y dos almohadas de la antigua habitación de Siobhan. Así que allí teníamos a nuestra celebridad del mundo del hampa, reclinado sobre lo que en su día fue la gran mesa rústica de la abuela Robileaux, de grueso tablero y patas torneadas —recuerdo que mi madre había querido dar un aire de casa de campo a la cocina—, malhumorado, sumido en la autocompasión, quisquilloso, y maltratando a su hijo, sin importarle la presencia de desconocidos.

Daba la impresión de que Massimo tenía el rango de aprendiz de gánster y, según su padre, no hacía nada bien: si quería llamar al médico de la familia, era una estupidez; si salía corriendo a por tabaco o algo para comer, era lento como una tortuga. Massimo no se parecía a su padre, o al recuerdo que yo tenía de su padre: era gordinflón y calvo, de cabeza voluminosa y amplia papada, como sospeché incluso antes de entrar en confianza lo suficiente para que me permitiese palpar sus facciones, y en general poco afortunado para no haber cumplido aún los treinta. Sin proponérmelo, yo hacía lo posible para que no se sintiera tan mal. Tu padre está dolorido, decía, y no lo lleva bien. Siempre está así, decía Massimo.

Recuerdo haber pensado que, como reemplazo de su padre, Massimo nunca daría la talla. Pero me equivoqué. Unos años después, cuando por fin mataron a Vincent de un tiro, Massimo pasó a ser el capo de esa familia criminal y fue incluso más temido que su padre.

Nos llevaron a la cocina cuando Vincent, ya más tranquilo, estuvo en condiciones de echarnos un vistazo. Fue como si nos hubiesen concedido audiencia. Y éstos quiénes son, preguntó con su voz resollante. ¿Vagabundos pidiendo limosna? Massimo dijo: Viven aquí, papá. Ésta es su casa. No me digas, contestó Vincent. Con ese pelo que llevan, parece que nunca han puesto los pies en una barbería. Y éste tiene la mirada perdida, como si estuviera drogado. Ah, ya veo, está ciego. Hay que ver qué cosas te encuentras en esta ciudad. Sacadlos de aquí, ya tengo bastantes problemas sin necesidad de soportar la presencia de este par de cretinos.

Yo me quedé de piedra. ¿Debería haberle dicho a Vincent que nos habíamos conocido años atrás? Pero con eso habría reafirmado mi humillación. Me sentí como

un idiota. Igual que cualquier celebridad o político, el tipo era tu mejor amigo hasta que volvías a cruzarte con él, y entonces no se acordaba ni remotamente de haberte conocido. Langley, también presente, tuvo después el detalle de no recordarme mi estupidez.

Los invitados se quedarían cuatro días. Sólo nos mantuvieron encañonados al principio. Yo no tenía miedo; Langley tampoco tenía miedo, pero estaba tan furioso que temí que se le reventara un vaso sanguíneo. Massimo, por orden de su padre, intentó arrancar el cable del teléfono de la pared. Éste no cedió. Langley: Espera, ya lo hago yo, no necesitamos ese trasto para nada, nunca lo hemos necesitado. Y dio tal tirón al cable que oí saltar de la pared trozos de escayola; luego lo lanzó todo a la otra punta del gabinete y rompió el cristal de una de las librerías de nuestro padre.

Mi hermano y yo teníamos que permanecer a todas horas a la vista. Si salíamos de la habitación, uno de los matones debía acompañarnos. El segundo día la vigilancia se relajó, y Langley reanudó su proyecto periodístico sin más, y de hecho recibió la ayuda de aquellos hombres, que por turnos salieron a por los periódicos matutinos y vespertinos para ver qué decían sobre el atentado y la desaparición de Vincent.

Los hombres estaban atónitos por el estado del escondite que habían elegido. No entendían la total ausencia de un medio de sentarse reconocible. Para ellos, éramos una familia con tendencias decorativas extrañas propias de otro mundo, como las pilas de periódicos viejos en casi todas las habitaciones y en los descansillos de la escalera. Pero cuando descubrieron el Modelo T en el comedor, se habrían marchado de inmediato si de ellos hubiese dependido. Es posible que fuese su perplejidad lo que nos permitió salir indemnes, ya que los oí comentar que de buena gana se habrían ido de allí, de ese «manicomio», fue la palabra que usaron, creo.

En este punto debería mencionar las máquinas de escribir. Un tiempo antes, Langley había decidido que necesitaba una máquina de escribir para empezar a poner en orden su proyecto maestro, el periódico único para todos los tiempos. Primero probó la que usaba nuestro padre. Estaba en el escritorio del doctor: una L. C. Smith Número 2. No era la mezcla de polvo y grasa lo que molestaba a Langley, sino que la cinta se había secado y para pulsar las teclas se requería una gran presión. Aunque la máquina hubiese funcionado perfectamente, Langley habría salido, creo, en busca de otras, y de hecho al final lo hizo, porque, como siempre en circunstancias parecidas, para qué conformarse con una si podía disponer de todo un surtido. Por tanto, al cabo de un tiempo teníamos en nuestro poder todo un despliegue de máquinas: una Royal, una Remington, una Hermes, una Underwood, entre los modelos clásicos, y, por el placer que le produjo encontrarla, una Smith-Corona provista de teclas en Braille. Es la que uso ahora. Así que durante un tiempo, mientras Langley detectaba las imperfecciones de cada una a fuerza de utilizarlas, llegó a mis oídos una música nueva: el golpeteo de las teclas y el sonido de la campanilla y el choque del carro contra el tope. Me sorprendió que al final encontrara un modelo que le satisfizo. A las

otras se les concedió rango de piezas de museo, desatendidas y olvidadas, como todo lo demás, a excepción de una preciosidad que encontró en una tienda de la calle Cuarenta y tantos Oeste, una Blickensderfer Número 5 muy vieja, que al tacto me pareció una mariposa metálica, sus alas duras y flexibles extendidas en pleno vuelo. Ésta recibió un lugar de honor en el lavamanos de su habitación.

Al cumplirse el tercer día sin señal alguna de que Vincent fuera a marcharse —se pasaba casi todo el tiempo durmiendo—, mi hermano y yo reanudamos paulatinamente la rutina cotidiana de nuestras vidas sin intromisión de los gánsteres, y esta estrafalaria situación adquirió cierta apariencia de normalidad. Langley se dedicó a mecanografiar su proyecto y yo volví a mis ensayos diarios de piano. Era como si dos familias independientes compartieran el mismo espacio. Ellos se traían su comida y nosotros nos ocupábamos de la nuestra, aunque al final se nos acabó casi todo lo que había en la despensa y ellos empezaron a dejarnos cosas. Sus guisos llegaban en cajas de cartón blancas y no estaban mal —platos italianos traídos por la noche, ya que seguían un régimen de una sola comida diaria—, y a cambio nosotros preparábamos el café por la mañana y nos sentábamos con ellos en los peldaños de la escalera del primer piso. Cuando Vincent se despertaba, procedía a quejarse desde su lecho de la cocina y a exigir y a maldecir y a amenazar a cuantos tenía delante. Nos convirtió a todos en una especie de fraternidad oprimida; había pasado a ser un lastre universal, y por tanto al final se estableció una especie de vínculo: los dos hermanos y los tres matones.

Yo habría pensado que sus hombres preferían al Vincent dormido antes que al Vincent despierto, pero se los veía cada vez más nerviosos mientras esperaban inquietos las siguientes órdenes. Querían saber qué clase de venganza tenía prevista. Querían saber qué debía hacerse.

La mañana del cuarto día oí un tremendo estrépito. Procedía de la cocina. Los hombres entraron corriendo. Yo los seguí. No había ni rastro de Vincent.

Abrieron de una patada la puerta de la despensa y allí lo encontraron, encogido en el rincón. ¿Oís eso?, preguntó Vincent. ¿Oís eso?

Yo lo oía, todos lo oíamos. Ahora los hombres se hallaban en actitud alerta, las armas desenfundadas, uno de ellos hincándome el cañón en las costillas. Porque allí estaba, el golpeteo de algo implacablemente mecánico, como el letal tableteo de una metralleta. Al despertar sobresaltado por ese sonido, con el que debía de estar muy familiarizado después de una larga vida delictiva, Vincent se había caído o tirado de la cama improvisada en la cocina. Fue un momento delicado y supe que si me reía, era hombre muerto. Me limité a señalar el techo y permitir que ellos mismos dedujeran que era Langley con su máquina de escribir: Langley, que era un mecanógrafo muy rápido, con unos dedos que se deslizaban a toda velocidad para no rezagarse respecto a sus pensamientos, y cuya habitación se hallaba justo encima. Yo no sabía qué máquina de escribir utilizaba en ese momento: ¿la Remington, la Royal, o acaso la Blickensderfer Número 5? La había colocado sobre una mesa plegable mal

asentada y el tecleo, transmitido por las endebles patas de la mesa y luego a través del suelo, adquiriría un tono más sombrío de martilleo que, supongo, si uno era un gánster dormido que recientemente había recibido una herida de bala, podía sonar como otro atentado contra su vida.

Vincent, recobrando la compostura, se echó a reír como si lo encontrara gracioso. Y cuando él rio, los demás lo imitaron. Pero el susto lo había llevado a un estado de alerta hostil. Ya bastaba de tanto dormir: volvía a ser el capo.

¿Qué es este vertedero?, exclamó. ¿Es que estoy en una chatarrería? ¿Aquí me habéis traído? Massimo, ¿no has encontrado nada mejor? Fíjate en esto. Yo que tengo que pensar en la represalia. Yo que tengo preocupaciones serias. Y me traes a esta ratonera. ¡A mí! ¿Y dónde está la información secreta que necesito? ¿Dónde están los datos con los que cuento? Veo que os miráis. ¿Queréis ponerme excusas? Sí, hay deudas que pagar, y las pagaré. Y cuando haya acabado con ellos, averiguaré quién me ha vendido dentro de la familia. O debo creer que si ahora me falta una oreja, es culpa del destino ciego. ¡Os hablo a vosotros! ¿Eso ha sido, el destino ciego? ¿Me encontraron en el restaurante por casualidad?

Sus hombres sabían que más les valía callar. Puede que incluso los reconfortara ver que su jefe volvía a ser el de siempre. Lo oí ir de aquí para allá, apartar cosas a empujones, tirarlas.

Como Langley me contó después, fue mientras Vincent deambulaba por la casa con una mano en el orificio de la oreja cuando encontró uno de los cascos de los excedentes del ejército y se lo puso. Y luego tuvo la necesidad de verse en el espejo, y sus hombres bajaron el espejo de pie del dormitorio de mi madre, un espejo del dormitorio de una dama que podía ladearse en el bastidor.

Cuando Vincent se vio, advirtió que llevaba el traje sucio. Se desnudó —fuera la americana, el pantalón, la camisa— y, en paños menores, calzado con zapatos y calcetines, encontró uno de nuestros uniformes de faena de su talla y dijo: Nadie me reconocerá vestido así. Podría salir por la puerta a plena luz del día. Eh, Massimo, ¿qué me dices? ¿Me parezco a alguien a quien tú conoces?

No, papá, contestó el hijo.

Por supuesto, nadie puede verme así. ¿Qué sería de mi reputación? Se echó a reír. Por otro lado, si la otra noche hubiese llevado puesto este casco, aún tendría la oreja.

La lavadora estaba en la trascocina, un modelo antiguo con un rodillo acoplado, y uno de los hombres la encontró, cogió la ropa de Vincent y la metió en la lavadora para quitarle las manchas de sangre. Por entonces debíamos de tener ya no pocas planchas eléctricas, además de dos o tres planchas antiguas que se calentaban en el horno. Así que Massimo y uno de los hombres tardaron lo suyo en intentar dejar el traje de Vincent lavado y escurrido y planchado de manera que fuese una réplica razonable de un traje recién salido de la tintorería.

Entre tanto, Langley, que no vio por qué debía quedarse allí y aburrirse, volvió a su máquina de escribir en el piso de arriba y se reanudaron el tecleo y el choque del

carro, y Vincent dijo: Massimo, sube y dile a ese viejo que si no para ya con la máquina de escribir, le pasaré las manos por ese escurridor. Massimo, tomando la iniciativa en un esfuerzo por complacer a su padre, bajó cargado con la máquina de escribir, Vincent la cogió y la lanzó a la otra punta de la cocina y yo la oí hacerse pedazos con un estrépito diáfano, como una pieza de porcelana.

Sólo tuve miedo cuando Vincent se disponía a marcharse. Quería que se fuera, pero ¿cuáles podían ser las órdenes a sus hombres con relación a nosotros a modo de despedida? Durante lo que se me antojaron horas, la familia delictiva deliberó mientras Langley y yo esperábamos, como se nos había indicado, en el piso de arriba.

Cuando se apagó la luz del día al otro lado de las ventanas, nos emplazaron y nos ataron a dos sillas de la cocina, espalda con espalda, usando cuerda de tendedero, de la que casualmente teníamos en el armario de las herramientas del sótano rollos de sobra para circundar dos veces una manzana de la ciudad, aunque a la hora de colgar cosas a secar nuestra preferencia eran esos armazones metálicos en forma de paraguas, de los que teníamos unos cuantos, que podían desplegarse y volver a plegarse cuando ya no se necesitaban, porque Langley pensaba que yo no me acordaría de que había un tendedero en algún lugar de la casa y, por accidente, me estrangularía.

No diréis una sola palabra, advirtió Vincent. Mantendréis la boca cerrada o volveremos nosotros a cerráoslas.

Y luego oí el ruidoso portazo y se fueron.

Todo quedó en silencio. Permanecimos allí bien atados, espalda con espalda, en nuestras sillas. Yo oía el tictac del reloj de la cocina.

Verse atado e incapaz de moverse lo induce a uno a la reflexión. El hecho era que unos matones habían irrumpido en nuestra casa y se habían adueñado de ella, y nosotros no habíamos ofrecido la menor resistencia.

Habíamos entablado amistad con la familia, sentándonos con ellos a tomar café, compadeciendo a Massimo, pero ¿qué era eso si no un comportamiento propiciatorio? Cuanto más pensaba en ello, tanto peor me sentía. En ningún momento nos consideraron dignos de pegarnos un tiro.

La cuerda en torno a mis brazos y mi pecho parecía tensarse cada vez que respiraba. Estaba avergonzado, indignado conmigo mismo. Podríamos haber recurrido a algún truco, insinuado que Vincent agonizaba. Aquellos tarados no habrían visto la diferencia. Habría podido convencerlos para que me dejaran salir en busca de un médico.

Escuché el tictac del reloj de la cocina. La sensación de la futilidad de la vida me subió a la garganta como una desesperación abrumadora. Allí estábamos, los hermanos Collyer, totalmente humillados, absolutamente desvalidos.

Y de pronto Langley se aclaró la garganta y dijo lo siguiente. Recuerdo sus palabras como si fuese ayer.

Homer, entonces eras muy pequeño para recordarlo, pero un verano nuestros

padres nos llevaron a una especie de pueblo de veraneo muy religioso a orillas de un lago en algún lugar del norte del estado. Nos alojamos en una mansión victoriana con galerías alrededor de las cuatro fachadas en la planta baja y en el primer piso. Y todas las casas de la comunidad eran así: victorianas con galerías lóbregas y cúpulas y mecedoras en las galerías. Y cada casa era de un color distinto. ¿Te suena algo de todo esto? ¿No? La gente iba de un lado al otro en bicicleta. Cada mañana empezaba con la bendición del desayuno en el comedor de la comunidad. Cada tarde todos cantaban a coro alegremente al son de los banjos de una banda formada por hombres con canotiers y chaquetas de rayas rojas y blancas. *Down by the Old Mill Stream. Heart of My Heart. You Are My Sunshine.* A los niños nos mantenían entretenidos — carreras de sacos, talleres para aprender a tejer con rafia y esculpir en jabón— y a la orilla del lago el camión de bomberos de la comunidad tenía la boca del cañón de riego apuntada al cielo para que pudiéramos corretear bajo la lluvia de agua gritando y riendo. Cada tarde, al empezar a ponerse el sol más allá de los montes, venía un vapor de palas por el lago haciendo sonar sirenas y silbatos. Por las noches había conciertos o charlas sobre temas de interés. Todo el mundo era feliz. Todo el mundo era amable. Era imposible dar dos pasos sin que te saludaran con amplias sonrisas. Y te aseguro que en mi corta vida nunca había pasado más miedo. Porque ¿qué finalidad tenía un sitio como ése si no era la de convencer a la gente de que así sería el cielo? ¿Qué finalidad si no la de ofrecer una idea de los goces de la vida eterna? A esa edad yo aún creía que existía el cielo... aún me imaginaba pasando la eternidad acompañado de aquellos músicos, con sus banjos, sus *canotiers* y sus chaquetas de rayas, aún pensaba que algún día podría quedarme entre aquellos imbéciles felices rezando y cantando y dejándome instruir en temas de interés. Y encima veía a mis propios padres abrazar esa existencia horrendamente exenta de problemas, esa vida de felicidad continua e inexorable, a fin de inculcarme una vida de virtud. Homer, fue ese aciago verano cuando comprendí que nuestros padres defraudarían inevitablemente todas las expectativas que yo había puesto en ellos, y me juré una cosa: haría lo que fuese con tal de no ir al cielo. Sólo cuando, al cabo de unos años, me quedó claro que el cielo no existía, me quité esa pesada carga de encima. ¿Por qué te cuento todo esto? Te lo cuento porque ser hombre en este mundo es afrontar una cruda realidad de circunstancias atroces, saber que sólo existen la vida y la muerte y tormentos humanos tan diversos como para desconcertar a cualquier personaje de la índole de Dios. Y eso se confirma aquí, ¿o no? ¿Ver a los hermanos Collyer atados, desvalidos y humillados por un vulgar patán? Éste es uno de los sermones mudos de la propia vida, ¿o no? Y si al final resulta que Dios existe, deberíamos darle las gracias por recordarnos Su horrenda creación y disipar cualquier esperanza residual que pudiéramos albergar ante una vida futura de fatua felicidad en Su presencia.

Langley siempre supo levantarme el ánimo en mis horas bajas.

Muy bien, dije, entonces esto es sólo un problema más que resolver. Pongámonos a ello.

Estábamos atados a las sillas Shaker con el respaldo de barrotes y asientos de mimbre elegidas por mi madre para acompañar la gran mesa rústica que Vincent había usado como cama, lo que en sí mismo, cuando me detuve a pensarlo, me pareció un ultraje. Era inútil forcejear con la cuerda de tendadero enmarañada y anudada en torno a nuestros brazos y entre los barrotes del respaldo. Pero yo había notado que las patas de mi silla se tambaleaban un poco cuando me movía de un lado al otro. Estas sillas son más viejas que nosotros, dije.

En efecto, convino Langley. Contaré, y a la de tres, lánzate hacia la izquierda. Nos caeremos. Cuidado con la cabeza.

Y eso hicimos: nos impulsamos a un lado, y cuando fuimos a parar al suelo, el respaldo de mi silla se rompió y de pronto la cuerda se aflojó lo suficiente para permitirme contorsionarme y desprenderme de los lazos y desatar a Langley.

La realización de esta maniobra fue motivo de gran satisfacción. Tambaleantes, nos pusimos en pie, nos sacudimos el polvo y nos estrechamos la mano.

Esto sucedió a principios de otoño de ese año. Como aún hacía buen tiempo, para disfrutar de nuestra liberación salimos a sentarnos en el banco de la acera de enfrente, bajo el viejo árbol del parque cuyas ramas se extendían por encima de la tapia. Nos sentimos a gusto allí fuera. Incluso los gases de un autobús que pasó por la Quinta Avenida olían bien. Oí los trinos de un pájaro, luego a alguien que paseaba un perro, un perro grande a juzgar por el repicar de sus patas en la acera. Me recliné en el banco y levanté la cara hacia el cielo. Nunca la vida normal y corriente al aire libre me había parecido tan deliciosa.

Langley evaluó el estado de nuestra casa. Los dinteles de las ventanas del primer piso, dijo. Desportillados aquí y allá. Y la cornisa, faltan trozos enteros. No sé desde cuándo está así. Y hay una especie de nido inmundo embutido en una de las brechas. Bueno, ¿y por qué no unos pájaros?, dijo. Hemos acogido ya al mundo entero. Criadas ladronas, agentes del gobierno, familias delictivas, esposas.

Sólo una esposa, corregí.

Con una basta.

Hablamos de la posibilidad de acudir a la policía, pero naturalmente eso nunca lo haríamos. Autonomía, dijo Langley, citando al gran filósofo norteamericano Ralph Waldo Emerson. No necesitamos la ayuda de nadie. Nos callaremos. Y nos defenderemos. Debemos plantar cara al mundo: no somos libres si es a costa del sufrimiento ajeno.

Y allí nos quedamos durante un rato, abstraídos en reflexiones filosóficas, y dejamos que se diluyera la conmoción de la experiencia en la cálida tarde otoñal, con Central Park a nuestras espaldas y la imagen de su sereno mundo verde y natural llenando mi mente.

Cuando estábamos atados a las sillas, Vincent había arrugado un par de billetes de cien y se los había echado a Langley a los pies, como a un mendigo. Me pareció que dimos buen uso al dinero encargando a una carpintería pesados postigos de tablillas a

medida para las ventanas de la fachada. Langley los hizo pintar de negro. También instalamos en la puerta de la calle unas abrazaderas de acero y un pasador transversal de diez por cinco centímetros. Eso nos induciría a preguntar quién era antes de abrir la puerta.

Pero al parecer los postigos entrañaron algún significado para los profesionales del sector inmobiliario. Los agentes se sintieron atraídos por nuestra casa como pájaros por un comedero. Sus llamadas a la puerta y sus saludos presuntuosamente alegres pasaron a ser el pan de cada día. En su mayor parte eran mujeres. Y cuando dejamos de abrir la puerta, les dio por echar sus tarjetas y folletos por la ranura del correo. Y un día alguien, quizás una de esas agentes inmobiliarias, intentó ponerse en contacto con nosotros por teléfono y, al encontrarse con que el número comunicaba permanentemente, notificó el hecho a la compañía telefónica. Así que se presentaron unos técnicos de la compañía, y una vez más nos aporrearon la puerta y nosotros contestamos a gritos que no queríamos saber nada. Desde el día que Langley arrancó el teléfono, ninguno de los dos habíamos sentido la necesidad de volver a conectarlo. Y pese a que la compañía telefónica debía de estar ya al corriente por su departamento técnico de que el aparato se hallaba fuera de servicio, nos mandaban cartas amenazándonos con la desconexión si no pagábamos los crecientes recibos atrasados. Langley les escribió una nota de agradecimiento, comunicándoles que ya estábamos desconectados, pero al final tuvimos que vérnoslas con una agencia de cobro a morosos, la primera de varias en representación de acreedores contra quienes las batallas de Langley alcanzarían cierta notoriedad.

Mi hermano y yo deliberamos. Él había entendido mi desasosiego por la perpetua oscuridad de la casa. Cualquiera habría pensado que eso no me importaba, pero yo tendía a sentirme atraído por las habitaciones traseras, cuyas ventanas aún dejaban entrar la luz. Distinguía la claridad del día de la oscuridad por la diferencia de temperatura o incluso el olor, siendo el de la oscuridad uno y el de la luz otro. Así que no estaba del todo contento con nuestra autonomía. A mi Aeolian tampoco le gustaba la oscuridad, pues su calidad tonal pareció cambiar, siendo ahora más apagada, menos declarativa, como si la penumbra lo sofocase.

Así pues, entre unas cosas y otras, al final abrimos los postigos y, durante un tiempo, nuestras ventanas volverían a dar al mundo.

• • •

Langley puso su punto de mira en mí y decidió que se me veía fofo. Te estás reblandeciendo, Homer, y eso trae malas consecuencias para la salud. Desenterró el tándem de los Hoshiyama con la cámara pinchada y lo fijó a un bastidor que mantenía las ruedas por encima del suelo para que yo pudiera pedalear sin ir a ninguna parte. Y cada mañana dábamos un enérgico paseo: primero por la Quinta

Avenida, luego de regreso por Madison Avenue y, para rematar, dábamos una vuelta a la manzana. Por supuesto, eso fue sólo el principio de su campaña. Había traído una revista nudista que defendía con fervor los regímenes de salud radicales. La intención no era que acabáramos yendo por ahí sin ropa; se trataba de que, por ejemplo, las vitaminas, de la A a la E, en grandes dosis, reforzadas con hierbas medicinales y cierto fruto seco que se cultivaba únicamente en Mongolia, no sólo garantizaban una larga vida, sino que incluso invertían estados patológicos como el cáncer y la ceguera. Así que ahora, en el desayuno, me encontraba en la mesa, además del habitual cuenco de avena viscosa, puñados de cápsulas y frutos secos y hojas molidas de tal o cual planta, que yo ingería obedientemente sin ningún efecto perceptible que yo pudiera discernir.

Debo añadir que no me pasaba nada —me encontraba bien, de hecho mejor que nunca—, y no me molestaba en absoluto el ejercicio, pero como no quería herir los sentimientos de mi hermano, le seguía la corriente en sus delirios dietéticos. Por otro lado, me conmovía su interés por mi bienestar. En cierto modo me complació verme convertido en uno de sus proyectos.

Entre los objetos coleccionados por él con que me había tropezado en el gran salón, había un bajo relieve de una cabeza femenina, colgado de un clavo en la pared. Era como un camafeo enorme. Palpé sus facciones, la nariz, la frente, la barbilla, las hondas del cabello, y me produjo un placer táctil deslizar los dedos por aquella media cara prominente, pese a saber que la pieza no poseía gran valor, que era quizás una reproducción de algo expuesto en algún museo. Pero Langley me había visto, y debió de ser entonces cuando se sintió impulsado a hacer algo por mi penosa privación como persona para quien las bellas artes eran inaccesibles.

Primero trajo de sus andanzas unas miniaturas *netsuke* en marfil de parejas orientales haciendo el amor. Eran de las mismas dimensiones que las miniaturas en marfil que habían dejado en casa los Hoshiyama, pero éstas, ni aún buscándolas, las habríamos encontrado. Me invitó a palpar esas diminutas representaciones de la dicha sexual y a imaginar las complicadas posturas adoptadas por las minúsculas parejas de amantes ajenos a todo. También había máscaras de escayola alisada de criaturas parisinas y temibles deidades africanas talladas en madera, que había encontrado en algún mercadillo o subasta. Fue así como lo que llamé el Museo de Bellas Artes de Langley empezó a diferenciarse del resto del mundo inanimado con el que, a lo largo de los años, habíamos acabado conviviendo. E inicié entonces un curso de apreciación artística táctil. Pero aquello no era arte por amor al arte: Langley había estudiado la anatomía y la patología del ojo en la biblioteca médica de nuestro padre. Los conos y los bastones son lo que permiten ver al ojo, me explicó. Son la base de todo. Y si un condenado lagarto es capaz de desarrollar una cola nueva, ¿por qué un ser humano no va a poder desarrollar conos y bastones nuevos?

Así que, al igual que los frutos secos mongoles del desayuno, el curso de apreciación artística era una manera de devolverme la vista. Es la táctica del uno dos,

dijo Langley. Reconstituyentes herbales desde dentro y preparación física desde fuera. Tú ya tienes el material para los conos y bastones y preparas tu cuerpo para que los desarrolle a partir de las puntas de los dedos.

Yo sabía que de poco habría servido protestar. Cada mañana entornaba los ojos de cara a la luz del sol para ver si las cosas habían cambiado. Y cada mañana Langley esperaba mi informe. Era siempre el mismo.

Llegados a un punto empecé a irritarme. Langley me aconsejó paciencia: Llevará su tiempo, dijo.

Dedicó una semana a la pintura de dedos, esos tubitos de tinte pastoso que usan los niños, y me obligó a embadurnar hojas de papel para averiguar si era capaz de aprender a distinguir los colores por el tacto. No fui capaz, por supuesto. Me sentí degradado por ese ejercicio. En otra de sus ideas, me hizo ir de un lado al otro de la casa y deslizar las manos por los cuadros que yo recordaba de cuando aún veía: caballos por el camino de herradura de Central Park; un clíper en el mar durante una tempestad; el retrato de mi padre; el retrato de la tía abuela de mi madre que había cruzado el Sudán en camello sin ninguna razón, que se supiera. Y así sucesivamente. Lo peor de esta tarea asignada era acercarme a las paredes. En dos ocasiones tropecé y me caí. Langley tuvo que apartar trastos, quitarlos del medio. Yo conocía cada cuadro por su ubicación, pero visualizarlos por el tacto ya era otra cosa; sólo percibía pinceladas y polvo.

Nada de aquello tenía mucho sentido para mí. Empezaba a agobiarme. De pronto un día Langley abrió la puerta para recibir una entrega de material artístico: lienzos tensados en bastidores de distintos tamaños, un enorme caballete de madera y cajas de pinturas al óleo y pinceles. Y ahora yo tenía que tocar el piano mientras él pintaba lo que oía. La teoría era que su pintura sería un acto de traducción. Yo no debía tocar piezas; debía improvisar, y el lienzo resultante sería la traducción a un lenguaje visual de lo que yo había vertido en forma de sonidos. Se suponía que, una vez seca la pintura, en un destello sináptico de conciencia, yo vería el sonido, u oiría la pintura, y los conos y bastones empezarían a germinar y resplandecer de vida.

Me planteé la posibilidad de que mi hermano no estuviese en su sano juicio. Deseé con toda mi alma que volviese a sus periódicos. Toqué hasta dejarme la piel. Desde que había perdido la vista nunca me habían pesado tanto mis carencias, ni me había sentido tan incompleto como en esos momentos. Cuanto más se esforzaba Langley por mejorar mi situación, tanto más consciente era yo de mi discapacidad. Así que toqué y toqué.

Debería haber sabido que después de iniciarse en el arte por mí, Langley se convertiría en un artista aficionado obsesivo y dejaría de lado por completo el objetivo de mi recuperación. Si algo conocía bien, era a mi hermano. Sólo tenía que esperar. Para sus composiciones, no se limitó a la pintura al óleo, sino que incorporó al lienzo todo aquello que le pedía el alma. Objetos encontrados, los llamaba, y para encontrarlos le bastaba con mirar alrededor, siendo nuestra casa la fuente de las

plumas de ave, las cuerdas, los rollos de tela, los pequeños juguetes, los fragmentos de cristal, los trozos de madera, los titulares de periódicos y todo lo que en algún momento lo inspiró. Se suponía que creaba obras lo más táctiles posible en atención a mí, pero en realidad era porque el efecto dimensional le complacía. Transgredir las normas le complacía. Al fin y al cabo, ¿por qué tenía que ser plano un cuadro? Me colocaba un lienzo delante para que lo tocara. Cuál es el tema, preguntaba yo, y él contestaba: No hay tema, esta pieza no representa nada. Es lo que es en sí misma, y eso basta.

Cómo agradecía esos días en que Langley medio olvidaba la razón que lo había impulsado a pintar. Lo oía ante su caballete, fumando y tosiendo, y olía el humo de su tabaco y sus óleos, y volvía a sentirme como el de antes. Por algún motivo, esos episodios en los que me obligaba a improvisar al piano habían despertado en mí la sensación de que tenía posibilidades como compositor, así que empecé a improvisar a partir de distintas formas musicales: reelaboraba estudios, baladas, sonatinas e, incapaz de anotarlas, me las grababa en la memoria. Langley, en la otra habitación, comprendió qué me traía entre manos, porque salió a la calle y trajo un magnetófono de alambre, y luego, más adelante, un par de aparatos más desarrollados que grababan en cinta, con lo que podía oírme e introducir cambios, y concebir nuevos temas y grabarlos antes de que se me fueran de la cabeza, y tuve la impresión de que ninguno de los dos hermanos Collyer había sido antes tan feliz como en esos tiempos.

Los lienzos que mi hermano pintó en esa época están apoyados contra las paredes, algunos en el gabinete de mi padre, otros en el vestíbulo, otros en el comedor con el Modelo T. Algunos los colgó en la pared de la escalera del primer y segundo piso. Aún después de tanto tiempo huelo los óleos. Mis grabaciones están en algún rincón de la casa, enterradas bajo Dios sabe qué. Mi paso por la composición tenía los días contados, al igual que la vida de Langley como pintor; así y todo, sería interesante, si pudiera buscar esas cintas, esas bobinas de alambre, oír lo que hice. Imagino una maraña de cintas desenrolladas en medio de todo lo demás, y encima no sabría dónde buscar los aparatos para escucharlas. Y finalmente mi oído... mi oído ya no es lo que era, como si también este sentido empezara a retirarse al reino de mis ojos. Doy gracias por tener esta máquina de escribir, y las resmas de papel junto a la silla, ahora que el mundo se me ha ido cerrando lentamente, con la intención de dejarme sólo la conciencia.

Pero mencionaré aquí el último cuadro de Langley, el último antes de volver a concentrarse en sus periódicos. Se inspiró no en el primer vuelo de los astronautas a la luna, sino en sus viajes posteriores. Me obligó a tocarlo. Percibí una superficie arenosa con piedras incrustadas y cráteres en relieve formados con algo parecido a un adhesivo epoxídico rociado de arena. Me pregunté si había vuelto al arte representativo, porque me dio la impresión de que, al tacto, se parecía mucho a cómo sería la luna si me agachase a tocarla. Pero era un lienzo enorme, el mayor que había hecho, y al desplazar la mano por encima, encontré adherido a la superficie una

especie de palo, y al recorrer el palo con la mano, noté que se estrechaba y de pronto se doblaba en ángulo recto, terminando en un trozo de metal. Qué es esto, pregunté, parece un palo de golf. Eso es, contestó Langley. En otras partes del lienzo había pegado pequeños libros por el lomo, tres o cuatro de distintos tamaños, y algunas hojas, endurecidas con la cola, sobresalían como si las agitase el viento. ¿Hay viento en la luna?, pregunté. Lo hay ahora, respondió mi hermano.

Este cuadro de la luna no me pareció muy bueno: no me costó mucho visualizarlo, ése era el problema. Quizá Langley se dio cuenta de que era un fracaso, porque fue el último que hizo. O tal vez fueron esos paseos lunares de nuestros astronautas lo que indujo a Langley a abandonar la pintura por considerarla insuficiente para su rabia. ¿Te das cuenta del mal gusto, lanzar pelotas de golf en la luna?, dijo. ¿Y ese otro, que leyó la Biblia al universo mientras daba vueltas por el espacio? Todas las blasfemias están incluidas en esos dos actos, dijo. El uno de una irreverencia absurda; el otro de una presunción absurda.

Yo por mi parte me quedé atónito, y le dije: Langley, esto es casi inimaginable, ir a la luna, es como un sueño, es asombroso. Yo les perdonaría cualquier cosa a esos astronautas.

Él no se atuvo a razones. Te diré qué es lo bueno de esta aventura espacial, Homer. Lo bueno es que la Tierra está acabada, o si no ¿para qué íbamos a hacer esto? La especie tiene la gran percepción subliminal de que vamos a volar por los aires el planeta con nuestras guerras nucleares y debemos prepararnos para abandonarlo. Lo malo es que si en efecto nos vamos de la tierra, contaminaremos el resto del universo con nuestras carencias morales.

En ese caso, dije, ¿qué será de tu periódico eterno y siempre al día?

Tienes razón, respondió, debo dejar espacio para una nueva categoría: el avance tecnológico.

Pero los avances tecnológicos se suceden unos a otros: ¿cuál los representaría a todos?

Ay, hermano mío, ¿es que no lo ves? El avance tecnológico definitivo será huir del lío que hemos armado. Después de ése no habrá ningún otro porque reproduciremos todo lo que hemos hecho en la tierra, repetiremos la secuencia entera en alguna otra parte, y la gente leerá mi diario como una profecía y sabrá que después de haber dejado un planeta, será capaz de destruir otro tan tranquila.

Me acuerdo ahora de aquella historia de Quasimodo, el jorobado de Notre Dame, ese pobre deficiente y lo mucho que amaba a una chica hermosa y, en su angustiada pasión, hacía sonar las grandes campanas de la catedral. En mi anhelo de una amante me preguntaba si ése era yo. ¿O podía yo, a pesar de todo, encontrar a una mujer que se interesara en mí por algún don de su espíritu amoroso? La modelo que tenía en mente para esta persona era Mary Elizabeth Riordan, mi alumna de piano de antaño. De hecho, era la propia Mary Elizabeth Riordan a quien deseaba. Yo había conservado mis sentimientos hacia ella tal como uno conserva un objeto valioso

oculto en una caja. En mis fantasías imaginaba que algún día volvería con nosotros siendo ya una mujer adulta, receptiva ahora a la historia de mi cortejo tímido y hasta ese momento imperceptible. Se debió a una cruel coincidencia o maligna alineación de fuerzas espirituales que, en el mismo momento en que yo pensaba en Mary, ella nos escribiera por primera vez en muchos años.

Langley trajo su carta del vestíbulo. Había llegado entre el habitual fajo de facturas, cartas de advertencia de abogados y avisos del Departamento de la Vivienda que el cartero, muy consideradamente, siempre sujetaba con una goma elástica. Fíjate, dijo Langley. Un sello del Congo belga. ¿Quién es la Hna. M. E. Riordan?

Dios mío, exclamé, ¿será mi alumna de piano?

Su largo silencio quedaba explicado: había tomado el hábito, era hermana de alguna honrosa orden. ¡Era monja! Estimados amigos: Sé que debería haberles escrito antes, la oí decir con la voz de Langley, pero confío en que me perdonen.

¿Estimados amigos? ¿Qué había sido del tío Homer y el tío Langley? La gente no sólo tomaba el hábito, sino que también contraía hábitos nuevos. Le pedí a Langley que volviera a leer la carta. Estimados amigos: Sé que debería haberles escrito antes, pero confío en que me perdonen y recen por esta pobre gente a la que tengo el privilegio de servir.

Explicaba que en su orden las hermanas eran misioneras, iban a los rincones del mundo donde había más miseria y sufrimiento y vivían entre la gente y cuidaban de ella.

Estoy en un país empobrecido y asolado por la sequía, viviendo en una aldea entre los pobres y los oprimidos, escribió. Precisamente la semana pasada aparecieron tropas del ejército y mataron a varios de los hombres de la aldea sin ningún motivo. Estas gentes son pobres campesinos que arrancan sus cosechas de una ladera abrupta y rocosa. Están aquí conmigo dos de mis hermanas. Proporcionamos tantos alimentos, medicinas y consuelo como podemos. Vivo mi trabajo como una bendición de Dios. Lo único que echo de menos es un piano y ruego al Señor que me perdone esta flaqueza. Pero a veces a última hora del día, cuando la aldea celebra una de sus ceremonias, la gente saca sus tambores y canta, y yo canto con ellos.

Le pedí a Langley que me leyera la carta varios días seguidos. Intentaba aclimatarme. Los niños están desnutridos, escribió, y contraen muchas enfermedades. Pretendemos abrir una pequeña escuela para ellos. Aquí nadie sabe leer. Pregunto a mi Dios por qué en algunos lugares la gente puede ser tan pobre, desdichada e ignorante y, sin embargo, amar a Jesús con una pureza muy superior a lo que sería posible en Nueva York, una ciudad ahora mismo tan remota, tan ajena, esa enorme ciudad donde me crié.

Me avergüenza admitirlo pero, con la noticia de lo que Mary Elizabeth Riordan había hecho de su vida, me sentí traicionado. Centraba su pasión en otros, incontables otros; era una pasión repartida, un amor por todas y cada una de las personas de este mundo, mientras que yo quería que lo depositara sólo en mí. ¿Había pensado en mí

alguna vez a lo largo de esos años? Mi necesidad era equiparable a la de cualquier indigente quebrantado del Congo. Y si era tal la falta de fe en Nueva York, ¿qué mejor lugar para una misionera?

La hermana había adjuntado una fotografía suya y de unos niños pequeños delante de lo que parecía la iglesia de la aldea. No es mucho más que una choza de piedra con una cruz encima de la puerta, dijo Langley. Y se la ve distinta.

¿Cómo?

Ésta es una mujer madura. Tal vez sea porque lleva un sombrero de paja. Se le ven sólo el nacimiento del pelo y la cara. Está más gorda de cómo la recuerdo.

Bien, dije.

Tampoco es la carta de una muchacha. Aquí habla una mujer adulta. ¿Qué edad crees que tendrá?

No quiero saberlo, dije.

Más de cincuenta, diría yo. Pero ¿no te parece interesante que una persona poseída de tan monstruosa fantasía religiosa —convencida de que lleva a cabo la obra del Señor— lleve a cabo la obra que el Señor llevaría a cabo si existiese un Señor?

Yo no podía adoptar un punto de vista tan filosófico como el de Langley sobre la vida que mi amada había elegido. No me extenderé aquí con los detalles sobre las lascivas proposiciones de mi imaginación, las maliciosas seducciones que concebía por las noches a partir de mis recuerdos de su silueta esbelta, los recatados indicios de su figura en los sencillos vestidos que llevaba, o el contacto de su mano en mi brazo cuando nos dirigíamos a pie al cine donde ella me contaba lo que ocurría en la pantalla. Ahora besaba los labios y los ojos que había reseguído con las yemas de mis dedos, y desprendía el tirante del vestido en el hombro que había rozado el mío mientras estábamos sentados los dos al piano. Eso sucedió unas cuantas noches, ella con su tímido consentimiento y yo, con suavidad pero con firmeza, enseñándole a descubrir su placer y velando por la concepción de nuestro hijo. Qué triste verme reducido a estos recursos hasta que mi angustia se disipó en su propia inutilidad y la imagen táctil de lo que había sido Mary Elizabeth Riordan se esfumó de mi mente.

No sé qué sintió Langley en realidad al leer la carta. Él habría preferido esconderse detrás de alguna ocurrencia filosófica a revelar el amor que pudiera conservar aún por esa chica. No era propio de mi hermano identificarse con Quasimodo. Pero resultó que la siguiente etapa de nuestras vidas dio lugar a una sociabilidad rara en nosotros, rayana en la irreflexión por parte de ambos, ya que abrimos nuestra casa a la extraña raza de ciudadanos que empezaba a brotar por todo el país. Si había un asomo de resentimiento en lo que hicimos, si pretendíamos alejarnos lo máximo posible de la santidad de Mary Elizabeth Riordan, desheredándola en nuestras mentes y entregándonos a la realidad endemoniada mediante la búsqueda de un reemplazo de ella, no éramos conscientes.

Por supuesto, el hecho de que acabase de estallar otra guerra deplorable bastaba para despojarme de toda inhibición residual que pudiera quedarme. ¿Era este país, a

fin de cuentas, tan corriente como cualquier otro? En ese momento de mi vida yo estaba tan cerca en espíritu de la desesperación filosófica de Langley como nunca antes.

Lo que pasó fue que se celebró una concentración pacifista en Central Park, en el Great Lawn, y se nos ocurrió ir a echar un vistazo. Ya oíamos el bullicio mucho antes de llegar allí, palpitándome en los oídos el sonido de la voz ronca ampliada por el megáfono pese a no distinguirse las palabras, y luego los vítores, un sonido no amplificado más chato y difuso, como si el orador y el público estuviesen en espacios distintos: la cima de una montaña, quizá, y un valle. Y de nuevo la oratoria desdibujada, una o dos frases, y de nuevo los vítores. Estábamos a primeros de octubre de ese año, una tarde cálida, con una luz otoñal que yo sentía en la cara. Dirás que lo que sentía era el calor del sol, pero era la luz. Se posaba en mis párpados, era la luz dorada del sol bajo propio de las postrimerías del año.

Nos quedamos en la periferia de la muchedumbre y escuchamos a un grupo de música *folk* interpretar una canción en ferviente alabanza de la paz con la ingenuidad voluntaria que acompaña a esa clase de música. El público coreó el estribillo, y ahí se acabó el acto; a modo de conclusión, siguió una salva de vítores y la gente empezó a desfilar ante nosotros de camino a las salidas del parque.

No todo el mundo estaba dispuesto a dar por terminado el acontecimiento, entre ellos Langley. Deambulamos entre los grupos sentados en la hierba, o en tumbonas, o en mantas, y me asombró oír a mi hermano cruzar comentarios jocosos con desconocidos. Me invadió un extraño sentimiento de camaradería. Los Collyer, reclusos, separatistas por principio, y allí estábamos, dos más entre tantísima gente. Y no recuerdo bien cómo sucedió, pero unos jóvenes nos acogieron en su compañía, y como lo uno lleva a lo otro, pronto nos encontramos allí sentados con ellos en el Great Lawn, echando tragos de sus botellas de vino e inhalando el aroma acre y sutil de sus cigarrillos de marihuana.

Más tarde comprendí que fue nuestra indumentaria, nuestra conducta, a lo que respondieron esos niños. Llevábamos el pelo largo, Langley recogido en una cola de caballo, y a mí me caía a los lados de la cabeza hasta los hombros. Y nuestra vestimenta era informal hasta el punto del abandono. Íbamos con nuestras botas y Levi's viejos, las camisas de faena y los jerséis agujereados debajo de chaquetas gastadas y rotas por los codos que Langley había encontrado en un mercadillo, y esas prendas convencieron a nuestros amigos de que compartíamos su forma de vida.

Cuando oscureció, llegó la policía con sus coches patrulla hasta la misma hierba, haciendo sonar las sirenas con un gruñido grave, instando a la gente a levantarse, ordenándonos que nos dispersáramos. Nuestros nuevos amigos dieron por sentado que debían venir a casa y nosotros ni siquiera nos molestamos en expresar nuestro consentimiento, ya que eso no habría estado en consonancia. Era como si —sin conocer a ninguno de ellos ni cuál de ellos se correspondía con qué nombre— nos hubiésemos enrolado en una fraternidad relajada y compleja, una sociedad avanzada,

donde las normas habituales de decoro eran «carcas». Ésta era una de sus palabras. Otra era «apalancarse», refiriéndose, como sabría después, a hospedarse con nosotros. Se nos había distinguido con un honor, por así decirlo, ésa fue mi sensación, como vi que era también la de Langley. Y cuando esos niños —fueron cinco quienes se separaron del grupo mayor y subieron por la escalinata de nuestra casa, dos chicos y tres chicas— vieron el almacén de preciadas adquisiciones que contenía, se conmovieron de manera indescriptible. Escuché su silencio y me pareció propio de una iglesia. En la tenue luz del comedor, permanecieron en actitud reverente contemplando el Modelo T con las ruedas deshinchadas, envuelto en las telarañas acumuladas durante años como si alguien, jugando a hacer cunas con un hilo, hubiera confeccionado una intrincada red alrededor, y una de las chicas, Lissy —con la que yo establecería un lazo—, dijo: ¡Guau!, y yo, después de excederme con aquel vino malo suyo, me planteé la posibilidad que mi hermano y yo nos hubiéramos convertido, *ipso facto*, sin comerlo ni beberlo, en profetas de una nueva era.

Tardé un día o dos en distinguir a unos de otros. Aunque los llamo niños, no lo eran, claro está. Tenían dieciocho o diecinueve años por término medio, y uno en concreto, JoJo, el barbudo y recio, había cumplido ya los veintitrés, si bien su edad no le confería una posición de privilegio. A decir verdad, era el más infantil de todos, un individuo proclive a las payasadas y absurdos cuentos chinos sin la menor credibilidad. JoJo sólo se ponía serio cuando se sentaba a fumar, inducido por la marihuana a un estado de ánimo filosófico. Su tema era la fraternidad. Llamaba «macho» a todo el mundo, al margen del sexo. Cuando te ofrecía una calada y la rechazabas, era como si le infligieras una herida mortal. Jo, macho, decía, su dolor inexpresable, jo, macho. A diferencia de Connor, el otro varón, no parecía unido sentimentalmente a ninguna de las chicas, quizá debido a su peso. Yo había conocido a personajes como él en el colegio, chicos que, dado el amplio ruedo de su cintura, preferían ser simples amigos de las damas. Pero fue JoJo quien, llegado el día, trabajó como un estibador para embalar los periódicos de Langley y, con arreglo a las instrucciones de Langley, abrió caminos laberínticos entre esos fardos que semejaban bloques compactos.

Connor, o Con, hablaba con monosílabos y, por lo que pude inferir, era una figura cadavérica de cuello largo y gafas de culo de botella. No llevaba camisa, sino sólo una cazadora vaquera abierta sobre el torso lampiño. Se pasaba el día dibujando tiras cómicas en las que los pies de los hombres y los pechos y traseros de las mujeres aparecían sobremanera exagerados. Langley me dijo que las tiras eran bastante buenas a su espantosa manera. Un pelín surrealistas, añadió. Daba la impresión de que eran una loa a la vida entendida como sueño lascivo. Pregunté a Connor qué se proponía con sus dibujos. No sé, contestó. Estaba muy ocupado, siempre en el hueco que se había despejado en un rincón de la sala de música, instalado en un antiguo pupitre que mi madre me compró cuando yo aún era pequeño para ir al colegio de verdad.

Dos de las chicas —Alba y Ocaso eran los nombres elegidos por ellas— rondaban en torno a Connor, obnubiladas por las aventuras obscenas de sus personajes. Él las había tomado a ellas como modelos para sus mujeres pechugonas, claro está. Un día Langley me anunció que Connor nos había incorporado también a nosotros a sus tiras cómicas. Ay, la crueldad del arte que devora el mundo y a cuantos viven en él, dijo. Cómo nos dibuja, pregunté. ¿Qué hacemos? Somos viejos verdes de pelo canoso, con las cabezas pequeñas y los ojos protuberantes y los dientes salidos y las piernas más anchas en los tobillos y unos zapatos enormes en los pies, explicó Langley. Nos gusta bailar con el dedo índice apuntando al cielo. Pellizcamos el trasero a las mujeres y las sostenemos en el aire cabeza abajo, con los vestidos colgando del revés y las piernas al descubierto. Qué perspicacia la suya, comenté. Voy a comprar esas tiras cuando las termine, afirmó Langley. Algún día los museos pujarán por ellas.

Langley me dijo que Alba y Ocaso eran simpáticas pero, por lo que se refería a la cabeza, no daban mucho de sí. Llevaban faldas largas con botas, y cazadoras con flecos, y cintas en el pelo y pulseras con cuentas. Eran más altas que Connor y casi parecían hermanas, sólo que se teñían el pelo de colores distintos, rubio en un caso, castaño rojizo en el otro. Al principio, pensé que habían establecido cierta rivalidad por él que no se rebajarían a reconocer. Pero no era así ni mucho menos. Conforme al espíritu de la época, lo compartían, y él se dejaba compartir diligentemente y se acostaba con las dos por turno, como se hace, cabe imaginar, en toda familia polígama y practicante a diario. Todo ello era audiblemente obvio después de retirarme, cuando, tendido en mi cama en el piso de arriba, los oía dale que te pego en la habitación del sótano, donde habían decidido acomodarse.

Nunca supe de dónde procedían, ni quiénes eran sus familias, salvo en el caso de Lissy, que me dijo que se crio en San Francisco. Me los representaba a todos por sus voces y sus pasos, y quizá incluso por el volumen del aire que desplazaban. La más lista era Lissy. Casi siempre era a ella a quien se le ocurría qué uso podían dar a lo que encontraba revolviendo por la casa. Descubrió el maniquí enterrado bajo otras cosas en la sala de diario y durante medio día las tres chicas fueron diseñadoras de moda, cortando y arreglando algunos de los viejos vestidos de noche de nuestra madre sacados del armario de su habitación. No me importó. Lissy era una criatura menuda, de pelo corto y rizado, y el vestido que lucía le llegaba hasta los tobillos. Se lo había hecho ella misma, me dijo con su voz dulcemente cascada, y lo había teñido, haciendo nudos previamente, de colores amarillo, rosa y rojo. ¿Sabes a qué color me refiero cuando lo menciono?, me preguntó. Le aseguré que sí.

En total, se quedaron a vivir con nosotros un mes entero, esos *hippies*. Entraban y salían de la casa sin una pauta discernible. Se marchaban a un concierto de rock-and-roll y no volvían hasta pasados un par de días. Se ponían a trabajar en cualquier cosa, ganaban unos dólares, abandonaban el empleo hasta que se les acababa el dinero y luego buscaban otro. Durante un breve periodo, por alguna influencia astrológica, todos se iban a trabajar por la mañana —Lissy, de dependienta en una librería, y Alba

y Ocaso de camareras en un restaurante, los chicos como vendedores telefónicos para una agencia de seguros— y volvían por la noche, como si fuéramos una típica familia burguesa «carca». Esa peculiar conjunción astral se prolongó casi una semana.

Deduje, por el hecho de que otros como ellos se quedaban alguna que otra vez a dormir, que había corrido la voz y formábamos parte de una red de casas a modo de albergues, o «chabolos», donde la gente podía descansar los huesos por una noche. Pero estaba seguro de que el nuestro era el único «chabolo» en la parte alta de la Quinta Avenida, lo que nos confería cierta distinción.

Viviendo como vivían, estos chicos eran críticos más radicales de la sociedad que los pacifistas o defensores de los derechos civiles que tanta atención recibían en la prensa. No tenían la menor intención de mejorar las cosas. Sencillamente habían rechazado la cultura en su totalidad. Si asistieron a la concentración pacifista en el parque, fue porque allí había música y era agradable sentarse en la hierba y beber vino y fumar sus canutos. Eran nómadas que habían elegido la pobreza y, en su juventud e inconsciencia, no se detenían a pensar en la venganza que la sociedad les infligiría con el tiempo. Langley y yo podríamos habérselo explicado. Habían visto nuestra casa como un Templo de la Disidencia, y la habían hecho suya, así que aun cuando les hubiésemos dicho, Fijaos en nosotros, fijaos en lo que podríais llegar a ser, no habría significado nada para ellos.

En realidad, esa gente nos halagaba tanto y nos tenía tan cautivados que nunca les habríamos dicho nada para disuadirlos o desalentarlos. Cualquiera habría pensado que Langley se subiría por las paredes al verlos instalados como en su casa. A las horas de comer invadían la cocina —Alba y Ocaso preparaban grandes guisos de verduras, porque, claro está, ninguno de ellos comía carne— y dormían allí donde encontraban un hueco. Podían ocupar simultáneamente todos los cuartos de baño de la casa, pero nos resultaban interesantes, permanecíamos atentos a su dicción como padres de niños que aprenden a hablar, y nos informábamos sin falta el uno al otro cuando surgía una palabra o expresión que no habíamos oído antes. «Tener morro» era una expresión utilizada para reprochar a alguien su desfachatez o descaro. No debía confundirse con lo que tienen algunos animales a modo de boca. «Empalmado» se empleaba para referirse a un estado de excitación, un curioso término del ámbito de la electricidad, me pareció, en esos vegetarianos amantes de la naturaleza.

Un día llegó de sus andanzas JoJo, el gordo, con una guitarra eléctrica y un altavoz. De pronto unos sonidos espantosos y ensordecedores reverberaron en toda la casa. Por suerte, en ese momento yo estaba arriba. JoJo tañía un acorde atronador y, mientras se extinguía, cantaba el verso de una canción y se reía; luego tañía otro vacilante acorde y cantaba otro verso, y se reía. Al cabo de un tiempo me acostumbré a la guitarra de JoJo; él sabía que no era músico, lo hacía a modo de juego, un capricho del que él mismo se burlaba a la vez que lo practicaba con entusiasmo. Un día me la puso en las manos, la guitarra. Las cuerdas parecían más bien cables y estaban extendidas a lo largo de un trozo de madera maciza en forma de coche con

alerones. No se me habría ocurrido considerarlo un instrumento musical. Sus sonidos me recordaban a esos artistas de vodevil de antes que tocaban una sierra flexionándola de tal modo o de tal otro y deslizado sobre ella un arco de violín.

Una de las canciones mal cantadas de JoJo me intrigó. Empezaba así: «Buenos días, cucharilla de té». Langley y yo la comentamos. En su opinión, reflejaba la soledad del autor, que se dirigía irónicamente a los cubiertos del desayuno. Discrepé. Dije que el autor se dirigía sencillamente a una amante, diminuta, cabía pensar, al despertar a su lado por la mañana, y que «cucharilla de té» era un apelativo cariñoso.

Para entonces yo había desarrollado cierto afecto por la pequeña Lissy. Siempre que desaparecía durante un día o dos, descubría que esperaba con impaciencia su regreso. Era la más locuaz de todos, sin duda la más atractiva, y el hecho de que yo fuese invidente le despertaba curiosidad, en tanto que los demás se limitaban a tratarme con deferencia. Una mañana, al coincidir ambos en la cocina, tropezó conmigo porque había decidido mantener los ojos cerrados desde el momento de despertarse. No está tan mal, eh que no, dijo. Bueno, ya sé que puedo abrir los ojos cuando quiera y tú no, pero ahora mismo tú ves mejor que yo, ¿no es así? Dije que sí, porque mis otras facultades eran una especie de recompensa. Y mientras sosteníamos esta conversación, le puse un vaso de zumo de naranja en la mano, y ella ahogó una exclamación.

Los experimentos en invidencia de Lissy nos acercaron. Ella palpaba mis facciones, tocándome la frente, la nariz, la boca con sus manos pequeñas, y al mismo tiempo yo recorría su cara con los dedos. Qué encantadora era, con los ojos cerrados, apartando la cabeza como quien reconstruye en su mente la imagen creada con sus manos. Supongamos que esto es lo que hace la gente en lugar de besarse, le dije. Como si fuésemos isleños aislados del resto del mundo. Y en ese instante sentí el contacto de sus labios en los míos. Se puso de puntillas para llegar a mí y yo la sujeté por la cintura y deslicé las manos por su espalda y sentí la carne bajo el fino vestido.

No diré que me enamorase de la joven Lissy perdidamente y en el acto. Sí, fue como si me desprendiese de mi edad, pero en todo momento tuve conciencia de la transgresión, como si me aprovechara no de la generosidad de la chica, sino de la cultura de la que procedía, porque ella no era ni mucho menos virginal; demostró claramente su experiencia y total soltura al encaramarse a mí como un gato buscando un hueco donde acurrucarse.

Llegados a este punto, no tiene ningún sentido adornar las cosas. Me remito a las palabras textuales de uno de nuestros poetas: «¿Por qué no contar lo que ocurrió?». Si alguien llega a leer esto y extrae una pobre opinión de mí... Jacqueline, si lo lees tú, lo comprenderás, lo sé, pero si alguna otra persona se horroriza, ¿a mí qué más me da? De todos modos me dirijo hacia un anonimato anulador.

Para mí, el único suspense era cuánto tiempo tendría que escuchar la cháchara de Lissy en el camino hacia lo inevitable. Ella creía que los árboles tenían sensibilidad. Pensaba que la gente podía encontrar respuesta a sus problemas o incluso conocer su

destino consultando un libro chino de la sabiduría que ella llevaba en su mochila. Lanzabas unos palos y su disposición te indicaba a qué página acudir. Pero en tu caso da igual, Homer; puedes abrir el libro por cualquier página y señalar con el dedo, dijo. Así que eso hice, y ella me leyó el pasaje que yo había señalado: Dios mío, exclamó, lo siento, Homer, «complicaciones en el futuro». Nada que yo no supiera, le dije. Luego me leyó de una novela en la que un alemán bajo la enardecedora influencia de Buda erraba buscando la iluminación. No le dije lo gracioso que me parecía. La propia Lissy era budista sólo en el sentido de que sentía una admiración nostálgica y romántica por todo aquel que lo era. En su caso, se trataba más bien de una susceptibilidad generalizada ante todo lo oriental. A mí me fascinaba su voz dulcemente cascada. Casi se veían los pequeños paquetes de sonido marchar por sus cuerdas vocales uno tras otro, algunos como chirridos, otros cayendo en el registro de contralto.

Le dio por lavarme los pies antes de que yo me retirase a mi habitación, lo que ella explicaba era una antigua costumbre de los pueblos del desierto en Oriente Próximo: judíos, cristianos o quien fuera. Ella quería hacerlo y, por tanto, yo se lo permití, pese a que me violentaba. Yo sabía que mis pies distaban mucho de ser mi mejor rasgo, y como siempre me ha costado cortarme las uñas, un proceso arduo y a veces doloroso, lo hago con menor frecuencia de lo que debiera. Pero esto a Lissy no pareció importarle; encontró un cuenco de acero de la abuela Robileaux y lo llenó de agua caliente; hundió una toalla de manos en el agua y la extendió sobre mis pies, y luego la puso debajo, levantándome cada pie por el talón y lavándome las plantas, y no pude menos que reconocer que no era desagradable. Se trataba claramente de un lavado ceremonial más que de algo con utilidad práctica. Aquellos jóvenes tenían diversas ceremonias de su ecléctico agrado, la ceremonia de fumar, de beber, de escuchar música, de mantener relaciones sexuales. Sus vidas constituían una ceremonia detrás de otra, y como persona que se había dejado arrastrar por el tiempo, incapaz de apartarse de su corriente, yo estaba dispuesto a aprender ese arte que en ellos parecía innato.

Una noche, después de lavarme los pies, Lissy se quedó conmigo en la habitación. Su propuesta de meditar juntos fue lo que nos llevó a hacer el amor. En esta casa no había ningún sitio apto para sentarse en la posición del loto. Ningún hueco en el que no hubiese apilada una montaña de cosas. Mi dormitorio... en realidad ni siquiera mi dormitorio, lleno como estaba de los inevitables montones de periódicos, libros, cachivaches, con sólo un estrechísimo pasillo..., no mi dormitorio, pues, sino mi cama, una cama de matrimonio que yo había conseguido mantener sacrosanta, era la única plataforma adecuada para pensar en nada. Ya que eso era lo que teníamos que hacer, según Lissy. Yo soy incapaz de pensar en nada, le dije. Lo más que puedo hacer es pensar en mí mismo pensando. Chist, Homer, dijo. Chist. Y cuando susurró mi nombre, alabado sea Dios, el amor brotó en mí como el llanto caliente de un alma que ha encontrado la salvación.

Manteniendo sus brazos rectos y en alto para que yo pudiera quitarle el vestido, salió de su crisálida, esa menudencia trémula de muchacha. Sus hombros estrechos, sus pezones como semillas en el pecho exiguo. Y la cintura alargada, y un trasero pequeño en forma de pera en las palmas de mis manos. Entregaba su pequeño don al mundo, Lissy, con su fe pueril en ideas que eran un misterio para ella. Me guiaba.

Después, la estreché entre mis brazos y ahí se produjo un momento de confusión mental, un extraño paso en falso del mismísimo tiempo, porque sucumbí brevemente a la ilusión de que era a la hermana Mary Elizabeth Riordan a quien abrazaba.

No sé por qué no pude disfrutar sin más de la bendición de esa criatura cautivadoramente chiflada, la experiencia de tenerla, tan poco buscada, sin darle más vueltas. Decidí, por el contrario, torturarme entre sus brazos pensando en la momentánea ilusión de haber poseído a mi alumna de piano. Necesitaba hablar de ello con Langley. Pensaba que me había purgado de todo sentimiento residual por Mary Elizabeth Riordan; al fin y al cabo, se había metamorfoseado, era una hermana de cincuenta años acreditada. Así que yo había degradado a dos criaturas queridas simultáneamente, violando a una en espíritu y utilizando a la otra con ese fin. Para mí, no fue un consuelo que Lissy no concediera la menor importancia a lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Estaba, a su edad, en la actitud exploratoria propia de su cultura. Pero yo me sentía muy abatido, ya que sobre todo me había degradado a mí mismo, naturalmente. Me constaba que Langley también se había enamorado de nuestra alumna de piano en aquel tiempo lejano. Quería saber qué pensaba. Nunca habíamos hablado de esas cosas. Mi ánimo me empujaba a la confesión. ¿Sabía alguien qué era el amor? ¿Podía existir el amor no consumado sin la fantasía carnal? ¿Podía sobrevivir como un amor sin recompensa, sin premio? Sin duda yo había disfrutado la ofrenda del cuerpo de Lissy. ¿Qué amaba uno, pues, aparte del género, si una criatura adorable podía ocupar el lugar de otra?

Pero no parecía presentarse el momento oportuno para sostener esta conversación con mi hermano. Había demasiado ajeteo. Como he dicho, además del grupo original que conocimos en el parque, entraban y salían camaradas ocupas, y alguna vez se dio el caso de que tropezaba con alguien de cuya presencia no tenía conocimiento. O bien oía risas o parloteo en otra habitación y me sentía como un invitado en casa ajena. Langley me había sorprendido acogiendo a estas personas y mostrándoles una generosidad impropia de él. Y ellos respondieron adoptando su forma de vida cotidiana, acólitos de su Ministerio. Incluso al dibujante con gafas de culo de botella, Connor, le gustaba traer de la calle objetos que, según pensaba, gustarían a Langley. Todos parecían entender su afán adquisitivo como un sistema de valores. Yo tenía la relativa certeza de que no se había enredado con ninguna chica; dirigir a esos jóvenes parecía su manera de relacionarse con ellos; podrían haber sido niños carteristas en Londres, y él Fagin. Durante muchos años su único público había sido yo. Ahora era un gurú adoptivo. ¡Cómo lo jalearon cuando arrancó de una patada el contador de agua del sótano!

Había momentos en que se armaba un gran barullo cuando alguien metía ruidosamente por la puerta de la calle algún objeto. El propio Langley había descubierto la zona del Bowery donde se vendía mobiliario de restaurante de segunda mano en las aceras, y para poner fin a nuestro endeudamiento con la compañía del gas, compró un fogón de queroseno portátil con dos quemadores, retirando así la descomunal cocina de gas de ocho quemadores en la que antiguamente guisaba la abuela Robileaux. Langley estaba dispuesto a arriesgarse a morir de asfixia con tal de derrotar a la compañía del gas. También trajo juegos de loza y platos, tazones y diversos utensilios como palas de servir: esto a fin de proporcionar a nuestros invitados todo aquello que necesitasen para preparar nuestras comidas comunitarias. Y la guitarra eléctrica de JoJo había inspirado nuevas adquisiciones, altavoces, micrófonos y consolas de grabación, decía Langley, consciente de que yo no era precisamente un admirador de los sonidos electrónicos, que aquéllos eran objetos que podríamos alquilar, habida cuenta de que, según se desprendía de las secciones de espectáculos de los periódicos, el número de aspirantes a músico que querían tocar la guitarra eléctrica aumentaba exponencialmente día a día. Se acabó el *Swing and Sway* con Sammy Kaye, me dijo. Se acabaron Horace Heidt and His Musical Knights. Ha llegado la hora de los músicos electrificados que se ponen nombres existencialistas y arrastran públicos multitudinarios integrados por personas un poco más jóvenes que quieren también salir y menear la pelvis y gritar y tañer su música ensordecedora ante estadios llenos de idiotas.

Así que, como venía diciendo, nunca encontré el momento oportuno para coger a Langley por banda y someter a su consideración mi alicaída aportación a su Teoría de los Reemplazos. Compréndelo, él presuponía el paso de las generaciones, y mi idea, en cambio, se basaba en la lateralidad. Si lo que importaba era la forma universal de la Chica Amada, y si cada chica amada sólo era una expresión particular de lo universal, cualquiera de ellas servía por igual y podía reemplazar a otra conforme lo exigiera nuestra naturaleza de moral deficiente. Y siendo así, ¿cómo podía aleccionármeme para amar a alguien durante toda una vida?

Lissy, repito, no sufrió en modo alguno mi duplicidad. No hizo preguntas, no mostró especial curiosidad en cuanto a mi vida pasada, excepto por la novedad de mi invidencia. Hicimos el amor una o dos veces más y luego me quedó muy claro que mi cama, uno de los espacios más deseables de nuestra casa, le interesaba más como lugar donde dormir. Durante un tiempo seguimos meditando o, tal como yo lo veía, sentándonos juntos en silencio, y un día trajo de sus andanzas unos medicamentos homeopáticos en previsión de la inminente temporada de gripe, dijo, y poniéndome unos viales en las manos, me dio un beso en la mejilla. Éramos amigos, y si se había acostado conmigo, en fin, eso era lo que hacían los amigos.

Y ahora empezaba a hacer frío, ¿era ya noviembre? No me acuerdo. Pero esa gente no toleraba el invierno. En primer lugar, carecían del vigor necesario, su existencia marginal exigía un clima benigno, un calor uniforme y constante en el que

poder sobrevivir con el mínimo esfuerzo. Se aprovisionaron de parte del material del ejército que aún quedaba por ahí tirado —Lissy encontró una guerrera que le llegaba hasta las rodillas—, y supe, pues, que pronto, como cualquier otra bandada de aves migratorias, alzarían el vuelo y se irían.

Supuse que fue ante la perspectiva de su inminente marcha que prepararon una gran cena para todos. Por alguna razón el vestíbulo estaba menos atestado de objetos que cualquier otra habitación, así que nuestros *hippies* desenterraron nuestros candelabros y palmatorias, y echaron mano de nuestras existencias de velas, de las que teníamos muchas y de distintas clases, incluidos vasos de cristal con cera que Langley había encontrado en una tienda del Lower East Side, y éstos los dispusieron en el suelo, emulando una mesa, y colocaron cojines traídos de toda la casa para acomodar nuestros traseros, y nos invitaron a sentarnos a Langley y a mí, cosa que hicimos no sin esfuerzo, con las piernas cruzadas, como pachás, mientras los huéspedes entraban con comida y vino. Por lo visto, todos habían participado en aquello, aportando cada uno su especialidad, champiñones salteados, fuentes de ensalada y sopa de verduras, *fondue* con picatostes y alcachofas al vapor, y ostras, y almejas hervidas en cerveza —supuse que ésa fue la aportación de JoJo— y queso curado y vino tinto, y repostería y cigarrillos de marihuana de postre. Lo habían pagado todo ellos y fue una manera de expresar su agradecimiento, y fue muy conmovedor. Langley y yo fumamos porros por primera y última vez en nuestras vidas, y conservo un recuerdo un poco borroso del resto de la velada, salvo por el hecho de que Alba y Ocaso parecieron descubrir mi existencia en fecha tan tardía, y se acercaron y se sentaron junto a mí y me abrazaron y nos reímos juntos, y encontraron gracioso por alguna razón que yo estrechara sus opulentos bustos contra mi pecho y apoyara la cabeza en el hueco de sus cuellos. Brindamos, y si no me equivoco dedicamos un momento solemne a la memoria de los tres grandes hombres asesinados en el transcurso de la década. También me gusta creer que en el transcurso de la velada Lissy se interpuso quizá con la intención de tenerme para sí, porque fue ella quien me llevó al final a mi habitación, guiándome por la escalera —yo estaba totalmente colocado, habían pasado de la marihuana al hachís, una droga algo más potente—, y se tumbó a mi lado en mi cama, donde tuve una visión: unos veleros navegando que parecían grabados en una bandeja de peltre. Dije: Lissy, ¿tú ves los barcos? Y acercó su sien a la mía, y en ese momento los barcos parecieron repujados en una lámina de oro, y ella dijo: Guau, son preciosos, guau.

Recuerdo esos momentos con absoluta claridad, pese al poco control que tenía de mi mente. Desde entonces nunca he tomado, o no le he «dado», a ninguna de esas drogas, para no alterar el poco nivel de conciencia que me queda. Pero es indiscutible que aquellos momentos tuvieron su misteriosa nitidez. Debí de adormilarme, pero al despertar encontré a Lissy abrazada a mí, y la camisa humedecida por sus lágrimas. Le pregunté por qué lloraba, pero no contestó, se limitó a negar con la cabeza. ¿Se debía a que yo era un viejo y se sentía abrumada por la lástima? ¿Se había dado

cuenta por fin del ruinoso estado de la casa? No supe a qué venía aquello, y llegué a la conclusión de que era sólo la sobrecarga emocional de una mente bajo los efectos de un colocón. La abracé y así nos dormimos.

Pero aún faltaban unos días para el éxodo. Yo estaba sentado al piano —era por la noche, creo que tocaba el lento y elegíaco movimiento del Número Veinte de Mozart —, cuando otros sonidos empezaron a inmiscuirse y poco a poco se definieron como voces, y procedían de toda la casa. Al parecer, se había ido la luz. En un primer momento pensé que Langley había fundido algo —siendo una de sus misiones a largo plazo más sagradas derrotar a la compañía eléctrica, Consolidated Edison—, pero en realidad fue un apagón en toda la ciudad, y fue como si hubiese vuelto un tiempo previo a la civilización para dar significado a lo que es la noche. Curiosamente, cuando nuestros ocupas miraron por la ventana y comprendieron el alcance de la avería, todos quisieron verlo: manifestaron a voz en grito que deseaban salir y dejarse asombrar por la ciudad a la luz de la luna. Yo me planteé la posibilidad de que esos plomos municipales fundidos sí fuesen, finalmente, resultado de las manipulaciones de Langley, y me eché a reír. ¡Langley!, lo llamé. ¡Qué has hecho!

Él se hallaba arriba en su habitación y tenía tantos problemas como los demás para llegar a la puerta de la calle. Fue el hermano ciego quien lo organizó todo, ordenándoles que no se moviesen, que se quedasen quietos donde estaban hasta que yo fuese a buscarlos. Nadie habría podido encontrar una vela; para entonces, nadie sabía dónde había velas ni vasos de cera, las posibilidades de encontrar una en la negrura de la casa eran nulas, consignadas como estaban a nuestro reino de escombros igual que todo lo demás.

En ese momento de nuestras vidas la casa era un laberinto de peligrosos caminos, erizados de obstáculos y callejones sin salida. Con luz suficiente, uno podía recorrer los zigzagueantes pasadizos entre los fardos de periódicos, o deslizarse de medio lado entre las pilas de material de un tipo u otro —entrañas de pianos, motores envueltos en su cableado eléctrico, cajas de herramientas, cuadros, planchas de automóvil, neumáticos, sillas amontonadas, mesas encima de mesas, cabezales de cama, toneles, pilas desmoronadas de libros, lámparas antiguas, piezas desmontadas de los muebles de nuestros padres, alfombras enrolladas, montañas de ropa, bicicletas—, pero se requerían las dotes naturales de un ciego capaz de percibir la posición de los objetos por el aire que desplazaban para llegar de una habitación a otra sin matarse en el intento. Así las cosas, tropecé en varias ocasiones, y una vez me caí y me hice daño en un codo, mientras localizaba a la gente empezando desde lo alto de la casa, pidiéndoles que me llamaran, uno por uno, a medida que descendía y diciéndoles que se sujetaran a mí, como vagones a una locomotora. Y de hecho resultó que me lo pasé en grande como inventor de ese tren humano que serpenteaba por la residencia de los Collyer, todos riendo o prorrumpiendo en alaridos de dolor al golpearse las rodillas o tropezar. Y conforme se enganchaban nuevas personas, cada vez costaba más tirar del tren; era evidente que se habían instalado allí más amigos *hippies* de los que yo sabía.

Por supuesto, Lissy fue la primera que encontré y sentí sus manos en mi cintura a la vez que oía su risa. ¡Qué chulada!, exclamó. Luego decidió que teníamos todo lo imprescindible para bailar la conga; ignoro cómo conocía un baile que pasó de moda antes de nacer ella. Pero allí estaba, empeñada en aleccionarnos, a mí y a todos los que venían detrás, en ese un dos tres con un contoneo de cadera, seguido de un ¡pumba!, extendiendo la pierna hacia fuera, lo que naturalmente sembró un caos aún mayor cuando los demás lo intentaron. Oí a Langley al final de la fila, y él también se divertía; fue increíble oír la risa resollante de mi hermano, realmente increíble. Y todo eso fue posible gracias a la oscuridad —la oscuridad de ellos, no la mía—, y cuando llegué al vestíbulo y descorrí el pasador de diez por cinco y abrí la puerta, pasaron todos por mi lado como pájaros al salir de la jaula, y creo que fue el beso de Lissy el que sentí en la mejilla, aunque podría haber sido de Alba u Ocaso, y percibí el aire tonificante de la noche y me detuve en lo alto de la escalinata e inhalé la fragancia a tierra del parque, sazónada con el sabor metálico del claro de luna, y oí sus risas mientras cruzaban la calle a todo correr y entraban en el parque, todos, incluido mi hermano, aunque él volvería, los demás no, ya nunca más, sus risas se apagarían entre los árboles, porque eso fue lo último que me llegó de ellos, se habían ido.

Los eché de menos, por supuesto, eché de menos lo mucho que nos valoraban, si es que puede decirse así. Envidiaba sus vidas inseguras. Costaba saber si su vagabundeo se debía a la inconsciencia de la juventud o tenía sus raíces en una disidencia inarticulada pero basada en unos principios. Era una ola cultural lo que los había levantado, sin duda; la guerra de Vietnam por sí sola no podía explicar aquello, y ninguno de ellos podría haber tenido mayor iniciativa que dejarse arrastrar por esa ola. Así y todo, en esta casa, ahora sumida en un silencio sepulcral, sentí de pronto que mi verdadera edad me reclamaba. Tener a toda esa gente alrededor me había llevado a comprender que nuestra habitual reclusión adolecía de carencias. Cuando se fueron y nos quedamos solos una vez más mi hermano y yo, se me cayó el alma a los pies. Volvíamos a ser los mismos seres atribulados de antes, con el mundo exterior en pugna con nosotros como si hubiese retirado a sus embajadores.

• • •

Las complicaciones empezaron con aquel fogón de queroseno que había traído Langley. Se prendió una mañana mientras él preparaba nuestras tortillas. Yo estaba sentado a la mesa de la cocina y oí una pequeña explosión, como un bufido. Naturalmente, habíamos acumulado varios extintores de distintas clases y marcas a lo largo de los años, pero el que estaba en la cocina fue de poca utilidad; supongo que con el tiempo pierden potencia. Me fue dando un parte simultáneo de lo que ocurría con tono de controlado apremio, Langley: que la espuma del extintor bastaba apenas

para apagar el fuego provisionalmente pero el fogón seguía humeando. Yo lo olía. Lo envolvió con paños de cocina y lo lanzó al jardín trasero por la puerta.

Con eso pareció resolverse el problema. Yo adiviné que mi hermano estaba abochornado por el sigilo con que cerró la puerta, y no dije nada mientras tomábamos un desayuno frío.

No había pasado ni una hora cuando oí sirenas. Estaba sentado al Aeolian y no les di mayor importancia; en la ciudad se oían sirenas de bomberos y ambulancias día y noche. Busqué las notas de la sirena en el piano —un *la* deslizándose hacia un *si* bemol y de nuevo un *la*—, pero el sonido se acercó y se apagó con un lento gruñido, al parecer justo delante de casa. Violentos golpes en la puerta, grandes voces: ¿Dónde es? ¿Dónde es?, a la vez que una horda de bomberos entraba atropelladamente, apartándome de un empujón, maldiciendo mientras intentaba abrirse paso hacia la cocina y arrastrando la manguera, con la que tropecé, y Langley vociferaba: ¿Qué hacen en esta casa? ¡Largo de aquí! Los habían llamado los vecinos de la casa de piedra rojiza contigua, cuyo jardín lindaba con el nuestro. Durante todos esos años nunca los habíamos visto ni habíamos hablado con ellos, no sabíamos nada de ellos salvo que eran los presuntos autores de una carta anónima depositada en nuestro buzón para protestar por nuestros bailes con merienda muchos años antes. Y ahora habían avisado que se veía fuego en nuestro jardín trasero, cosa que resultó ser cierta. Por qué se mete esa gente donde no la llaman, masculló Langley mientras la manguera, conectada ya a la boca de riego junto al bordillo delante de casa, palpitaba entre el laberinto de periódicos empaquetados y se sacudía azotando en las sillas plegadas y las mesas de caballete, derribando lámparas de pie, lienzos apilados, y mientras los bomberos, desde la puerta de atrás, apuntaban la boca de la manguera hacia las pilas humeantes de tablones, los neumáticos usados y los diversos muebles, una cómoda sin patas, un somier, dos tumbonas de madera y otros objetos allí almacenados en espera de que algún día les encontrásemos una utilidad.

Langley insistiría más tarde en que los bomberos se habían excedido, pese a que el olor a humo flotaría en el aire durante semanas. Cuando se presentó un inspector del Departamento de Bomberos, examinó los escombros humeantes y anunció que nos llegaría una citación y muy probablemente nos multarían por almacenamiento ilegal de material inflamable en un barrio residencial. Langley contestó que en tal caso demandaríamos al Departamento de Bomberos por destrucción de la propiedad. Las botas de sus hombres han dejado un reguero de barro en nuestro suelo, protestó, la puerta trasera de la cocina está desgoznada, han pasado por aquí como vándalos, y prueba de ello son esos jarrones rotos, estas lámparas, y fíjese en estos valiosos libros empapados e hinchados por los escapes de la maldita manguera.

En fin, señor... Collyer se llama, ¿no? Yo diría que no es un precio demasiado alto por conservar una morada donde vivir.

El inspector, que me pareció un hombre inteligente de cierta edad —había empleado la palabra «morada», palabra de uso poco frecuente en una conversación

normal—, sin duda había echado un vistazo alrededor, fijándose en todo, si bien no dijo nada, y debió de informar sobre lo que había visto en nuestras habitaciones, ya que al cabo de una semana poco más o menos recibimos una carta certificada del Departamento de Sanidad solicitando una cita con la intención de evaluar el estado interior de... y aquí indicaban nuestra casa por sus señas.

Por supuesto ni nos molestamos en responder a la carta, pero teníamos una palpable sensación de merma de la libertad. Bastó con que personas provistas de credenciales oficiales albergasen ciertas intenciones con respecto a nosotros. Creo que fue por esas fechas cuando Langley encargó todos los libros de la carrera de derecho a una universidad del Medio Oeste que ofrecía el título de abogado por correspondencia. Cuando llegaron los libros —en una caja de embalaje—, no sólo estábamos en el punto de mira del Departamento de Sanidad, sino también en el de una agencia de cobro a morosos que actuaba en representación de la Compañía Telefónica de Nueva York, en la de los abogados de Consolidated Edison por haber causado daños materiales en bienes de su propiedad —supongo que se referían al contador eléctrico del sótano, un irritante cacharro cuyo zumbido habíamos acallado a golpes de martillo— y en la del Dime Savings Bank, que había heredado nuestra hipoteca y sostenía que, por el impago de las cuotas, nos enfrentábamos a la ejecución del bien, y además el cementerio de Woodlawn la había tomado con nosotros porque en algún momento nos habíamos olvidado de pagar las facturas por el cuidado de la tumba de nuestros padres. Y eso no era todo: llegaron otras cartas por la ranura del correo cuyo contenido ahora mismo no recuerdo. Pero por algún motivo fue la factura del cementerio lo que más llamó la atención a mi hermano. Homer, dijo, ¿se te ocurre que puede haber alguien más degenerado que esa gente que vive de la muerte hasta el punto de cobrar un buen dinero por cortar un poco la hierba en torno a una lápida? Al fin y al cabo, ¿a quién le importa el aspecto de las tumbas? No a los ocupantes, desde luego. Menudo engaño, esto es pura irreverencia, el cuidado profesional de los muertos. Por mí, que el cementerio entero vuelva a su estado silvestre de antes, tal como era en los tiempos de los indios *manhattan*, y que haya una necrópolis de piedras ladeadas y ángeles caídos medio ocultos en el bosque norteamericano. Y eso para mí sí sería una verdadera demostración de respeto por los muertos, eso sería un reconocimiento sagrado, por medio de la belleza, del horrendo sistema de la vida y la muerte.

Se me ocurrió la idea de clasificar por orden de prioridades nuestros problemas como paso previo para resolverlos, y consideré que la hipoteca ocupaba el primer lugar en la agenda. Necesité Dios y ayuda para obligar a Langley a sentarse y repasar nuestra situación económica. Opinaba que, prestando atención a esas cuestiones, uno incurría en el servilismo. Pero cuando me leyó los libros de contabilidad, vi que disponíamos de fondos suficientes para liquidar la hipoteca. Hagámoslo y quitémonos a esa gente de encima, propuse, y ya nunca más tendremos que preocuparnos por eso.

Si cancelamos el condenado préstamo, perderemos la deducción en la tributación

federal, dijo Langley.

Pero no nos beneficiamos de esa deducción si no pagamos las cuotas, aduje. Lo único que recibimos son sanciones superiores a la deducción. Y por qué hablamos de tributación si nosotros no pagamos impuestos.

A eso respondió con algo referente a la guerra, aunque luego se fue por las ramas y no sé bien si soy capaz de reproducirlo todo con precisión. Tenía que ver con las sociedades primitivas que funcionan de mil maravillas sin dinero, a lo que siguió un discurso sobre la usura empresarial, y luego arrancó a cantar: «Los bancos son de mármol, / cada uno con su cancerbero, / y en sus cámaras guardan la plata / que se embolsan con el sudor del minero». La voz de barítono desafinada y ronca de Langley era un instrumento de innegable fuerza. Yo no me reí ni hice comentario alguno sobre esos caprichos genéticos de la vida por los que el talento musical podía otorgarse íntegramente a un solo hermano, a saber, yo. Sí expresé mi curiosidad por saber qué tenían que ver los mineros con todo aquello. Homer, contestó, te recuerdo la procedencia de nuestro apellido. ¿Acaso no se dedicaron nuestros antepasados paternos a excavar en las entrañas de la tierra? ¿No eran mineros del carbón? ¿Collyer no viene acaso de «*collier*», minero del carbón?

Pronto pasamos a hablar de otros apellidos coincidentes con nombres de oficios —Baker («panadero»), Cooper («tonelero»), Farmer («granjero»), Miller («molinero»)— y a reflexionar sobre los vaivenes de su historia, y ahí acabó la sesión en torno a nuestros asuntos económicos.

Finalmente Langley me dio la razón y accedió a cancelar la hipoteca, pero para entonces éramos famosos en toda la ciudad, y los periodistas le siguieron hasta el banco, y también un fotógrafo del *Daily News*, que ganaría un Premio *Pulitzer* por su retrato de Langley en la Quinta Avenida con un sombrero plano de ala corta, un abrigo raído largo hasta los tobillos, un chal que se había confeccionado mediante un saco de arpillera y zapatillas de andar por casa.

Debo decir en defensa de mi hermano que tenía muchas cosas en la cabeza. Ése fue un periodo de una conducta humana atroz; por ejemplo, la explosión de una bomba en la iglesia baptista del sur, un atentado que segó la vida de cuatro niñas negras durante una clase de catequesis. La noticia lo dejó consternado; como ves, había momentos en que su cinismo se venía abajo y su corazón quedaba al descubierto. Pero la monstruosidad de lo sucedido le reveló otra categoría más de acontecimientos seminales para su periódico definitivo: el asesinato de inocentes, y no sólo el de esas niñas, sino también la muerte a tiros de estudiantes universitarios, y la matanza de jóvenes que ayudaban a registrarse a los votantes, todo en ese mismo periodo atroz. Y luego, naturalmente, tuvo que crear una carpeta para los asesinatos políticos —de esos tuvimos tres o cuatro—, y quizás otra para la detención multitudinaria de centenares de manifestantes en un corral al aire libre en Washington. No sabía si debía incluir ese suceso en la categoría de conducta policial caracterizada por el golpe de porra en la cabeza, como se aplicó a los manifestantes

pacifistas en otras ciudades, o si era algo distinto.

El periódico soñado por Langley no podía ser un simple reportaje, su edición única para todos los tiempos exigía una descripción extremadamente categórica de nuestras tendencias habituales como especie. Así que para él representaba un gran problema organizativo extraer de los diarios de años y años los episodios clave y las clases de actividades que son atemporales.

Se vería puesto a prueba en los años posteriores: un día me habló del suicidio colectivo de novecientas personas que vivían en un pequeño país de Suramérica del que yo no había oído hablar. Eran norteamericanos que habían huido allí para vivir en cabañas dispuestas en hileras, presentadas por su líder como un paraíso comunista ideal. Habían ensayado el suicidio tomándose un líquido rojo inocuo en lugar de veneno, pero llegada la hora, cuando su líder anunció que ya no podían tolerar más la represión del mundo exterior, no dudaron en ingerir el verdadero. Ni uno solo de los novecientos. Pregunté a Langley: ¿Dónde catalogas este suceso? Contestó que en un primer momento había pensado asignarlo a Moda, como cuando de golpe todo el mundo viste ropa del nuevo color. O cuando de repente una misma palabra está en boca de todo el mundo. Pero al final, dijo, lo he incluido en una carpeta de asuntos pendientes con los titulares de sucesos únicos. Deberá quedarse ahí en espera de que aparezca otro episodio de comportamiento demencial y autodestructivo. Como sospecho que ocurrirá, añadió.

La falta de ética presidencial en esa época fue otro apartado para su carpeta condicional. No podía considerarse seminal hasta que otro presidente subvirtiera la Constitución que había jurado defender. Pero tiempo al tiempo, dijo.

Un día mi hermano apareció con sus periódicos matutinos y, sin mediar palabra, se acercó a las ventanas y empezó a cerrar los postigos y a echar los pestillos. Oí los sucesivos golpes de los postigos contra los marcos al encajar como puertas macizas y vi alejarse de mis ojos la pátina de oscuridad algo más clara. El aire de la casa se enfrió. Un extraño sonido ahogado brotó de la garganta de mi hermano que, como tardé en comprender, fue su esfuerzo por no venirse abajo.

Una sensación espantosa, una opresión en el pecho, me impulsó a levantarme de la banqueta del piano. ¿Qué pasa?, pregunté.

Me lo leyó: En una remota aldea de Centroamérica habían sido hallados en tumbas poco profundas los cadáveres de cuatro monjas norteamericanas. Las habían violado y matado a tiros. Sus nombres aún no habían sido facilitados.

No quise creer lo que ya sabía. Insistí en que, sin los nombres, no podíamos saber con certeza que Mary Elizabeth Riordan era una de las monjas.

Langley subió al piso de arriba a buscar la cajita de hojalata donde guardábamos sus cartas. Ella nos había escrito de vez en cuando conforme su orden la trasladaba de una parte a otra del mundo: había ido de un país africano a otro, y luego a países del sur de Asia, y pasados unos años, a aldeas de Centroamérica. Las cartas eran siempre iguales allí donde estuviera, como si realizase una gira mundial por la miseria y la

muerte. Estimados amigos: Estoy en este pequeño país desposeído y dividido por una guerra civil. Precisamente la semana pasada unos soldados llegaron y se llevaron a varios hombres de la aldea y los mataron por su respaldo a la insurgencia. No eran más que pobres campesinos que intentaban dar de comer a sus familias. Ahora sólo quedan ancianos, mujeres y niños. Gritan en sueños. Me acompañan tres de mis hermanas. Les proporcionamos todo el consuelo que nos es posible.

La carta había sido escrita pocos meses antes desde la misma aldea mencionada en el periódico.

Yo no soy religioso. Recé para pedir perdón por haber sentido celos de su vocación, por haberla deseado, por haberla ultrajado en mis sueños. Pero en realidad debo reconocer que, aturdido como estaba por el terrible destino de la hermana, no fui del todo capaz de relacionarlo con mi alumna de piano Mary Elizabeth Riordan. Incluso ahora percibo su limpio aroma cuando nos sentábamos juntos en la banqueta del piano. Puedo evocarlo a voluntad. Ella me habla en susurros al oído mientras, noche tras noche, desfilan las imágenes en movimiento: Ahora una graciosa persecución en la que las personas se caen de los coches..., aquí viene el héroe a galope tendido... los bomberos se deslizan por la barra de descenso... y aquí (siento su mano en el hombro) los amantes se abrazan y se miran a los ojos y el rótulo dice... «Te quiero».

Tras unos días de silencio en la casa, dije a Langley: Esto es el martirio, así es el martirio.

¿Por qué?, preguntó Langley. ¿Porque eran monjas? El martirio es una invención religiosa. Si no lo es, ¿por qué no dices que las cuatro niñas asesinadas en su clase de catequesis en Birmingham son mártires?

Me detuve a pensarlo. Vi la posibilidad de que la hermana hubiese perdonado a su agresor y le hubiese tocado la cara con dos dedos mientras él acercaba el arma a su sien.

Hay una diferencia, dije. Las monjas se exponían al peligro por sus creencias religiosas. Sabían que había una guerra civil, que unos salvajes armados rondaban por ese territorio.

¡Pedazo de idiota!, exclamó Langley. ¿Quién te crees que les dio las armas? ¡Ésos son nuestros salvajes!

Pero ahora no sé cuándo ocurrió todo esto exactamente. O bien mi mente está volviéndose sobre sí misma y sus recuerdos empiezan a borrarse, o por fin he comprendido la profecía del periódico atemporal de Langley.

Nuestros postigos no volvieron a abrirse nunca más. Langley acordó con el quiosco donde compraba sus periódicos que se los entregasen en la puerta de casa. Las primeras ediciones de la prensa matutina llegaban a eso de las once de la noche. Los diarios vespertinos los dejaban ante nuestra puerta a las tres de la tarde. Y las pocas veces que Langley salía, era siempre de noche. Hacía la compra en una pequeña tienda de ultramarinos que había abierto a unas pocas manzanas al norte y

vendía pan del día anterior. Se empeñó en ser cliente de esa tienda, incluso en comprar más de lo que necesitábamos, porque un periódico gratuito del barrio que informaba sobre recepciones en las embajadas, y pases de modelos, y entrevistaba a interioristas, publicó que el dueño de la tienda era hispano. ¡Cielos!, gritó Langley, ¡Sálvese quien pueda, ya están aquí!

Cierto es que aquello presagiaba cambios en la ciudad —la lenta y casi imperceptible subida de las aguas de una marea desde el norte—, pero a nuestros vecinos les bastaba una pequeña tienda de ultramarinos, o un par de caras negras en la calle, para llevarse las manos a la cabeza. Y cómo no, mi hermano y yo, inevitablemente, fuimos considerados la Causa Primera: eran los Collyer quienes, como si se tratase de algo innato, habían fomentado ese desastre. Toda animadversión dirigida a nosotros desde el incendio en el jardín trasero —no: venía creciendo desde los tiempos de nuestros bailes con merienda— alcanzó ahora su máximo apogeo.

Con relativa frecuencia recibíamos cartas vilipendiosas sin firmar. Recuerdo un día que los sobres entraron por la ranura del correo y cayeron al suelo de tal modo que me llevó a pensar en peces descargados de una red. Nos amenazaban, nos maldecían, y un día abrimos un sobre que, a modo de mensaje, contenía una cucaracha muerta. ¿Era eso un pequeño jeroglífico de la imagen que se había formado de nosotros nuestro corresponsal? ¿O significaba que se nos consideraba responsables de la plaga de bichos en el vecindario? Era verdad que teníamos cucarachas, las teníamos desde que guardo memoria. Nunca me han molestado. Sentía algo que me trepaba por el tobillo y lo espantaba como haría con una mosca o un mosquito. Langley respetaba a las cucarachas convencido de que tenían cierta inteligencia, o incluso personalidad, por su astucia para la evasión, por su valentía, como cuando, al verse atacadas, saltaban a lo desconocido desde lo alto de una encimera. Y podían expresar su desagrado con un silbido o un chirrido. Aun así, les pusimos trampas y, desde luego, no tenía sentido responsabilizarnos de las plagas en otras cosas. A la gente del barrio le avergonzaba reconocer que sus distinguidas residencias estaban infestadas. Pero las cucarachas poblaban la ciudad desde los tiempos de Peter Stuyvesant.

Langley había dejado de lado sus periódicos, apilándolos para leerlos en el futuro, porque ahora sus estudios de derecho en la universidad a distancia le ocupaban casi todo el tiempo. No era un simple ejercicio académico. Intentaba mantener a raya no sólo a las compañías de suministros y otros acreedores, sino también a los departamentos de Bomberos y de Sanidad, que exigían la entrada en casa con el propósito de descubrir cosas alarmantes. Langley encontró una ordenanza municipal que les complicaba las cosas cuando amenazaban con solicitar mandamientos judiciales. Por otra parte, en una de sus salidas había ido a procurarse los servicios de un abogado de la Sociedad de Ayuda Jurídica, quien, sin cobrar, estaba dispuesto a emprender, por orden de Langley, diversas acciones legales, a modo de impedimentos, cuando las cosas pasaran a la siguiente fase, si es que pasaban, como

sospechábamos que sucedería. En líneas generales nos mantendríamos firmes en la postura de que un simple reconocimiento superficial por parte del inspector del Departamento de Bomberos después del incendio en el jardín —que es lo que había desencadenado todo ese jaleo— no era causa suficiente para violar la inviolabilidad constitucional del hogar de un hombre.

Para mí, era obvio que Langley se regodeaba con todo eso, y a mí me alegraba ver que, para variar, se dedicaba a una actividad práctica. Ésta aportaba a su vida un sentido del aquí y ahora, de inmediatez, y la promesa, para bien o para mal, de un resultado, a diferencia de su periódico platónico eterno e inalcanzable. Mi única contribución era escuchar de vez en cuando un ejemplo de razonamiento jurídico que había encontrado y, en su opinión, parecía sacado de un manicomio.

Desde luego el hecho de que todo Nueva York estuviera experimentando en esa época un deterioro en el orden civil no nos ayudó en nuestras relaciones de vecindad ni en las desavenencias con las instituciones burocráticas de la ciudad: los servicios municipales se venían abajo —basura sin recoger, pintadas en los vagones de metro—, la delincuencia callejera iba en aumento, la drogadicción abundaba. Por lo que supe, también nuestros equipos deportivos profesionales estaban mal situados en las clasificaciones.

En tales circunstancias, parecían tener sentido nuestros postigos cerrados y el pasador de cinco por diez en la puerta de la calle. Mi vida transcurría ahora por completo dentro de casa.

Fue por esas fechas cuando advertí que a mi preciado Aeolian le faltaba un semitono en las octavas medias. Las teclas de bajos y agudos parecían en buen estado, y eso era lo que me extrañaba, que el piano se hubiese desafinado de manera discrecional. Pensé que, bueno, claro, al cerrarse los postigos, había mucha más humedad en la casa, y con todo acumulando polvo en las habitaciones, con todo lo imaginable apilado casi hasta el techo, así como los fardos de periódicos que actuaban de paredes para nuestros laberínticos caminos, no era raro que un instrumento delicado sufriese los efectos. En los días de lluvia la humedad era palpable y el olor a moho del sótano parecía traspasar el suelo.

Había otros pianos, claro está, o entrañas de pianos. Algunos se habían desafinado definitivamente de la manera habitual, y cómo no iban a desafinarse; pero empecé a alarmarme cuando accioné la pianola, que había mantenido cubierta con una lámina de plástico, y oí el mismo sonido un poco más alto en las octavas medias. Luego busqué a tientas hasta que encontré un pequeño piano eléctrico portátil, en realidad un ordenador —según la configuración, sonaba como una flauta o un violín o un acordeón, etcétera—, que Langley había traído a casa recientemente. Recuerdo mi satisfacción al comprobar que podía colocarse cómodamente en una mesa. Porque el primer ordenador de Langley era del tamaño de un frigorífico, una mole enorme con tubos de vacío que había podido comprar —a precio de ganga, dijo— sólo porque era un modelo obsoleto. No tuvo ocasión de probarlo para ver si hacía lo que era propio

de los ordenadores —cálculos, o algo por el estilo, explicó, y cuando le pregunté cálculos de qué, dijo que de cualquier cosa— porque para cuando averiguó qué hacer con él, ya no teníamos suministro eléctrico. Así que yo no entendía cómo este otro pequeño ordenador que parecía un teclado y funcionaba con baterías realizaba los cálculos que le fueran necesarios para producir música, pero lo hacía. Y cuando accioné el interruptor y toqué una escala, este instrumento, sin cuerdas que pudieran desafinarse, estaba desafinado en el registro medio, igual que mi Aeolian.

En ese momento comprendí que lo que se había desafinado no eran los pianos, sino mi oído. Oía un *do* como un *do* sostenido. Eso fue el principio. Me encogí de hombros y me convencí de que podía sobrellevarlo. Las piezas de mi repertorio las oía de memoria como si no hubiese ningún problema. Pero con el tiempo no fue sólo una cuestión de tono, de sonido desafinado, sino de ausencia total de sonido. Me negaba a creer que eso estuviese sucediendo a la vez que tomaba conciencia de que así era, lenta pero incuestionablemente. En el transcurso de unos meses, el mundo fue apagándose, decibelio a decibelio, hasta que al final perdí por completo el oído del que tan orgulloso estaba, y quedé, pues, peor que Beethoven, quien al menos veía.

Si hubiese perdido repentinamente el último sentido que me comunicaba con el mundo, habría gritado de terror y buscado la manera más rápida posible de poner fin a mi vida. Pero ocurrió paulatinamente, permitiéndome grados progresivos de aceptación, con la esperanza de que cada grado de pérdida fuese el último, hasta que en el creciente silencio de mi desesperación, decidí aceptar mi destino, adueñándose de mí el extraño impulso de averiguar cómo sería la vida después de perder por completo el oído y, sin imágenes ni sonidos, disponer sólo de mi conciencia para entretenerme.

No le dije nada a Langley. No sé por qué. Quizá pensé que incluiría de inmediato el oído en su ejercicio de la medicina. Había llegado al punto de recetarme, para que yo recuperara la vista, siete naranjas peladas cada mañana en el desayuno y dos vasos de zumo de naranja de sesenta mililitros con el almuerzo y, para la cena, licor de naranja en lugar de la copa de vino de Almaden, mi bebida predilecta. Si le hubiese dicho que me fallaba el oído, sin duda habría encontrado alguna cura langleyana para tratarlo. Dadas las circunstancias, me lo callé y busqué distracción en nuestros problemas con el mundo exterior.

No sé bien en qué momento atrajeron la atención de la prensa nuestras batallas con los departamentos de Bomberos y Sanidad, el banco, las compañías de suministros y todos los demás que reclamaban algún tipo de satisfacción. No pretendo dar una apariencia de precisión a mis recuerdos mientras intento contar nuestra vida en esta casa durante esos últimos años. El tiempo se me antoja una corriente, arena en movimiento. Y en ese movimiento arrastra a mi mente. Me estoy consumiendo. Siento que ya no me queda tiempo para el esfuerzo que exigiría buscar la fecha exacta, la palabra exacta. Lo más que puedo hacer es consignar los hechos tal como me vienen a la cabeza y que sea lo que Dios quiera. Y es una lástima, porque al

dedicarme a esta tarea he desarrollado el gusto por la descripción precisa de nuestras vidas, por ver y oír al menos mediante las palabras.

Con el primer periodista que llamó a la puerta —un joven francamente estúpido que esperaba que lo invitásemos a pasar y, al denegárselo, se quedó allí plantado haciendo preguntas ofensivas, incluso profiriéndolas a voz en grito cuando le dimos con la puerta en las narices—, comprendí que esa gente constituía una clase de seres humanos deplorablemente falible que a diario se convertía en letra impresa infalible, acrecentando el registro histórico que se alzaba en nuestra casa como balas de algodón. Si hablas con ellos, estás a su merced, y si no hablas, estás a su merced. Langley me dijo: Somos noticia, Homer. Escucha esto, y me leyó una crónica presuntamente objetiva acerca de unos excéntricos que habían cerrado los postigos de sus ventanas y atrancado sus puertas y acumulado miles de dólares en facturas impagadas pese a que tenían millones. Nuestras edades eran incorrectas, llamaban Larry a Langley, y un vecino, no identificado, sospechaba que reteníamos aquí a mujeres contra su voluntad. En ningún momento se ponía en duda que nuestra casa no fuera una lacra para el vecindario. Incluso nos echaban en cara el nido del halcón peregrino abandonado en la cornisa.

Dije a mi hermano: ¿Cómo introducirías esto en el periódico siempre al día de Collyer?

Nosotros somos *sui generis*, Homer, contestó. A menos que aparezca alguien tan notablemente profético como nosotros, me veo obligado a pasar por alto nuestra existencia.

• • •

La atención de la prensa no era continua, pero nos habíamos convertido en un alto en la ronda, por así decirlo, en una fuente fiable de asombro para el público lector. Pudimos reírnos de ello, al menos al principio, pero con el paso del tiempo empezó a parecernos menos gracioso y más alarmante. Algunos de esos periodistas publicaron los detalles de las vidas de nuestros padres —cuándo compraron la casa y cuánto pagaron—, todos datos a la disposición del público si uno no tenía nada mejor que hacer que ir al centro a escarbar en los archivos municipales. Y a partir de antiguos censos y manifiestos de embarque averiguaron cuándo llegaron a estas costas nuestros antepasados —a principios del siglo XIX— y dónde vivieron, qué fue de las siguientes generaciones, la ascensión de artesanos a profesionales, los matrimonios, los hijos engendrados, y demás. Así que ahora todo eso era de dominio público, pero con qué fin aparte de mostrar el declive de una Casa, la Caída de una familia de buen nombre, residiendo la vergüenza de toda esa historia en el hecho de que condujo a nosotros, los hermanos Collyer sin descendencia, acechando detrás de puertas cerradas y saliendo sólo de noche.

Reconozco haber sentido en momentos íntimos, normalmente poco antes de quedarme dormido, que si uno se atenía a los valores burgueses convencionales, podía ver en los hermanos Collyer el fin de un linaje. Entonces me enfadaba conmigo mismo. Al fin y al cabo, vivíamos vidas originales y autodirigidas, sin dejarnos intimidar por las convenciones... ¿no podíamos ser acaso la expresión suprema del linaje, un florecimiento del árbol genealógico?

Langley dijo: ¿A quién le importa quiénes eran nuestros distinguidos antepasados? Qué sandez. Todos esos censos, todos esos archivos, dan fe sólo del engrimiento del ser humano, que se da a sí mismo un nombre y una palmada en la espalda y se niega a reconocer lo intrascendente que es su existencia para los vaivenes del planeta.

Yo no estaba preparado para llegar tan lejos, ya que si uno pensaba eso, ¿qué sentido tenía vivir en el mundo, creer en uno mismo como persona identificable con un intelecto y deseos y la capacidad de aprender y de incidir en los resultados? Pero, claro, a Langley le gustaba decir esas cosas, venía diciéndolas durante toda nuestra vida adulta, y para alguien que no sentía la menor consideración por su propia identidad diferenciada, desde luego presentaba batalla, manteniendo a raya a las instituciones municipales, los acreedores, los vecinos, la prensa, y disfrutaba con la refriega. Ah, y de pronto una noche creyó oír algo corretear por la casa. Yo también lo oí cuando él me llamó la atención al respecto. Nos quedamos inmóviles en la sala de estar y aguzamos el oído. Un repiqueteo, me pareció detectar justo encima de nuestras cabezas. Le pareció que procedía de dentro de la pared. ¿Era una sola criatura o más de una? No lo sabíamos, pero, fuera lo que fuese, se traía un trasiego extraño, mucho mayor que el nuestro. Langley decidió que teníamos ratones. Me abstuve de decirle que a mí me había parecido algo más grande. Para entonces yo no habría oído ya a unos simples ratones. No era el sonido de algo pequeño, de un intruso timorato, sino de algo que vivía en nuestra casa impertinentemente, sin nuestro permiso. Aquello era una criatura con claras intenciones. Al escuchar su ruidoso trasiego, lo imaginé ordenando las cosas a su gusto. Era irritante, qué insolencia la de ese ruido, casi hasta el punto de inducirme a pensar que era yo el intruso. Y si estaba dentro de las paredes o entre el suelo y el techo, ¿cómo íbamos a esperar que se quedara allí sin aventurarse a entrar en la casa propiamente dicha?

Esa noche Langley salió y volvió con dos gatos callejeros, y los dejó sueltos para que atraparan lo que fuera, y como eso no dio resultados inmediatos, añadió otros tres o cuatro, todos ellos callejeros —correosos gatos urbanos de voces estridentes—, así que tuvimos a media docena vagando por las habitaciones atestadas como centinelas, gatos a los que había que alimentar y hablar y que tenían cajones de arena que había que vaciar. Mi hermano, que no sentía la menor consideración por las pretensiones de la especie humana, resultó albergar los sentimientos de un padre afectuoso por estos gatos salvajes. Se encaramaban a los revoltijos o pilas o montañas de objetos y les encantaba saltar desde lo alto a nuestros hombros. Yo a veces tropezaba con uno, ya

que tenían prolongados periodos de descanso y se tendían aquí y allá, en las plantas de arriba o abajo, y si le pisaba la cola a uno y él protestaba con un bufido, Langley decía, Homer, un poco más de cuidado.

Así que ahora teníamos gatos de patrulla, deslizándose por todas partes y por debajo de todo, y yo, tendido en mi cama, seguía oyendo el repiqueteo de unas uñas en el techo por la noche, y a veces un arañazo en una pared. Pero no era un animal exclusivamente nocturno, también lo oía corretear de día, sobre todo cuando estaba en el comedor. No he mencionado aún, creo, la recargada araña de luces que pendía del techo del comedor. Por lo visto, la misteriosa criatura o familia de criaturas —ya que empezaba a pensar que no era sólo una— había llenado tanto de inmundicia su residencia encima del comedor que el techo empapado se combaba, asemejándose, dijo Langley, a la parte inferior de la luna, y al final la araña de luces se desprendió —como una especie de paracaídas sujeto a un cable—, haciéndose añicos contra el Modelo T, y los cristales colgantes salieron despedidos en todas direcciones y dispersaron a los gatos entre maullidos.

Recordé haber visto, de niño, a una criada de mi madre subida a una escalerilla bajo la araña, extrayendo cada cristal, limpiándolo con un paño y colgándolo de nuevo por su gancho. Me dejó coger uno. Me sorprendió lo mucho que pesaba: tenía la forma de dos esbeltas pirámides unidas por la base, y cuando se lo comenté, me sonrió y dijo que era un niño muy listo.

Nuestras dificultades con el banco donde teníamos la hipoteca, por entonces el Dime Savings Bank, ya que esas cosas pasaban de mano en mano, igual que se metamorfoseaban los propios bancos, siendo así que el original Corn Exchange, por el que yo sentía tanto cariño, se había convertido en el Chemical Corn Exchange, quizá con las semillas de un poderoso cultivo híbrido guardadas bajo llave en sus cámaras acorazadas, y luego el Corn desapareció, abrasado tal vez por sus componentes químicos, y hete aquí que de pronto era el Chase Chemical, y luego éste, perdida ya la química, pasó a ser el Chase Manhattan a secas, y así sucesivamente, en el interminable proceso de las mutaciones empresariales en el que, según Langley, nada cambia ni mejora..., pero el caso es que nuestras dificultades con el Dime Savings culminaron en un altercado en lo alto de la escalinata, con un auténtico banquero —acompañado de un alguacil municipal para darnos a entender qué se sentía en un desahucio—, que allí plantado agitaba una citación ante mi cara y, cabe suponer, también en la de Langley.

Allí estábamos los cuatro, de pie en lo alto de la escalinata, los hermanos enfrentados a los dos visitantes no gratos, quienes, de espaldas a la calle, se hallaban, en términos militares, en una posición indefendible. Oí al banquero declamar nuestro aciago destino —tenía voz de barítono, con una desdeñosa dicción de Park Avenue— y pensé: Como sacuda esos papeles delante de mi nariz una vez más, le daré un empujón y oiré las fracturas de su cráneo mientras cae de espaldas por nuestra escalinata de granito. Era impropio de mí concebir la posibilidad de violencia —yo

mismo me sorprendí, y no me desagradó del todo—; en cambio Langley, de quien se esperaba algo así de radical, dijo: Un momento, y se retiró al interior para salir al cabo de un minuto con uno de sus libros de derecho por correspondencia en la mano. Lo oí pasar las páginas. Ah, sí, dijo. Bien, pues, acepto su citación... Traiga... y ya nos veremos en el juzgado... veamos... la vista debería celebrarse de aquí a seis u ocho semanas, por lo que tengo entendido.

Lo único que tienen que hacer para evitar la ejecución, dijo el banquero, un tanto desconcertado —puesto que no había previsto el menor conocimiento jurídico por nuestra parte, y una vista en el juzgado implicaba abogados para el banco y una postergación interminable de la disputa hasta llevar a efecto el desahucio—, lo único que tienen que hacer, caballeros, es redimir los meses de retraso, y para el banco nuestra relación comercial quedará reestablecida como en el pasado y no habrá necesidad de esa vista. Hemos disfrutado de una relación larga y cordial con la familia Collyer y no es nuestro deseo que acabe mal.

Langley: No, por eso no se preocupe. Incluso si el juez dictamina a su favor, lo cual está por verse, dada su tasa de interés del cuatro coma cinco por ciento, rayana en la usura, promulgará un *lis pendens*, que como sabe es un periodo de cancelación de la deuda de otros tres meses. Veamos, sumados a los dos meses hasta que comparezcamos a juicio, eso asciende a casi medio año de aquí a que tengamos que hacer algo, o a redimir algo. ¿Y quién sabe? Igual antes de sonar la campanilla por última vez decidimos cancelar la condenada hipoteca íntegramente, o igual no. En fin, ya se verá. Buenos días, caballero. Le agradecemos que haya dedicado parte del tiempo de su apretada jornada de banquero a venir a vernos personalmente, pero ahora, si no le importa, llévese a su alguacil y láruese de nuestra propiedad.

• • •

En la primavera siguiente cancelamos la hipoteca. Como creo haber mencionado, Langley decidió hacerlo en persona. Tras comunicar al banco por correo cuándo se presentaría, fue a pie desde casa por el tramo superior de la Quinta Avenida hasta el Dime Savings de Worth Street, en el Distrito Financiero, una distancia equivalente casi a la mitad de la longitud de Manhattan.

Como siempre, la prensa lo entendió mal: mi hermano no se proponía simplemente ahorrarse el coste del billete del transporte público; eso era una consideración secundaria. En realidad, deseaba mantener a los directivos del Dime Savings en suspense.

Esa mañana, con Langley de camino al banco, decidí salir a tomar el aire. Me puse una camisa limpia, un jersey de cachemira viejo pero muy cómodo, mi chaqueta de *tweed* y un pantalón no excesivamente gastado. Si rondaban por allí periodistas, supuse que Langley los habría arrastrado consigo y yo conseguiría cruzar la calle y

llegar al parque sin percances. Además, era a esas horas de la mañana, relativamente temprano, cuando menos probabilidad había de encontrar a buscadores de curiosidades merodeando delante de la casa. Porque, te diré, eso era lo que había conseguido la prensa: convertir nuestra casa en un objeto de contemplación, y a veces, en general los fines de semana, se reunía delante un corrillo de gente para mirar nuestras ventanas tapiadas, con la esperanza de que saliera a la calle uno de los hermanos chiflados y blandiera el puño. O señalaban la brecha en la cornisa desde donde la ménsula de mármol había caído a la acera —¿lo he contado ya?—, casi alcanzando a una persona que pasaba por allí en ese momento, sólo que no llegó a tocarla y tuvo que conformarse con presentar demanda sosteniendo que había saltado una pequeña esquirla de mármol y le había herido el ojo. Pero como era tanta la gente que allí se congregaba —si había dos o tres y un transeúnte sentía curiosidad por saber qué ocurría, éste también se paraba—, al final entablaban conversación, parte de la cual yo oía cuando me colocaba detrás del postigo de una ventana entornada. Me asombraba el sentido de la propiedad que tenían algunas de esas personas; cualquiera habría dicho que era su casa la que se caía a pedazos.

Pero en ese momento todo parecía muy tranquilo. Salí a la cálida mañana primaveral y me detuve en el bordillo esperando un hueco en el tráfico. Como en este punto no oía ya tan nítidamente como antes, pensé que había llegado el momento, y nada más bajar del bordillo, oí a una mujer gritar ¡No! —o *Non!*, porque era Jacqueline Roux, futura querida amiga en el final de mis días— y, al mismo tiempo, bocinazos y chirridos de neumáticos, quizás incluso parachoques abollarse, pero en cualquier caso me quedé paralizado después de detener el tráfico. En medio de todo esto se acercaron unos pasos y, a mis espaldas, la misma voz segura dijo: Muy bien, ahora podemos cruzar, y su brazo se entrelazó al mío y su mano cogió mi mano, mientras, a pesar del vocerío y los juramentos, atravesamos parsimoniosamente la Quinta Avenida como viejos amigos dando un paseo. Y de esta manera, y no por única vez, Jacqueline Roux me salvó la vida.

Me hallo en una oscuridad y un silencio más profundos que la fosa abisal del poeta, pero veo esa mañana en el parque y oigo su voz y recuerdo sus palabras como si estuviera otra vez fuera de mí mismo y tuviese el mundo ante mí. Buscó un banco al sol para sentarnos, me preguntó mi nombre y me dijo el suyo. Pensé que debía de ser una mujer muy segura de sí misma para hacerse cargo de un ciego y después, una vez concluida la buena obra, sentarse a conversar con él. La gente que te ayuda suele escaparse enseguida.

Qué feliz coincidencia, comentó.

Oí encenderse una cerilla. Me llegó el olor acre del humo de un tabaco europeo. Inhaló para que el humo entrase en ella lo máximo posible.

Porque es usted el hombre a quien venía a ver, dijo.

¿A mí? ¿Sabe quién soy?

Sí, claro, Homer Collyer; ahora usted y su hermano son famosos en Francia.

Cielos. No me diga que es periodista.

Pues sí, a veces escribo para los periódicos.

Oiga, sé que acaba de salvarme la vida...

Bah...

... y la verdad es que debería mostrarme más cortés, pero el hecho es que mi hermano y yo no hablamos con periodistas.

No pareció oírme. Tiene usted un rostro agradable, dijo, unas facciones agradables, y sus ojos, incluso así, son muy atractivos. Pero demasiado delgado, está demasiado delgado, y sería recomendable que fuera a un barbero.

Inhaló, exhaló: no he venido a entrevistarlo. He venido a escribir sobre su país. He estado en todas partes porque no sé qué busco.

Había visitado California y el Noroeste, había visitado el desierto de Mojave y Chicago y Detroit, y Appalachia, y ahora allí estaba sentada conmigo en el banco de un parque.

Si soy periodista, dijo, es para informar sobre mi propio ser, mis propios sentimientos ante lo que descubro. Intento captar este país, ¿se dice así, «captar» algo es entenderlo? Me han autorizado a hacer un comentario muy impresionista, a lo Jacqueline Roux, para *Le Monde*... sí, un periódico, pero mi comentario no debe ser sobre dónde he estado ni con quién he hablado, sino lo que he descubierto de sus secretos.

¿Qué secretos?

Debo escribir sobre aquello que no se ve. Es difícil.

Para calibrarnos.

Sí, eso. Al encontrar su casa, me he quedado contemplándola, ahí con sus postigos negros. En Europa tenemos postigos en las ventanas, y aquí no hay tantos, tal como yo suponía. En Francia, en Italia, en Alemania, hay postigos a causa de nuestra historia. La historia recomienda poner postigos macizos en las ventanas, y cerrarlos por la noche. En este país las casas no están escondidas detrás de tapias, dentro de patios. No tienen ustedes historia suficiente para eso. Sus casas miran a la calle sin miedo, a la vista de todos. ¿Por qué, pues, tienen ustedes postigos negros en sus ventanas, Homer Collyer? ¿Qué significa para la familia Collyer tener los postigos cerrados un día cálido de primavera?

No lo sé. Quizás haya historia suficiente para todos.

Con esas vistas al parque, dijo, ¿y no miran afuera? ¿Por qué?

Yo salgo al parque. Como ahora. ¿Necesito defenderme? Hemos vivido aquí toda nuestra vida, mi hermano y yo. No despreciamos el parque.

Bien. Pues le diré que, de hecho, es su Central Park lo que me atrajo a Nueva York.

Ah, dije, creía que era yo.

Sí, eso es lo que hago aquí, aparte de conocer a hombres extraños. Se rio. Paseo por Central Park.

En ese momento deseé tocarle la cara. Su voz se situaba en el registro alto, una voz de fumadora. Antes, al cogerme el brazo, por el contacto de su manga en mi muñeca —el tejido tal vez fuera pana—, tuve la impresión de que se trataba de una mujer de alrededor de cuarenta años. Mientras cruzábamos la Quinta Avenida pensé que sus zapatos podían ser lo que se describiría como prácticos, sólo por el sonido de los tacones contra el suelo, aunque ya no confiaba tanto en mis deducciones como en otro tiempo.

Le pregunté qué esperaba encontrar en el parque. Los parques son lugares aburridos, dije. Aunque aquí, claro, te pueden asesinar por la noche, añadí, pero por lo demás es muy aburrido. Sólo están los de costumbre: los que salen a correr, los amantes y las niñeras con cochecitos de bebé. En invierno la gente patina sobre el hielo.

¿Las niñeras también?

Son las mejores patinadoras.

Habíamos creado un ritmo, pues, entablado la clase de conversación que hace aflorar la inteligencia competitiva, al menos la mía. ¿O era simple coqueteo? Fue muy tonificante. Yo tenía cierta clase. Como si me hubieran dado la vuelta dejando a la vista otra cara de mí mismo.

Jacqueline Roux podía reírse sin perder el hilo de la conversación. No, dijo, diga lo que diga, su Central Park es distinto de cualquiera de los otros parques por los que he paseado en mi vida. ¿Por qué tengo esa impresión? ¿Porque está muy organizado, muy planificado? Una construcción geométrica con límites de lo más rígidos: una catedral de naturaleza. No, no estoy segura. ¿Sabe que hay zonas del parque donde me ha asaltado una sensación espantosa? Ayer a última hora de la tarde, entre sus sombras, y con los altos edificios por los cuatro costados, cerca y a lo lejos, ¡experimenté sólo por un momento la ilusión de que el parque era demasiado bajo!

¿Demasiado bajo?

Sí, ¡allí donde estaba, y mirara a donde mirara! Había llovido y la hierba estaba mojada después de la lluvia, y por un momento caí en la cuenta de algo que no había advertido antes, de que Central Park se hallaba hundido en el fondo de la ciudad. Y con todos esos estanques y embalses y lagos, como si se hundiera lentamente, no sé si me explico. Ésa fue mi espantosa sensación. Como si éste fuera un parque hundido, una catedral de naturaleza hundida dentro de una ciudad elevada.

¡Cómo le daba a la lengua! Aun así, me cautivaba la intensidad de su conversación, tan poética, tan filosófica, tan francesa, por lo poco que yo sabía. Pero a la vez me resultaba todo demasiado fantasioso. Dios santo, ¿buscarle el sentido a Central Park? Estaba siempre al otro lado de la calle cuando yo abría la puerta: allí, fijo e inmutable, algo que no requería interpretación. Así se lo dije. Pero al reaccionar a su idea me vi ligado a una opinión personal, mía, que sin lugar a dudas se hallaba un peldaño por encima de mi vida no pensante.

Me alivia saber que es usted consciente de que fue una ilusión, dije.

Es un disparate, lo reconozco. Retrocedo a mi primera impresión, el diseño, realizado por artesanos con picos y palas, y así mi idea es la primera idea que se hace todo el mundo: esto es simplemente una obra de arte construida a partir de la naturaleza. Bueno, es posible que eso fuera sólo la intención de los diseñadores.

¿Sólo la intención?, pregunté. ¿No basta con eso?

Pero para mí sugiere lo que quizá no se proponían: un vaticinio, este recuadro de naturaleza aislado, creado para cuando llegue en algún momento futuro el fin de la naturaleza.

Construyeron este parque en el siglo XIX, dije. Antes de que lo circundase la ciudad. Entonces la naturaleza estaba en todas partes, ¿quién iba a pensar que llegaría su final?

Nadie, contestó. Me han enseñado los silos subterráneos de Dakota del Sur donde esperan los misiles y hay militares sentados ante sus consolas las veinticuatro horas del día para girar la llave en la caja. La gente que hizo este parque tampoco pensó en eso.

Y así seguimos de charla, a un nivel que, comprendí, para ella era normal. Qué increíble estar allí sentado, como en la terraza de un café parisino, conversando con una francesa de voz sensual y seductora. Para mí no era poca cosa que ella me considerara digno de sus pensamientos. Dije: Busca usted el secreto. Creo que aún no lo tiene.

Puede que no, dijo.

Me alegré de que ella no pusiera a prueba sus ideas con Langley; él no habría tenido paciencia, quizás incluso se habría puesto grosero. Pero a mí me encantó oírle hablar; por más que tuviese teorías estafalarias —Central Park se hundía, los postigos eran poco americanos—, su apasionado compromiso con sus ideas fue una revelación para mí. Jacqueline Roux había viajado por todo el mundo. Era una autora publicada. Imaginé lo emocionante que debía de ser una vida así, ir por el mundo e inventarse cosas sobre él.

Y llegó la hora de marcharse.

¿Vuelve ya?, preguntó. Le acompaño.

Salimos del parque y cruzamos la Quinta Avenida, su brazo en el mío. Delante de casa, me envalentoné. ¿Quiere verla por dentro?, propuse. Es una atracción mayor que el Empire State Building.

Ah, no, *merci*. He quedado ya con alguien. Pero en otro momento sí.

Dije: Permítame formarme una idea sobre usted. ¿Puedo?

Tenía el pelo espeso y ondulado y lo llevaba corto. La frente ancha, los pómulos redondeados, la nariz recta. Una ligera carnosidad bajo la barbilla. Usaba gafas de montura metálica. No iba maquillada. Pensé que no debía tocarle los labios.

Le pregunté si estaba casada.

Ya no, contestó. No tenía sentido.

¿Niños?

Tengo un hijo en París. En la escuela secundaria. ¿Así que ahora me entrevista usted a mí? Se echó a reír.

Volvería a Nueva York al cabo de unas semanas. Tomaremos un café, dijo.

No tengo teléfono, dije. Si no me encuentra en el parque, tenga la bondad de llamar a la puerta. Casi siempre estoy en casa. Si no tengo noticias de usted, intentaré dejarme atropellar y así aparecerá.

Sentí que me miraba. Tuve la esperanza de que sonriera.

De acuerdo, señor Homer, dijo, estrechándome la mano. Hasta la próxima.

Cuando Langley volvió, le hablé de Jacqueline Roux. Otra puñetera periodista, dijo.

No es exactamente periodista, dije. Es escritora. Una escritora francesa.

No sabía que esto había llegado a los periódicos europeos. ¿Y a ti para qué te quería? ¿Para su entrevista al hombre de la calle?

No se trata de eso. Hemos mantenido una conversación seria. La he invitado a entrar y se ha negado. ¿Qué periodista reaccionaría así?

Era difícil explicárselo a Langley: estábamos ante otra mente, no la suya, no la mía.

Es una mujer de mundo, dije. Me ha dejado muy impresionado.

Eso salta a la vista.

Está divorciada. No cree en el matrimonio. Tiene un hijo en la escuela.

Homer, siempre has sido sensible a las damas, ¿eres consciente de eso?

Quiero cortarme el pelo. Y quizá comprarme un traje nuevo en una de esas tiendas de saldos. Y tengo que comer más. No me gusta estar tan delgado, dije.

Horas más tarde Langley me encontró ante el piano. ¿Te ha ayudado a cruzar la calle?, preguntó.

Sí, y menos mal, contesté.

¿Estás bien? No es propio de ti equivocarte así con el tráfico.

El problema lo tengo desde que la Quinta Avenida es una calle de un solo sentido, dije. Es un sonido más denso, más congestionado, con menos huecos, y sencillamente tengo que acostumbrarme.

No es propio de ti en absoluto, dijo mi hermano, y salió de la habitación.

Naturalmente me fue imposible ocultar a Langley mi problema auditivo: lo advirtió casi de inmediato. No dije nada al respecto, no me quejé, ni siquiera lo mencioné; tampoco él. Lo dimos por sobreentendido, sin más: era demasiado angustioso para hablar de ello. Si Langley se sintió en algún momento empujado a ocuparse de este asunto, no sería mediante una de sus rocambolescas inspiraciones médicas. Yo llevaba tanto tiempo ciego que su régimen a base de naranjas y su teoría de los conos y bastones regenerados a fuerza de vitaminas y adiestramiento táctil... en fin, todo eso formaba parte de la expresión personal de Langley, y ahora me pregunto si él alguna vez se lo planteó como algo más que un simple impulso, como diciéndose «no hay nada que perder», o si era una manifestación de amor hacia su

hermano más que una convicción de que de aquello saldría algo bueno. Pero quizá lo juzgo mal. Ante mi gradual pérdida del oído, él no sugirió ir a un médico, claro está, y yo por mi parte sabía que no serviría de nada, no más que la visita al oftalmólogo años antes. Yo tenía mis propias teorías médicas, tal vez fuera una inclinación innata en la progenie de un médico, pero el caso es que creía que entre mi vista y mi oído existía cierta asociación nerviosa íntima, que eran partes análogas del sistema sensorial donde todo se conectaba con todo lo demás, por lo que sabía que mi oído correría la misma suerte que mi vista. Sin conciencia de la contradicción, también me convencí de que la pérdida del oído se estabilizaría mucho antes de llegar a la sordera total. Decidí conservar la esperanza y el buen humor, y con este estado de ánimo aguardé el regreso de Jacqueline Roux. Ensayé algunas de mis mejores piezas con la vaga idea de que de algún modo conseguiría tocar para ella. Langley estudió discretamente los libros de la biblioteca médica de nuestro padre —libros seguramente desfasados en muchos aspectos dada su antigüedad—, pero un día sostuvo un trocito de metal contra mi cabeza justo detrás de la oreja para observar mi reacción al preguntarme si notaba alguna diferencia: lo apretó contra el hueso detrás de la oreja y luego lo apartó, y luego presionó otra vez. Contesté que no, y ahí terminó el modesto experimento.

Cuando, pasados unos meses, seguía sin saber nada de Jacqueline Roux, empecé a pensar en ella como un accidente exótico, en el mismo sentido que, como me informaron los ornitólogos con quienes conversaba en el parque años atrás, las aves descubiertas fuera de su zona de distribución —por ejemplo una especie tropical que acaba, pongamos, en una playa de Norteamérica— se conocen como «accidentales». Así que a lo mejor Jacqueline Roux era una francesa accidental que casualmente aterrizó en la acera delante de casa dejándose ver una única e insólita vez.

No pude evitar sentirme defraudado. Rememoré nuestra conversación de aquel día en el parque y me pregunté si, a la manera taimada de una escritora profesional, no me habría embaucado, y aparecería retratado en su periódico francés como un absoluto idiota. Tal vez sentí tal gratitud al verme tratado como una persona normal que me dejé fascinar en exceso por ella. Conforme pasaba el tiempo, y Langley y yo nos veíamos cada vez más absortos en la guerra librada contra nosotros por casi todo el mundo, ella, Jacqueline, empezó a figurar en mi mente como una persona con frívolas ideas extranjeras que no tenían cabida en nuestro mundo asediado. Los cortes de pelo que me hice y la ropa que compré en previsión de su regreso eran como cualquier otra de mis fantasías llevadas a la práctica. Qué patético por mi parte: cómo se me ocurría pensar que existía la menor posibilidad en mi vida de inválido de mantener una relación normal fuera de la casa de los Collyer.

Estaba tan dolido por la decepción que ya no podía pensar felizmente en Jacqueline Roux. También existían los postigos mentales, y los míos se cerraron a cal y canto cuando volví a refugiarme en aquello en lo que podía confiar, el vínculo filial.

Por esa época mi hermano también andaba con la moral por los suelos. Sólo algo

tan decisivo como la cancelación de una hipoteca podía llevarlo a ese estado. Mientras que para mí fue un alivio no tener que preocuparnos por perder la casa, él vio la amortización, desde un punto de vista militar, como una derrota. Yo había pensado que su aplomo en los tratos con el banco era digno de encomio, pero para él sólo importaba el resultado final: el dinero se había esfumado. Así que estaba deprimido y no era muy buena compañía. Dejaba los diarios sin leer. Volvía de sus operaciones de salvamento nocturnas con las manos vacías.

Yo no sabía qué hacer ante este giro en los acontecimientos. Para animarlo, afirmé que tenía la impresión de que me había mejorado el oído: mentira. La radio portátil de mi mesilla de noche ya no funcionaba, como no era raro dada su avanzada edad: era una de esas pesadas radios de la primera época, con un asa para acarrearlas, que habían sido un gran avance técnico cincuenta años antes, cuando se pensaba que una playa o un jardín eran lugares idóneos para escuchar las noticias. ¿Puedes sustituirla?, pregunté, pensando que quizás eso lo induciría a salir de casa en una de sus expediciones. Nada.

Pero por un tortuoso golpe de suerte, una mañana llegó una carta certificada de un bufete en representación de «Con Edison», el nuevo y vistoso nombre de Consolidated Edison Company, que nos pareció muy apropiadamente confesional y autodefinitorio, dada la ambivalencia del término «Con», «timo». Quise expresar mi gratitud a esa gente: mientras Langley leía en voz alta esa carta atrocemente grosera y amenazadora, noté que salía de su modorra como un león. ¿Te lo puedes creer, Homer? ¿Que un miserable picapleitos se atreva a dirigirse a los Collyer en este tono?

Nuestra lucha con la compañía se había prolongado durante años debido a nuestra práctica de pagar las facturas de una manera poco sistemática por principio, y ahora, al levantarse de pronto la pesadumbre de Langley como una bruma, sentí que todo volvía a la normalidad. Después de pasearse de aquí para allá y jurar su odio imperecedero a ese electromonopolio, como él lo llamaba, procedió a reenviar la carta con sus correcciones gramaticales adjunta a un bonito y ordenado paquete de facturas impagadas de varios años, que en total, afirmó, pesaba sus buenos cien gramos. Homer, me diría más tarde, pagar los sellos ha sido para mí como un privilegio.

Nunca más nos veríamos sometidos a las intimidaciones de Con Edison porque de pronto se fue la luz. Me di cuenta porque estaba esperando a que la cafetera eléctrica concluyera su ritual cuando borboteó, me escupió una bocanada de agua caliente a la cara y expiró. Quedamos liberados, aunque sin luz. Por lo visto, unos rayos mortecinos penetraban entre las tablillas de los postigos, pero eso no bastó a Langley para encontrar las velas. Teníamos una buena provisión de velas de todas las formas y clases, desde velas de mesa hasta velas votivas en vasos, pero naturalmente estaban debajo de algo, en algún rincón de la casa, y si bien yo, aunque a trompicones, podía desplazarme con mayor facilidad que Langley, ninguno de los dos recordaba siquiera

por dónde empezar a buscar, y por consiguiente fue necesaria una inversión. Langley salió y compró fanales de barco, faroles de acampada, reflectores de empuñadura alargada, lámparas de propano, lámparas de mercurio, lámparas a prueba de viento, linternas de bolsillo, lámparas de alta intensidad con sus soportes, y para el pasillo de arriba, con sus ventanas de triforio, una lámpara de sodio a pilas que se encendía automáticamente al declinar la luz del día. Incluso desenterró una antigua y ruidosa lámpara de rayos ultravioletas concebida para broncear la piel que habíamos utilizado tiempo atrás con el propósito de mantener vivas las plantas de nuestra madre, abrasándolas en el intento, con lo que de su querido vivero sólo quedaban pilas de macetas de arcilla y la tierra que contenían.

Cuando se encendieron estas luces por toda la casa, imaginé grandes y amenazadoras sombras proyectadas en distintas direcciones, unas extendiéndose por el suelo y reverberando contra los fardos de periódicos, otras apuntando al techo para iluminar todas y cada una de las gotas de una fuga de agua. Por lo que a mí se refería, no había cambiado gran cosa, y muy diplomáticamente me abstuve de preguntar a Langley el coste inicial de nuestra inversión en energía independiente, por no hablar ya del permanente gasto en pilas. Lo fundamental aquí era nuestra autonomía, y para mí tanto mejor si no habíamos encontrado las velas, que, entre tanto cachivache en nuestras habitaciones atestadas, seguro que habrían prendido fuego a algo —las pilas de colchones, los bultos de papel de prensa, los montones de cajas de madera en las que llegaban mis naranjas, los viejos tapices colgantes, los libros desparramados, las bolas de pelusa, el charco coagulado de aceite bajo el Modelo T, y Dios sabe qué más — y habrían atraído de nuevo a los bomberos con sus feroces mangueras.

Después, como inspirado por la malévola compañía eléctrica, el ayuntamiento nos cortó el agua. Langley recibió este revés con deleite. Y yo acabé participando con lúgubre júbilo, por así decirlo, en el sistema que concebimos para aprovisionarnos de agua. La boca de riego junto al bordillo no servía de nada: era imposible forcejear discretamente con una boca de riego. Vaya estímulo psicológico fue para mí, pues, trabajar con mi hermano, mi co-conspirador, cuando cada mañana, poco antes del amanecer, partíamos con dos cochecitos de bebé en tándem, el suyo con un bidón de leche de treinta litros adquirido tiempo atrás con la idea de que quizás algún día tuviera su utilidad, y yo con un par de cajas compartimentadas llenas de botellas de leche vacías recogidas en la escalinata de casa cuando se repartía la leche a domicilio cada mañana con cinco u ocho centímetros de nata en el cuello de la botella.

A unas cuantas manzanas al norte de casa había un viejo surtidor de los tiempos en que se disponía de agua en las calles para dar de beber a los caballos. El surtidor, un grifo de gran caudal empotrado en un muro de piedra bajo y cóncavo cuya base era un abrevadero de cemento, se hallaba junto al bordillo. Langley arrimaba el cochecito al abrevadero y colocaba el bidón de leche ladeado bajo el grifo para no tener que sacarlo del cochecito. Cuando el bidón rebosaba, llenábamos las botellas una por una y las tapábamos con papel de aluminio. El viaje de regreso era la parte

difícil, porque el peso del agua era mucho mayor de lo que yo habría imaginado. Para evitar los bordillos en el cruce de cada manzana, íbamos por la calzada. A esa hora no circulaban coches. Yo cerraba la procesión manteniendo la capota plegada del cochecito en contacto con la parte de atrás del de Langley. Creo que a los dos nos invadía una especie de entusiasmo juvenil, allí bajo la primera luz de la mañana, cuando no había un alma en la calle y la frescura del aire nos llegaba transportada por una suave brisa con olor a campo, como si no empujáramos nuestros cochecitos por la Quinta Avenida, sino por una carretera rural.

Metíamos nuestro contrabando en casa por la puerta del sótano situada bajo la escalinata. Teníamos agua suficiente para beber, y en adelante comeríamos siempre en platos de papel con cubiertos desechables de plástico, aunque nosotros no los desechábamos precisamente; otro cantar era el agua para las cisternas de los inodoros y para el baño. Sería el cuarto de baño de invitados de la planta baja el que intentaríamos mantener en funcionamiento, lo que ya nos venía bien, porque los cuartos de baño de los pisos superiores servían desde hacía tiempo como espacios de almacenamiento. Pero los baños con esponja pasaron a estar a la orden del día, y después de un par de semanas convertidos en aguadores, la sensación de triunfo, de haberle ganado la partida al ayuntamiento, había dado paso a la cruda realidad de nuestra situación. Cierto es que había una fuente normal y corriente en el parque, no lejos de casa, y la usábamos para llenar los termos y cantimploras del ejército, aunque a veces, cuando mejoraba el tiempo, teníamos que hacer cola mientras bandadas de niños con un retorcido interés en las fuentes de agua fingían tener sed.

No sé si algunos de los niños que se dedicaban a arrojar piedras a los postigos de nuestras ventanas eran los mismos que nos habían visto ir al parque a por agua. Muy probablemente había corrido la voz. Los niños son portadores de la infame superstición, y en la cabeza de los delincuentes juveniles que habían empezado a apedrear nuestra casa, Langley y yo no éramos los reclusos excéntricos de una familia en otro tiempo acaudalada que describía la prensa: nos habíamos metamorfoseado, éramos fantasmas y rondábamos la casa en la que en otro tiempo vivimos. Yo, que no podía verme ni oír mis pasos, comenzaba ya a compartir esa idea.

El asalto se iniciaba en momentos imprevisibles del verano, una vez habíamos planeado la operación y recogido las municiones, porque las pedradas, los impactos y zambombazos llegaban en forma de andanada. Yo los sentía. A veces oía los gritos operísticos. Calculé que sus edades oscilaban entre los seis y los doce años. Las primeras veces Langley cometió el error de salir a la escalinata y blandir el puño. Los niños se dispersaron con chillidos de placer. Y lógicamente en adelante vinieron aún más niños y volaron más piedras.

No se nos pasó por la cabeza llamar a la policía, ni ésta aparecería jamás por propia iniciativa. Nos resignamos y sobrellevamos estas ofensivas como uno espera los aguaceros de verano. Así que ahora también sus hijos, observó Langley,

presuponiendo que aquellas bestezuelas vivían en las casas de las inmediaciones y posiblemente se inspiraban en la opinión de sus padres sobre nosotros. Dije que, por lo que yo sabía, la gente de esa clase, como la del vecindario, era poco dada a la crianza. Dije que, a mi juicio, la zona de reclutamiento era más amplia y el punto de encuentro de los niños debía de ser el parque. Cuando un día dio la impresión de que las piedras tenían un impacto más poderoso, y oí una voz de un registro post-pubescente más grave, Langley levantó una tablilla de un postigo, escudriñó por la ranura y me informó de que algunos de ellos habían entrado ya holgadamente en la adolescencia. Así que tienes razón, Homer, esto bien podría ser un fenómeno a nivel de toda la ciudad, y gozamos del raro privilegio de ver anticipadamente el reemplazo de la actual ciudadanía para el próximo milenio.

Langley empezó a plantearse una acción militar en respuesta. Había coleccionado unas cuantas pistolas a lo largo de los años y decidió coger una, plantarse en la escalinata y blandirla ante los gamberros para ver qué pasaba. Por supuesto, no está cargada, dijo. Yo le dije que adelante, que amenazara a los niños con un arma letal, y con mucho gusto lo visitaría en la cárcel si encontraba la manera de llegar hasta allí. A mí personalmente me preocupaban más bien poco esos lanzadores de piedras. Los postigos estaban llenos de marcas y había muescas en la fachada de piedra, pero me constaba que los niños se esfumarían en cuanto llegara el frío, como así ocurrió; era estrictamente un deporte veraniego, y pronto las pedradas contra los postigos dieron paso a los vientos otoñales que los traspasaban y sacudían nuestras ventanas.

Pero una noche, mientras intentaba conciliar el sueño, me vino a la cabeza un comentario de Langley. Según él, todo bicho viviente estaba en guerra. Me pregunté si, con la merma de mis sentidos, y pese al terror que me producía esa conciencia creciente que desplazaba poco a poco en mi cabeza al mundo exterior, si, en tales circunstancias, cabía la posibilidad de que gradualmente estuviera perdiendo la noción de la realidad de nuestra situación, su magnitud, protegido, gracias a mi insensibilidad, de las peores visiones y sonidos. En mis reflexiones, el apedreo de nuestra casa por parte de los niños, en lugar de ser un episodio accesorio en medio de nuestras principales preocupaciones —nuestro aislamiento cada vez mayor, la pérdida, por obra nuestra o por obra de otros, de los servicios normales de una civilización urbana, es decir, agua corriente, gas, electricidad, y el hecho de encontrarnos en un círculo de animadversión que se propagaba desde nuestros vecinos hasta los acreedores, la prensa, el municipio y, en último extremo, hacia el futuro, porque eso es lo que representaban aquellos niños—, en lugar de ser algo de trascendencia menor... en fin, ése fue el golpe más devastador de todos. Pues ¿qué podía haber más espantoso que verse convertido en un chiste mítico? ¿Cómo podíamos hacer frente a eso, una vez muertos y en otro mundo, sin nadie aquí para reivindicar nuestra historia? Mi hermano y yo estábamos en franca decadencia, y él, con una lesión en los pulmones y medio loco, lo sabía mejor que yo. Todos y cada uno de nuestros actos de oposición y reafirmación de autonomía, toda muestra de

creatividad y toda firme expresión de principios por nuestra parte, estaban al servicio de nuestra ruina. Y él, aparte de todo eso, llevaba la carga de los cuidados de un hermano cada vez más desvalido. No lo criticaré, pues, por la paranoia de ese invierno, cuando empezó a concebir, a partir del material acumulado a lo largo de nuestra vida en esta casa —como si todo lo que hay aquí hubiese sido reunido en respuesta a una información profética—, el medio para llevar a cabo nuestro último acto de resistencia.

Antiguamente le gustaba citar a otro poeta: «Soy yo, y ¿qué se le va a hacer?... Yo, el solemne investigador de cosas inútiles».

Mi propia respuesta había sido seguir adelante con mis escritos diarios. Soy Homer Collyer, y Jacqueline Roux es mi musa. Aunque en mi estado de debilidad no sé bien si llegó a volver, como dijo que haría, o si sólo necesitaba pensar en ella para empezar a escribir esto, un proyecto comparable por su alcance al periódico de Langley. Llegados a este punto, ya no estoy seguro de nada —qué son imaginaciones mías, qué son recuerdos—, pero ella regresó, estoy casi seguro de eso, o digamos que regresó, y que yo la recibí en la puerta, acicalado y convertido por mi comprensivo hermano en un ser razonablemente presentable. Sentado ahora en el frío de esta casa, siento el calor del salón de un hotel. Jacqueline y yo hemos cenado. Hay una chimenea, sillones tapizados bien dispuestos, pequeñas mesas de centro para las copas y un pianista tocando clásicos. Recuerdo una canción de los tiempos de nuestros bailes con merienda: *Strangers in the Night*. Por la rigidez de la interpretación, deduzco que es un pianista con formación clásica que intenta ganarse la vida. Jacqueline y yo nos reímos por la canción elegida: la letra describe a unos desconocidos que cruzan miradas —lo que no es posible entre nosotros— y acaban unidos como amantes para toda la vida. También eso resulta gracioso, aunque de una manera que ahoga la risa en mi garganta.

Luego, cuando voy por la segunda copa del mejor vino que he probado, siento el impulso de sentarme al piano después de retirarse el músico contratado. Toco Chopin, el Preludio en *do* sostenido menor, porque es una pieza lenta de acordes pesados con la que me siento razonablemente seguro, ya que no la oigo del todo bien. Acto seguido cometo el error de continuar con *Jesus bleibet meine Freude*, que requiere una digitación serpenteante con la mano derecha: un error, porque, al sentir un contacto en el hombro —es el pianista de salón, que me interrumpe—, caigo en la cuenta de que estoy interpretando la secuencia tal como la compuso Bach, pero que he empezado en la tecla del piano equivocada. Suena como una mofa de Bach. Me corrijo y termino con relativa destreza, pero me dejo conducir de regreso a Jacqueline totalmente humillado, cosa que intento disimular riéndome. ¡Hay que ver los efectos del vino!

En la habitación de ella le confieso mi desgracia, un hombre ciego que se queda sordo.

A continuación mantenemos una conversación generosa: práctica, como si se

tratará de un problema que debe resolverse. ¿Por qué no escribe, pues?, propone. Hay música en las palabras, y puede oírse... en el pensamiento, quiero decir.

No me convence.

¿No lo entiende, señor Homer? Usted piensa una palabra y oye su sonido. Sé de qué hablo: las palabras tienen música, y si usted es músico, escribirá para oír las.

La idea de la vida sin mi música se me hace insufrible. Me levanto y me paseo. Tropezó y algo se vuelca, una lámpara de pie. Revienta una bombilla. Jacqueline me sujeta del brazo y me sienta en la cama. Se sienta junto a mí y me coge la mano.

Le digo: Quizá su francés tiene música y por eso piensa que toda lengua es musical. Yo no oigo música cuando hablo.

No, ahí se equivoca.

Y yo no tengo nada que decir. Habida cuenta de quién soy, ¿de qué puedo escribir?

De su vida, por supuesto, contesta. Cuente quién es exactamente. Su vida frente al parque. Esa historia que ha merecido los postigos negros. Hable de su casa, que es una atracción mayor que el Empire State Building.

Y eso es tan tierna e íntimamente gracioso que no puedo mantener mi desesperación. Una vez vencida ésta, nos echamos a reír.

Me dejó quitarle las gafas. Y luego, al tendernos juntos, el estremecimiento de reconocernos. Esa mujer a la que apenas conocía. ¿Quiénes éramos? El mundo se reducía a la ceguera y la sordera, y aparte de nosotros no había nada. No recuerdo el sexo. Sentí el latido de su corazón. Recuerdo sus lágrimas bajo nuestros besos. Recuerdo que la estreché entre mis brazos y absolví a Dios de la ausencia de sentido.

Doy gracias porque Langley, desde muy al principio, me animó a escribir en sustitución de la música. ¿Recibió instrucciones de Jacqueline Roux? ¿O sólo imagino una conversación en la que mostró un respeto y una sumisión impropios de él mientras ella perfilaba el nuevo plan de mi vida? El hecho es que Langley se propuso la misión de mantenerme en activo. En cierto momento se estropeó mi máquina de escribir y la llevó a un taller de reparación en Fulton Street. Pero como eso significaba una espera de dos semanas hasta que estuviera reparada, se preocupó de conseguirme otra máquina con Braille; dos, de hecho: una Hammond y una Underwood, y así he podido continuar. Con las tres máquinas en esta mesa, y resmas de papel en una caja en el suelo a mi lado, estoy bien provisto. Es para ella para quien escribo. Mi musa. Si no regresa, si no vuelvo a verla, la tengo en mis cavilaciones. Pero ella prometió leer lo que escribiera. Tendrá que perdonar mis faltas de ortografía y los errores gramaticales y mecanográficos. Escribo en Braille y se supone que el texto sale en inglés.

Llevo ya cierto tiempo con esto. No tengo una noción clara de cuánto. Percibo el paso del tiempo como algo espacial, conforme la voz de Langley se ha vuelto más y más débil, como si él se alejara por una larga carretera, o como si se precipitara en el vacío, o como si otro sonido que no oigo, una cascada, ahogara sus palabras. Durante

un tiempo oía aún a mi hermano cuando me gritaba al oído. Por entonces diseñó un sistema de señales: me toca en el brazo una vez, dos, tres, para indicarme que me ha traído algo de comer, o que es hora de acostarse, o alguna otra situación básica de la vida cotidiana. Pero los mensajes más complicados los comunica colocándose el índice en las teclas en Braille y deletreando las palabras. Para ello, tuvo que aprender Braille él mismo, cosa que hizo con notable eficiencia. Así me entero de las pocas noticias que hay, sucintamente, como en un titular.

Pero ahora ya hace un tiempo que vivo en un silencio absoluto, y por eso cuando se acerca y me toca el brazo, a veces me sobresalto, porque en mi cabeza lo veo siempre a distancia, una persona pequeña y lejana, y de repente lo tengo ahí mismo, cernido sobre mí como una aparición. Es casi como si la realidad fuese su lejanía y la ilusión fuese su presencia.

Resulta que escribir coincide con mi deseo compensatorio de permanecer vivo. Así que me he mantenido ocupado a mi manera mientras mi hermano se dedica a construir una máquina infernal con los objetos hallados de la casa. He empleado el término «paranoia» para referirme a lo que ha hecho con sus diversas acumulaciones a lo largo de las décadas. Pero de hecho, nada más empezar a mejorar el tiempo, me dijo que un merodeador intentó entrar en la casa por la puerta de atrás. En otra ocasión me informó de que había oído a alguien desplazarse por la azotea. Supuse que cabía prever más de lo mismo: desde la aparición de los primeros artículos sobre nosotros, varios periódicos habían insinuado que los Collyer, en su desconfianza hacia los bancos, guardaban grandes sumas de dinero en casa. Y para esa gente de la calle y esos ocupas que no leen los periódicos, nuestro edificio oscuro y decrepito es una clara invitación.

Ha surgido una complicación. La estrategia defensiva de Langley hace desaconsejable, por no decir imposible, que yo intente desplazarme por la casa. A efectos prácticos, estoy prisionero. Ahora mismo me encuentro en la sala de diario, justo al lado de la puerta, y dispongo de un solo camino hasta el baño situado bajo la escalera. Langley también ha visto limitada su movilidad. Se ha instalado en la cocina, desde donde puede entrar y salir de la casa por la puerta del jardín. El vestíbulo está totalmente obstruido por las cajas de libros, apiladas hasta el techo. Un estrecho pasadizo formado por fardos de periódicos y herramientas de jardín que asoman por encima —palas, rastrillos, un taladro, una carretilla, todo colgado en alto, sujeto mediante alambre y cuerda a estaquillas que ha clavado en las paredes— lleva desde su puesto de avanzada en la cocina hasta mi enclave. Me trae las comidas por este pasadizo o túnel. Me dice que, valiéndose de una linterna, sortea las trampas, alambres a la altura de los tobillos tendidos de pared a pared.

Mi cama es un colchón en el suelo al lado de la mesa donde escribo a máquina. También tengo un pequeño transistor que me acerco al oído con la esperanza de oír algo alguna vez. Sé que es primavera sólo por la temperatura agradable del ambiente y porque ya no necesito ponerme los gruesos jerséis de invierno ni me quedo

encogido debajo de las mantas por la noche. La habitación de Langley es la cocina y duerme, cuando duerme, en la enorme mesa que en otro tiempo acogió a nuestro amigo el gángster, Vincent.

Mi hermano ha puesto especial empeño en describirme los cepos y trampas en las demás habitaciones de la casa. Está muy orgulloso de su obra. A veces me pone el dedo en las teclas en Braille durante lo que se me antojan horas. Arriba, ha apilado las cosas en construcciones piramidales de tal manera que, al menor contacto con cualquiera de los objetos —neumáticos, una olla a presión, maniquís, cajones de cómoda vacíos, toneles de cerveza, macetas, casi me produce placer visualizar las posibilidades—, el montaje entero caerá encima del desconocido, el intruso mítico, el objeto de las estratagemas de Langley. Cada habitación presenta su propio diseño punitivo creado con nuestros objetos. Tablas de lavar embadurnadas de jabón yacen en el suelo para que las pise el incauto. Langley se afana sin cesar para mejorar el equilibrio de los lastres, así como los cepos y trampas, hasta cerciorarse de que quedan perfectos. Uno de sus problemas son las ratas, que ahora han salido de las paredes. Pasan por aquí junto a mis pies a todas horas. Les ha declarado la guerra. Las golpea con una pala o coge su viejo fusil del ejército de la repisa y las aporrea.

A veces pienso que oigo algo de lo que está ocurriendo. En una o dos ocasiones una rata ha sido presa de una de sus trampas. Por cada rata muerta traza una marca invisible en mi brazo.

• • •

Con todo esto, la sensación que tengo es de haber llegado al final de la vida. Recuerdo nuestra casa tal como era en nuestra infancia: prevalecía una magnífica elegancia, tranquilizadora y festiva a la vez. La vida fluía por las habitaciones sin verse obstaculizada por el miedo. Nosotros los niños nos perseguíamos subiendo y bajando por la escalera y entrando y saliendo de las habitaciones. Gastábamos bromas a los criados y ellos nos las gastaban a nosotros. Nos maravillábamos ante los especímenes guardados en tarros de nuestro padre. De pequeños, nos sentábamos en las tupidas alfombras e impulsábamos nuestros coches de juguete por las líneas del dibujo. Yo recibía mis clases de piano en la sala de música. Curioseábamos desde el pasillo durante las resplandecientes cenas a la luz de las velas de nuestros padres. Mi hermano y yo podíamos salir a todo correr por la puerta de la calle y bajar la escalinata y cruzar hasta el parque como si fuera nuestro, como si la casa y el parque, iluminados los dos por el sol, fueran una misma cosa.

Y cuando perdí la vista, él me leía.

Hay momentos en que no puedo soportar esta conciencia incansable. Sólo sabe de sí misma. Las imágenes de los objetos no son los objetos en sí. Despierto, mi vigilia y mis sueños forman un continuo. Siento que mis máquinas de escribir, mi mesa, mi

silla tienen esa seguridad de un mundo sólido, donde los objetos ocupan espacio, donde no existe el vacío infinito del pensamiento insustancial que no conduce a ninguna parte más que a sí mismo. Mis recuerdos se debilitan a medida que incido en ellos una y otra vez. Se vuelven cada vez más fantasmagóricos. No temo nada tanto como perderlos por completo y no tener ya otro sitio donde vivir aparte de mi mente vacía e infinita. Si pudiera enloquecer, si pudiera provocarme la locura, quizá no sabría lo mal que estoy, lo terrible que es esta conciencia irremediabilmente consciente de sí misma. Sin nada más que el contacto de la mano de Langley para saber que no estoy solo.

Jacqueline, cuántos días llevo sin comer. Se produjo un estruendo, la casa entera tembló. ¿Dónde está Langley? ¿Dónde está mi hermano?



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 1931). Escritor estadounidense de varias novelas aclamadas por los especialistas, en las cuales mezcla historia y crítica social.

Creció en Bronx, Nueva York, educado por sus padres, descendientes de judíos rusos. En la Preparatoria de Ciencias del Bronx se destacó en la creación artística, mientras leía libros de todo tipo; posteriormente continuó su educación en el Colegio Kenyon, donde estudió con John Crowe Ransom. Después de graduarse con honores en 1952, trabajó en la Universidad de Columbia, antes de ser enrolado en el ejército estadounidense y ser enviado a Alemania. Comenzó su carrera como lector en Columbia Pictures y posteriormente fue editor de la *New American Library* a principios de la década de 1960; durante la misma década fue también el editor principal de *Dial Press*, de 1964 a 1969.

Aunque había escrito varios libros con anterioridad a 1971, fue con la publicación de *El libro de Daniel (The book of Daniel)* cuando comenzó a ser reconocido y aclamado. Cuatro años después salió su siguiente libro, *Ragtime*, que ganó el National Book Critics Circle Award 1975, También recibió un premio de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras y la Modern Library la incluyó entre las 100 mejores novelas del siglo xx. Miloš Forman la llevó al cine en 1981.

Entre otros muchos premios y distinciones, ha recibido; el National Book Award 1986 por *La feria del mundo (World's fair)*; el National Book Critics Circle Award 1989 por *Billy Bathgate* y el National Book Critics Circle Award 2005 por *La gran marcha (The march)*.

Desde 2006, Doctorow ocupa la plaza Glucksman Chair de Letras Estadounidenses en la Universidad de Nueva York. Su archivo personal está bajo la custodia de la Biblioteca Fales de la misma universidad.